

Mareea indómita



ESTHER DURAND

MAREA
INDÓMITA
Esther Durand

Derechos de autor © 2026 Esther Durand

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares reales es pura coincidencia.

Registrada el 28/07/2026.

Índice

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

Mar Sotomayor inspira profundamente antes de dar otro sorbo al café caliente. Está descalza sobre la cubierta de su barco, el Brétema, sintiendo cómo la madera, todavía fresca por la humedad de la noche, empieza a calentarse bajo los primeros rayos del sol. Le encanta esa sensación, igual que disfruta del salitre que se pega a su piel incluso antes de que este apriete de verdad. Mientras otras personas necesitan una oficina impersonal para arrancar el día, a ella solo le hace falta esto: el balanceo del barco, el olor del mar y unos minutos de calma para ordenar sus pensamientos.

—Dios, ¿otra vez ese café? Te juro por la memoria de la abuela que, un día más de ese veneno y me muero —anuncia su hermano Roi, asomando la cabeza por la escotilla con una mueca de auténtico terror.

—Si no te deleita, al menos que te despierte —le responde Mar, sin apartar los ojos de su taza—. Además, a caballo regalado...

—¡Eres insoportable! —le suelta él a carcajada limpia.

El chico lleva una carpeta bajo el brazo, una botella de agua medio vacía en la mano y el pelo completamente revuelto por el viento.

El café termina de subir en la cafetera mientras el sol comienza a apoderarse de la ría con esa luz dorada y suave que solo se ve en la Costa da Morte. A estas horas tempranas, el puerto todavía conserva ese silencio particular que solo conocen quienes viven pendientes de las mareas y los ritmos del mar.

El Brétema navega estas aguas desde hace décadas. Muchos en el pueblo insisten en que le pertenece a ella, pero la realidad es más profunda. El barco nunca ha sido realmente suyo en exclusiva. Antes fue de su padre, Xoán Sotomayor, y antes aún, de su abuela Aurora, una mujer a la que todavía hoy recuerdan en la cofradía con un respeto que

pocos logran incluso después de morir. Aurora fue la primera mujer del puerto en capitanear su propia embarcación en una época en la que aquello parecía una completa locura. Soportó burlas, desprecios y alguna que otra zancadilla demasiado literal para abrirse paso entre hombres que no concebían compartir el mar con una mujer al mando.

Mar esboza una sonrisa al recordar una frase que su abuela repetía hasta el cansancio: «El mar no entiende de hombres ni de mujeres. Solo respeta a quien sabe escucharlo». Su padre convirtió esa idea en una forma de vivir, y ella ha hecho lo mismo, interiorizándola en cada decisión.

Apoya la taza sobre la pequeña mesa abatible de la cubierta y revisa con atención una carpeta repleta de informes. En breve se reunirá con Noa Castro para repasar datos sobre la evolución de varias colonias de moluscos en la ría, pero por ahora, saborea estos minutos de tranquilidad que tanto necesita.

Su trabajo nunca se ha limitado únicamente a navegar. Para muchos del pueblo es la bióloga marina de referencia, para otros la capitana del Brétema. La realidad entremezcla ambas facetas hasta hacerlas inseparables, porque Mar es también la asesora técnica de la cofradía de pescadores.

En mitad del silencio, levanta la vista hacia la línea del horizonte donde el océano se funde con el cielo en una mezcla de azules profundos.

—Me imagino que ya te habrás enterado. —Roi interrumpe sus cavilaciones. El chico, al ver que su hermana no responde, continúa—: La arquitecta creadora del proyecto del resort ya ha llegado —explica Roi, apoyándose en la barandilla del barco con gesto preocupado—. La he visto bajar del coche hace veinte minutos delante del hostel y, de verdad, traía un aire de «vengo a colonizaros con mis trajes planchados» que tiraba para atrás. Después han empezado a descargar material en el puerto deportivo, según tengo entendido van a estar unas dos semanas preparando todo antes de empezar a construir. Han llegado varios camiones grandes.

Mar aprieta la mandíbula con fuerza. «Empiezan muy pronto». Esperaba tener de unos días más de margen antes de que esa gente empezara a invadir cada rincón del pueblo.

—No me puedo creer que el ayuntamiento lo haya aprobado. Es increíble cómo se dejan convencer con cuatro renders bonitos —murmura ella, sacudiendo la cabeza.

Roi deja caer la carpeta sobre la mesa.

—Dirían que los tiempos cambian... pero una mierda. Siempre dicen lo mismo y al final solo cambian las promesas —responde el chico.

Ella no puede evitar esbozar una sonrisa.

—Qué fino eres con las palabras, Roi. Siempre tan elegante.

—Me conoces demasiado bien, el protocolo no es lo mío —replica él, encogiéndose de hombros.

—Demasiado, sí —añade Mar con un suspiro, aunque en el fondo agradece esos momentos de complicidad.

Roi toma la taza de café y da un sorbo largo. Inmediatamente, saca la lengua por el asco.

—¡Por Dios! Ni café bien molido ni hostias. Sigue siendo igual de malo que siempre. Aunque no, creo que hoy te has superado. Parece limpia tuberías. ¡Qué asco!

—Pues deja de pedirme que te lo prepare si tanto te molesta, saqueador —contesta ella, arrebatándole la taza de las manos—. En fin, ¿qué sabes de todo ese rollo?

Roi se pone serio al instante, cruzándose también de brazos.

—Lo suficiente como para preocuparme. Han venido con media oficina de la capital: ingenieros, topógrafos, gente de seguridad... Esto va en serio, y no creo que podamos hacer nada para evitarlo.

Mar bufa, sintiendo cómo la tensión crece en sus hombros.

—¿Y la arquitecta? ¿Qué impresión te ha dado?

—No sé ni cómo se llama, pero se nota de lejos a lo que viene.

—Jimena Alarcón —responde Mar sin dudar—. Así es cómo se llama.

Roi la observa con curiosidad evidente, alzando ambas cejas.

—¿Para qué me preguntas si ya la has estudiado?

—Porque lo hago con cualquiera que quiera destruir estos parajes —explica ella, defendiendo su territorio, aunque en su interior revive recuerdos que preferiría olvidar.

Él resopla con frustración.

—Pues esta parece convencida de que va a cambiar el mundo con su proyecto.

Mar aparta la vista hacia el agua, dejando que su mirada se pierda en las pequeñas olas. Cambiar el mundo. Ya, claro. ¿Cuántas veces ha escuchado esa frase vacía?

De repente, el recuerdo la invade. Ella acababa de terminar la carrera y todavía conservaba esa ingenuidad que hace creer que los informes bastan para detener una barbarie. En aquel lugar también prometían un puerto deportivo ecológico, respetuoso, integrado y sostenible. Palabras preciosas que ocultaban intenciones muy diferentes.

Nadie mencionó que las corrientes se alterarían, que los bancos marisqueros desaparecían, que las familias perderían su medio de vida. La empresa quebró tres años después, y los inversores desaparecieron sin dejar rastro. Entonces, las promesas se evaporaron, y las mariscadoras tuvieron que marcharse a otros lugares. Muchos jóvenes abandonaron el pueblo porque ya no quedaba trabajo. Mar todavía recuerda con claridad el rostro de una mujer sosteniendo una cesta vacía mientras susurraba: «No nos han quitado el mar. Nos han robado el futuro».

Desde entonces, Mar no ha vuelto a creer en proyectos milagrosos, ni en arquitectos que llegan convencidos de saber más que quienes llevan generaciones viviendo en esas tierras. Roi la observa en silencio.

—Estás pensando en Laxe do Porto, ¿verdad?

—No pienso permitir que vuelva a ocurrir. No pienso quedarme sentada viendo cómo venden esto como progreso cuando solo traerá destrucción —añade Mar, recogiendo las llaves.

—¿Adónde vas? —pregunta su hermano, siguiéndola con la mirada.

—Quiero ver con mis propios ojos qué clase de espécimen nos han mandado de la capital.

—¿Quieres que vaya contigo?

La voz de Roi Sotomayor suena preocupada. Mar niega con la cabeza, deteniéndolo con una mano en su pecho.

—No. Parecerá que quiero montar un espectáculo. Y voy en son de paz.

Su hermano, suelta una carcajada de incredulidad ante esa muestra de falsa modestia.

—Ya, claro... ahora va a resultar que mi querida hermana mayor en un ser de luz.

—Al menos, tendré que aparentarlo —responde Mar.

Porque cuando alguien amenaza lo que tanto ama, Mar Sotomayor nunca ha sabido quedarse mirando sin intervenir.

Capítulo 2

El trayecto hasta el puerto deportivo apenas dura unos minutos, pero a ella se le hace eterno bajo el sol que cae con intensidad impropia de la Costa da Morte. Las fachadas blancas reflejan la luz con tanta fuerza que obliga a entrecerrar los ojos, y hasta la brisa parece haberse tomado un descanso. Solo el olor del mar permanece inalterable, mezclándose con el gasóleo de algunas embarcaciones y el aroma dulzón de las hortensias que asoman tras los muros de piedra.

A medida que se acerca al muelle nuevo, el paisaje cambia drásticamente. Las embarcaciones de recreo ocupan sus amarres, con cubiertas que relucen como si jamás hubieran conocido una jornada real de trabajo. No hay redes tendidas secándose al sol, ni cajas de pescado apiladas, ni botas de agua abandonadas junto a la escollera. Todo parece diseñado para una puta postal turística, ajeno a la vida auténtica del puerto.

Mar Sotomayor nunca ha terminado de sentirse cómoda en ese rincón. No porque desprecie los veleros o las embarcaciones deportivas —el mar pertenece a todos—, sino por esa sensación de artificio, de escaparate falso. Como si ese espacio quisiera parecer cualquier otro puerto exclusivo del mundo y hubiera olvidado dónde se encuentra realmente.

Nada más doblar la esquina del edificio de capitanía, ve el movimiento intenso. Dos camiones descargan grandes cajas de madera cuidadosamente embaladas. Varios operarios despliegan planos sobre el capó de un todoterreno mientras otros colocan vallas provisionales. Un hombre habla por teléfono sin dejar de señalar distintos puntos del terreno con gestos impacientes.

Han tardado menos de una mañana en llenar el lugar de ruido y actividad. Mar se queda quieta unos segundos, observando con atención. Quiere entender cómo se mueven, quién toma las decisiones y quién manda realmente. Su mirada salta de una persona a otra hasta detenerse en una figura que destaca incluso de espaldas, provocándole un vuelco involuntario en el estómago. Una mujer alta, con una americana color arena, rompe con toda la estética del muelle. Lleva el pelo oscuro recogido en una coleta que deja su nuca completamente despejada. Ni un mechón fuera de lugar. Da rabia verla tan perfecta mientras habla con uno de los encargados.

Jimena Alarcón se planta a unos metros de ella, y Mar no sabe bien por qué esperaba encontrar a otro “tipo” de persona. Sin embargo, la mujer que tiene delante no parece superar los treinta y cinco y derrocha un atractivo que la vislumbra sin poder evitarlo. Simplemente, transmite la sensación de estar acostumbrada a que la obedezcan sin pestañear.

—Ese material no puede quedarse aquí —dice Jimena, firme y clara—. Necesito toda la zona libre antes de las doce.

Mar la escucha desde la distancia, notando su acento, elegante y muy, muy pero que muy... sexy. Uno de los operarios señala hacia unas cajas apiladas junto al pantalán.

—Nos han dicho que pertenecen a la cofradía, señora Alarcón.

Jimena gira apenas la cabeza, recolocándose la carpeta bajo el brazo con un gesto que derrocha autoridad.

—Entonces localizad a quien pertenezcan de inmediato. No podemos permitirnos retrasos desde el primer día por falta de organización.

—No sabemos de quién son exactamente —insiste el operario, rascándose la nuca con evidente incomodidad.

Ella deja escapar un suspiro discreto, cruzándose de brazos, como quien empieza a perder la paciencia, pero está demasiado bien educada para gritar cuatro cosas a la cara.

—Pues averiguadlo. Llamad a la cofradía si hace falta —responde Jimena con autoridad.

Mar sonríe para sí misma, relamiéndose mentalmente. «Esto va a ser mucho más divertido e interesante de lo que imaginaba». Empieza a caminar hasta colocarse justo junto a las cajas. Las reconoce enseguida: llevan material para el seguimiento de unas bateas experimentales. Después, se apoya con deliberada parsimonia sobre una de ellas, cruzándose de brazos, estirando las piernas y observando a la arquitecta con una chispa de provocación en los ojos.

—Disculpe —dice Jimena, deteniéndose a menos de un metro de ella.

Mar levanta despacio la vista, recorriéndola de abajo arriba sin el menor pudor. Las gafas de sol de montura ocultan parte de la expresión de la arquitecta, pero no consiguen restarle un ápice de esa imponente presencia. Desde tan cerca, el perfume de Jimena la envuelve por completo antes incluso de que vuelva a hablar: es un olor limpio, sutil, con notas cítricas y un fondo amaderado terriblemente sofisticado que choca de frente con el aroma a salitre y combustible del puerto. Mar no puede evitar pensar que esa mujer huele exactamente igual que aparenta: orden, control, y un peligro del que engancha.

—¿Es suyo este material? —le pregunta Jimena directamente, bajándose ligeramente las gafas con el dedo índice para mirarla por encima de la montura.

—Depende —responde Mar con voz perezosa, sosteniéndole la mirada con una sonrisa.

La arquitecta apenas inclina la cabeza, intrigada por la insolencia de la castaña, evaluando el descaro de la capitana.

—¿Depende de qué exactamente? Mi tiempo es oro, así que agradecería que fueras directa.

—De quién lo pregunte y con qué intención —contesta Mar, irguiéndose un poco. Sus ojos grises desafían abiertamente los de la otra mujer.

Durante un instante ninguna de las dos habla, y la tensión se vuelve casi física.

—Necesito que lo retiren cuanto antes. Estamos empezando los trabajos de replanteo y esto obstaculiza el paso de los trabajadores.

Mar baja la vista deliberadamente hacia las cajas, recreándose en el tiempo, antes de volver a clavar sus ojos en ella.

—¿Lo necesitas? —pregunta con un tono arrastrado, casi inocente, con la única intención de provocarla.

—Sí, eso es lo que he dicho. Creo haber sido bastante clara —afirma Jimena, dando un imperceptible paso hacia delante.

Si le tiene que plantar cara a esa lugareña, le plantará cara. Claro que sí.

—Qué mala suerte, entonces —replica Mar, encogiéndose de hombros—. Porque yo necesito que se quede exactamente donde está. Forma parte de nuestro seguimiento científico de la ría y, sinceramente, no molesta a nadie que sepa caminar en línea recta —explica Mar con una sonrisa, disfrutando de cómo los colores suben levemente a las mejillas de la arquitecta.

—¿Me está tomando el pelo? No es un capricho, es una cuestión de seguridad en el muelle.

—Llevan pasando por aquí toda la mañana sin el menor problema, de hecho, ese chico tan simpático de ahí, hasta me ha saludado —señala Mar, indicando con la cabeza a uno de los trabajadores que, al verse descubierto, se pone rojo y vuelve a mirar sus planos a toda prisa.

—Pues yo necesito que haya vía libre para coordinar la descarga de los camiones —replica Jimena, clavando los tacones en el suelo.

Mar dibuja una sonrisa todavía más amplia, mordiéndose sutilmente el labio inferior.

—¿Sabe una cosa? Por la vida no se puede ir dando órdenes como si ya fueras la dueña absoluta del puerto. Aquí las cosas no funcionan así.

—Para su información, soy diseñadora principal de un proyecto de gran envergadura e importancia para este municipio. Y también me han encargado de que vigile que todo sale bien —se defiende Jimena, irguiéndose cuan alta es.

—No. Estás en un puerto, con gente que lleva generaciones ganándose el pan aquí y que no se asusta porque alguien venga con una americana cara a apuntar con el dedo —corrige Mar, dando un paso para reducir el espacio entre ambas.

Una gaviota rompe el silencio con un graznido estridente que parece dar el pistoletazo de salida. Jimena se quita despacio las gafas de sol, revelando unos ojos imponentes que cambian con la luz, dejando a Mar sin respiración. Vaya. No esperaba encontrarse con esa mirada. Durante una fracción de segundo, el bullicio del puerto desaparece. La arquitecta sostiene su mirada con una firmeza arrolladora, nada intimidada ante el descaro de la capitana.

Mar siente una punzada inesperada en el pecho. «¿Por ella? ¿En serio?» Se obliga a mantener el tipo y la observa con absoluto descaro, empezando por esos ojos de gata, descendiendo por la línea elegante de su cuello donde una fina cadena dorada descansa sobre la piel y desaparece de forma sugerente bajo la camisa. Sigue el recorrido de las clavículas que asoman apenas por el escote abierto del primer botón, imaginando la suavidad de esa piel de ciudad. Después llega a la boca: unos labios llenos, perfectamente perfilados, que mueren por un buen mordisco y que son demasiado bonitos para alguien que acaba de soltarle una orden de ese tipo.

Cuando vuelve a levantar la vista, descubre con regocijo que Jimena no se ha quedado atrás. La está observando también, no con el descaro salvaje de Mar, sino con una atención analítica, recorriendo su figura como si estuviera evaluando terreno peligroso. La camiseta de algodón remangada de Mar deja al descubierto unos brazos fuertes, torneados y curtidos por el sol. La piel bronceada contrasta de forma brutal con el blanco desgastado de la prenda. Un mechón castaño claro y rebelde cae sobre su frente por culpa de la humedad. Tiene pequeñas motas de sal en su cuello y una fina cicatriz cruza uno de sus antebrazos. No parece una mujer que pase demasiadas horas encerrada

en un despacho; parece alguien acostumbrada a domar el viento, las olas y lo que se le ponga por delante.

Jimena aparta ese pensamiento pecaminoso casi con enfado, apretando los puños. No ha venido a Galicia para fijarse en las lugareñas, y muchísimo menos en la mujer insolente que ha decidido complicarle el primer día de trabajo.

—Necesito empezar a trabajar de verdad, así que termine con el numerito —sentencia Jimena.

La capitana da otro paso al frente, reduciendo la distancia al mínimo legal, hasta que apenas las separa un palmo. Jimena tiene que levantar ligeramente la barbilla para sostenerle el contacto visual, negándose a retroceder. Mar percibe su perfume con muchísima más intensidad, un olor embriagador. Jimena, por su parte, nota el olor del mar impregnado en la piel de su contraria: una mezcla de sal, café fuerte y algo puramente animal y salvaje.

—Para ser de ciudad, tiene una forma un tanto... brusca de comportarse —apunta Mar.

—Es lo que pasa cuando me desafían a mí y a mi trabajo.

—Se nota que no sabe nada del mar —responde Mar de inmediato, y esa réplica arranca un pequeño resoplido divertido de uno de los operarios cercanos, que tiene que fingir un ataque de tos repentino cuando Jimena lo ve.

La arquitecta lo ignora por completo. En ese momento, el resto del mundo no existe; toda su atención, su rabia y su inesperada fascinación están fijas en la mujer que tiene delante.

—Voy a preguntarlo por última vez... ¿Puedes mover estas malditas cajas, por favor? —pide Jimena, remarcando la última palabra.

Mar deja escapar una risa.

—¿Con quién cree que está hablando? —Da un último paso, rompiendo cualquier barrera, susurrando casi cerca de su oído—. Y soy Mar Sotomayor, capitana del Brétema y una de las biólogas que mandan sobre esta ría. Así que estas cajas se quedan dónde están hasta que a mí me apetezca lo contrario. Bienvenida a Costa da Morte, arquitecta.

Capítulo 3

—Bienvenida al paraíso, Alarcón —murmura para sí misma, mientras se pone de nuevo las gafas de sol y se encamina hacia el muelle.

El viento empieza a molestarle. Aunque ha revisado decenas de fotografías, planos topográficos y recreaciones digitales de la dichosa costa durante los últimos meses, ningún informe consigue transmitir la sensación real de encontrarse allí, en medio de ese entorno, y eso le da la continua sensación de que le falta por descubrir algo.

Jimena Alarcón inspira despacio, arrugando sutilmente la nariz. El pelo, perfectamente alisado antes de salir del hostel, empieza a rebelarse en un acto de anarquía; un mechón castaño oscuro se curva justo junto a su sien con obstinación. Jimena suelta un bufido imperceptible y se recoloca el pelo detrás de la oreja. Odia, con todas sus fuerzas, perder el control de cualquier detalle. Por mínimo que sea.

Su agenda para el primer día estaba medida al milímetro, pero claro, debía aparecer una arrogante que le jodiera las expectativas.

Todavía puede ver en su cabeza a la descarada de Mar Sotomayor. Cierra los ojos un segundo y la escena se proyecta junto a unos brazos fuertes y bronceados, la postura relajada de quien se sabe dueña del terreno, y esa media sonrisa que parecía gritarle que iba a perder la conversación antes incluso de abrir la boca.

«¿Con quién crees que está hablando?», repite mentalmente la voz ronca y sensual de la capitana, y el recuerdo le provoca un escalofrío. Jimena abre los ojos de golpe y muerde su labio inferior. No soporta que cuestionen su autoridad delante de todo su equipo, muchísimo menos el primer día, y tres veces menos una lugareña insolente que ni siquiera debe estar en la obra.

La oficina provisional ocupa un antiguo almacén rehabilitado junto al puerto. Todavía huele a pintura fresca, resina y a madera recién cortada; un aroma limpio que choca de frente con el salitre del exterior. Los ventanales amplios y limpios permiten ver las aguas casi desde cualquier punto de la estancia, un detalle arquitectónico que cualquier otra persona encontraría inspirador, poético y relajante. Sin embargo, Jimena lo considera una distracción. Deja el maletín sobre el escritorio, enciende el ordenador portátil y extiende los planos sobre la mesa. Respira hondo, acomodándose la americana. Necesita centrarse en los números y en el hormigón.

Abre la documentación técnica del proyecto y el render general brilla en la pantalla: zona para el resort ecológico de lujo, accesos mejorados, cubiertas vegetales integradas y sistemas avanzados de sostenibilidad. Empieza a revisar las anotaciones con el bolígrafo suspendido en el aire. Pero pasan cinco minutos... y no ha leído ni una sola línea. El cursor parpadea en la pantalla de forma burlona mientras su mente insiste en reconstruir los detalles de una escena que preferiría extirpar de su memoria. La sonrisa perezosa y provocadora de Mar... Dios, la forma en que dio un paso hacia delante reduciendo la distancia entre sus cuerpos hasta obligarla a olerla. Jimena suelta un resoplido de frustración, deja caer el bolígrafo y se pasa las manos por la cara.

—Concéntrate de una maldita vez, Jimena —se ordena a sí misma en voz alta.

¿Qué demonios le está pasando? Ella no es así. Nunca.

Ha soportado comentarios machistas de dinosaurios del sector sin pestañear. Ha tenido enfrente a personas infinitamente más peligrosas que una capitana de pueblo. Y, sin embargo, no consigue quitarse de encima la punzada eléctrica que sintió cuando Mar Sotomayor invadió su espacio personal.

Recuerda su piel intensamente bronceada, los antebrazos fuertes con esa fina cicatriz que le daba un aire peligrosamente atractivo, y la forma en que sus bíceps se marcaban de forma natural, fruto del trabajo, no de las posturitas de un gimnasio pijo de Madrid.

Jimena se lleva los dedos a las sienes, dándose un masaje mientras suelta un suspiro. Ridículo. Está siendo patética. No conoce a esa mujer y, objetivamente, es el principal obstáculo para sacar adelante la obra más importante de su carrera. Fin de la historia.

Su teléfono móvil vibra y la pantalla se ilumina. Jimena cierra los ojos un segundo, traga saliva para aclarar la voz y desliza el dedo por la pantalla.

—Hola, mamá —saluda.

—Esperaba tu llamada hace exactamente veinte minutos, Jimena —dispara Victoria al otro lado de la línea, con ese tono gélido que siempre arrastra una sutil amenaza de decepción.

Jimena consulta el reloj de pulsera con rapidez. «Mierda, es verdad». Se le ha ido el santo al cielo pensando en los ojos de la capitana.

—Lo siento, he tenido un pequeño contratiempo al coordinar la descarga —explica.

—¿La contrata otra vez? —pregunta su madre con una preocupación.

—No exactamente. Un... malentendido con una persona de la zona —admite Jimena, poniéndose rígida en la silla de oficina.

Victoria deja escapar un suspiro largo y pesado a través del auricular. Los silencios de su madre son capaces de bajar la temperatura de una habitación al segundo.

—Jimena, este proyecto moverá millones y la junta estará pendiente de cada paso que des. No puedes permitirte perder el tiempo con minucias ni distracciones absurdas. Hay que empezar a construir en el plazo acordado —le recuerda su madre.

—Lo sé perfectamente. No es necesario que me lo recuerdes —responde ella, apretando el aparato contra su oreja.

—¿Está todo bajo control o tengo que enviar a alguien de la oficina central? —insiste Victoria, hurgando en la herida.

Jimena tarda un segundo más de la cuenta en responder.

—No hace falta —afirma su hija.

—¿Has hablado ya con el alcalde para la firma del acta de replanteo?

—Esta tarde tengo la reunión fijada en el ayuntamiento —contesta Jimena, cogiendo un bolígrafo y haciendo un círculo violento sobre la fecha en el calendario de mesa.

—Perfecto. ¿Y con la cofradía de pescadores? Ya sabes que esos sectores suelen ser... conflictivos si no se les ata en corto —apunta Victoria.

Jimena aprieta el bolígrafo entre los dedos.

—Todavía no, pero tengo agendada la reunión para mañana a primera hora. El alcalde también estará presente —explica, intentando mantener la calma. Odia que su madre quiera guiar cada uno de sus pasos.

—Hazlo cuanto antes y no dejes cabos sueltos. No necesitamos protestas ni retrasos por culpa de cuatro marineros nostálgicos. Ya sabes cómo es la gente en los pueblos pequeños: desconfiada e ignorante ante el progreso —advierte su madre con desprecio.

«Demasiado tarde para evitar el primer choque de trenes», piensa Jimena, visualizando los ojos desafiantes de Mar.

—Tranquila, mamá. Conozco el protocolo y no voy a improvisar —asegura.

—Nunca —repite Victoria, soltando el viejo mantra familiar—. Nunca improvises. Nunca falles. Nunca des motivos para que duden de tu capacidad.

Su madre continúa hablando, pero Jimena desconecta el cerebro casi por completo. Porque, de repente, la imagen de Mar vuelve a cruzarse en sus pensamientos de forma obscena. La mujer está de pie frente a ella, mirándola de arriba abajo con esos ojos del color de la tormenta que parecían desnudarla.

—¿Me estás escuchando, Jimena? —la voz cortante de su madre la devuelve a la realidad de un plumazo.

—Claro que sí —responde ella, parpadeando y enderezándose en el asiento.

—¿Ah, sí? ¿Qué acabo de decir sobre el estado de cuentas? —insiste Victoria.

Jimena cierra los ojos un instante, maldiciendo internamente a Mar Sotomayor por sabotearle hasta la llamada familiar.

—Que... quieres el informe financiero definitivo sobre la mesa antes del viernes —aventura Jimena, cruzando los dedos bajo el escritorio.

Un silencio glacial se extiende al otro lado de la línea.

—Antes del jueves por la tarde, Jimena —corrige su madre con sequedad.

—Lo tendrás sin falta, cuenta con ello —promete Jimena.

—Eso espero. No me decepciones, el apellido de la empresa se lo juega todo en ese proyecto —concluye Victoria antes de colgar sin despedirse.

La llamada termina y Jimena deja el teléfono sobre la mesa. Da igual los años que cumpla o los másteres que acumule en el extranjero; cada conversación con Victoria Alarcón consigue exactamente el mismo efecto: clavarle una losa en el pecho y dejarle la desagradable sensación de que nunca es suficiente, de que siempre camina al borde del suspenso.

Se levanta, decidida a servirse un vaso de agua fría para despejar la mente y quitarse de encima el fantasma de su madre, pero no llega a dar dos pasos cuando alguien golpea la puerta.

—¿Se puede interrumpir o me arriesgo a recibir un portazo en las narices? —pregunta una voz guasona y sumamente familiar.

Jimena gira la cabeza. Hugo asoma el cuerpo por el marco de la puerta, sosteniendo dos bolsas de papel y luciendo una sonrisa enorme que parece iluminar el despacho.

—Traigo contrabando. Pensé que necesitarías un rescate alimenticio después de todo el barullo de la mañana —anuncia,

entrando con paso desgarrado y dejando las bolsas sobre la mesa sin esperar a que le den permiso—. Esto de tener que estar presentes en la descarga de materiales, es agotador.

Jimena arquea una ceja, cruzándose de brazos y apoyándose en el borde de su escritorio, dejando que una pequeña sonrisa rompa su fachada de hielo.

—¿Qué has comprado? Porque huele que alimenta.

—No tengo la más mínima idea de cómo se pronuncia la mitad de los nombres que venían en la pizarra de la taberna, pero ya te digo yo que huele a gloria —responde él, sacando varios envases de aluminio—. Tenemos empanada, pulpo a la gallega y una montaña de carne con especias que la hostelera ha llamado zorza. Una delicia.

Jimena se permite reír por primera vez en toda la mañana, relajando los hombros y perdiendo la rigidez.

—¿Tú has venido aquí a trabajar o a hacer una ruta de turismo gastronómico por la costa? —comenta con tono guasón.

—Las dos cosas son perfectamente compatibles y necesarias para el intelecto —replica él, limpiándose las manos con una servilleta y acercándose al ventanal, silbando con admiración—. Vaya vistas nos han adjudicado, por cierto. Menudo lujo.

—Preferiría tener una pared de pladur, sinceramente. El oleaje me distrae —admite Jimena, rodeando el escritorio para sentarse frente a la comida que Hugo ha desplegado.

—Pues yo me jubilaría aquí mismo con un bloc de notas y una caña de pescar —replica su mejor amigo, dejándose caer en la silla sin el menor protocolo y ofreciéndole un tenedor de plástico—. Venga, prueba esto. Seguro que te cambie el humor.

Jimena niega con la cabeza, aunque el olor de la comida le despierta un rugido en el estómago.

—Luego como algo, ahora mismo no tengo mucha hambre —murmura, jugueteando con el tenedor sin llegar a pinchar nada.

Hugo la estudia durante unos segundos con la mirada de quien comparte oficina, cafés y horas de entrega desde hace siete años. Sabe perfectamente cuándo le ocurre algo más.

—A mí no me des el cambiazo. ¿Qué te pasa? —pregunta directamente, atacando un trozo de empanada.

—Nada que deba preocuparte, cosas del arranque de la obra —responde ella, desviando los ojos hacia los planos para evitar su escrutinio.

—Ya... Y por eso estás firmando un agujero en el papel con el bolígrafo. Desembucha —insiste él, masticando con deleite.

Jimena suspira, dándose por vencida. Con Hugo es imposible mantener las distancias.

—Nada, que he tenido un pequeño encontronazo con una tal Mar Sotomayor.

Hugo deja el tenedor suspendido a mitad de camino y la mira con los ojos abiertos de par en par.

—¿Mar Sotomayor? —repite, como si no terminara de creérselo.

—Sí, esa misma. Una mujer con muy mala educación, por cierto. ¿La conoces o qué? —pregunta Jimena, frunciendo el ceño al notar la reacción de su amigo.

—Vaya por Dios... —exclama Hugo, apoyando los codos sobre la mesa y soltando una risa que a Jimena no le hace ninguna gracia—. Madre mía. Significa que acabas de chocar de frente contra el iceberg del Titanic local en tu primera hora. Has elegido a la peor enemiga posible para empezar la obra con buen pie.

Jimena se cruza de brazos con más fuerza, ofendida por el comentario.

—Explícate mejor, Hugo, porque no le veo la gracia. Es una simple marinera insolente que ha obstaculizaba la zona de descarga.

—No es una simple marinera. Todo lo contrario. Es la protegida de la ría y aquí la gente la adora y la respeta como si fuera una santa —aclara Hugo, adoptando un tono más serio—. He estado hablando con

Carme. Mar Sotomayor es mucho más que una capitana o una bióloga marina común. Lidera proyectos científicos de la Xunta, lleva años peleando con uñas y dientes para proteger el ecosistema de la ría y, cuando esa mujer abre la boca en una reunión del pueblo, el alcalde se la envaina y los vecinos van detrás. Tiene un prestigio social impecable. Si ella dice que tu proyecto es malo, el pueblo entero va a responder.

Jimena siente cómo un nudo frío empieza a formarse en su estómago, aunque se niega a demostrar debilidad.

—Eso no cambia absolutamente nada de cara a la legalidad del proyecto. Tenemos todos los visados y los permisos municipales en regla. La ley nos ampara —afirma la mujer.

—Yo creo que sí cambia las cosas, y mucho —replica Hugo—. Los permisos son muy bonitos en un despacho del paseo de la Castellana, Jimena. Pero aquí abajo, en el barro, las relaciones personales y el respeto de los vecinos pesan tanto o más que los documentos. Si esa mujer se te cruza y decide boicotear el proyecto con informes medioambientales, te aseguro que los camiones no van a poder ni entrar al muelle.

Jimena desvía la mirada hacia los planos extendidos, sintiendo el peso de las palabras de su compañero. Hugo rara vez dramatiza las situaciones laborales; si se pone así de serio, es porque el terreno es pantanoso de verdad.

—Si pretendes sacar adelante este resort enfrentándote a ella y yendo de sobrada desde el primer día, te auguro un verano infernal —añade Hugo con total sinceridad, dándole un sorbo a su refresco.

Ella clava los ojos en los renders, sintiendo que la seguridad con la que bajó del coche hace unas horas se resquebraja por momentos.

—Infernal... Ya lo está siendo y apenas llevo unas horas pisando este suelo —murmura en voz baja—. Naufragar no es una opción para nosotros. Si este proyecto se cae por problemas locales, mi madre me corta la cabeza y la firma se irá detrás —dice Jimena, intentando convencerse a sí misma de que puede con la capitana.

Hugo sonríe con cierta ternura, estirando el brazo para darle una palmadita afectuosa en la mano.

—Ojalá tengas razón y tus planos lo aguanten todo. Pero si yo fuera tú, en vez de ir a la guerra, intentaría ganármela de alguna manera. Usa tu encanto, habla con ella de mujer a mujer, escúchala... Este pueblo no funciona con los ritmos y las órdenes habituales. Aquí hay que saber escuchar el mar, como dicen ellos.

La puerta se cierra tras Hugo después de compartir la comida durante unos minutos, y el despacho provisional vuelve a quedar sumido en el silencio. Jimena se queda quieta durante varios segundos, sentada frente a los planos, reflexionando sobre las advertencias de su amigo. Después, apoya ambas manos sobre la mesa con fuerza.

«Ganármela». La mera idea le produce una mezcla muy incómoda. Detesta con todas sus fuerzas necesitar la aprobación de nadie para hacer su trabajo y, sin embargo, sabe que Hugo tiene toda la razón. Ese rincón de Galicia no se gobierna con correos electrónicos ni con llamadas. Allí las personas importan.

Cierra los ojos un instante, sacudiendo la cabeza, profundamente irritada consigo misma y con sus traicioneras reacciones físicas. Es absurdo. Una completa desconocida. Una mujer con ropa de faena, despeinada y que es una insolente, ha desestabilizado en cinco minutos todos sus planes.

Jimena abre los ojos de nuevo. Si quiere acabar la obra con el éxito que su madre le exige, tendrá que dejar de pensar en los labios y en los brazos fuertes de Mar Sotomayor. Y, sobre todo, tendrá que encontrar la manera de acercarse a ella y ganársela, aunque eso suponga tragarse una buena dosis de su orgullo y diseñar una estrategia de aproximación completamente diferente.

—Pues si hay que ganársela... eso es lo que haré.

Capítulo 4

El ventilador de techo gira con una lentitud desesperante en el despacho del alcalde, haciendo un ruido rítmico, un *clac-clac-clac* que solo sirve para remover el aire sofocante de la estancia.

Mar Sotomayor está de pie junto a la mesa de reuniones, con las gafas de sol todavía puestas. Bajo el brazo, lleva la carpeta azul repleta de informes y deja otra en la silla más próxima. Se ha pasado media noche en vela repasando cada detalle, jurando entre dientes que, si el ayuntamiento necesita razones para frenar la aberración del resort ecológico, ella se las va a dar. Con todo el apoyo de la cofradía de pescadores.

Por la memoria de su abuela.

El alcalde carraspea, rompiendo el tenso silencio mientras consulta su reloj de pulsera por cuarta vez en dos minutos.

—A ver, Mar, por favor... Todos esperamos poder resolver esto de manera civilizada, hablando como personas razonables —comenta él, alzando las manos en un gesto que pretende ser conciliador.

Mar por fin se quita las gafas de sol y se las pone de diadema, clavándole al hombre una mirada gris que promete tormenta.

—La única manera de resolverlo sería mandar a esa empresa constructora a la capital, con un lacito rojo como agradecimiento y detener el proyecto de inmediato —responde ella, plantando las palmas de las manos sobre la mesa.

El hombre fuerza una mueca diplomática.

—Bueno, bueno, tampoco nos pongamos drásticos. Quizá podamos encontrar un punto intermedio que satisfaga a todas las partes, ¿no crees?

¿Se lo está diciendo en serio? Mar lo mira, incrédula.

Efectivamente, sí se lo está diciendo en serio.

—Hay rincones de esta costa donde esos puntos intermedios pueden llamarse desastre ecológico. Por muy bien que se hayan hecho las mediciones —replica Mar, cruzándose de brazos—. Usted mejor que nadie debería de saber del comportamiento del mar.

El alcalde no responde. Conoce a Mar desde que correteaba descalza por el muelle y sabe de sobra que cuando se le mete algo en la cabeza, es muy difícil sacarla de ahí.

El gen Sotomayor.

De pronto, la puerta se abre y Jimena entra como un torbellino de elegancia, pisando fuerte con sus tacones sobre el suelo antiguo. La acompañan Hugo, que camina un paso por detrás, y Carme, la jefa de obra; una mujer de hombros anchos, pelirroja —y guapísima—, que lleva el casco bajo el brazo y las botas de seguridad rebozadas en polvo.

—Buenos días a todos —saluda Jimena.

Mar se limita a inclinar la cabeza, sosteniéndole la mirada. Pero en esa milésima de segundo, el corazón le tamborilea. La arquitecta ha desterrado la americana del día anterior y hoy viste un pantalón recto color crema y una blusa azul claro remangada de manera informal hasta los antebrazos. El calor de la habitación la obliga a desabrocharse el primer botón del cuello, y Mar se queda observando ese mismo punto.

«Concéntrate o irás mal», se regaña Mar internamente, desviando los ojos hacia sus carpetas antes de que Jimena Alarcón la pille devorándola con la mirada.

Jimena, por su parte, experimenta el mismo cortocircuito. No contaba con llegar a esa sala y la camiseta blanca ceñida de Mar, atrajese su primera mirada. «Es la enemiga número. Y tienes que ganártela sí, pero no de esa manera».

La mujer carraspea y aparta la vista.

—Gracias por venir con tan poca antelación —interviene el alcalde.

La mesa es demasiado pequeña para albergar el ego y la documentación de las dos mujeres. Mar planta sus carpetas en el centro, alineándolas como si levantara una barricada en plena guerra. Jimena no se queda atrás: saca un tubo portaplanos, enciende el ordenador portátil y despliega varias láminas impresas, invadiendo el espacio contrario.

Hugo carraspea incómodo en su asiento, mientras el alcalde decide meter baza antes de que salten chispas.

—El motivo de esta reunión es evidente para todos. El pueblo empieza a dividirse en dos bandos y no quiero tener una guerra vecinal en mitad de la temporada turística —anuncia, paseando los ojos de una a otra.

Mar da un golpecito con el bolígrafo sobre su carpeta azul, levantando la barbilla.

—La guerra empezó el día en que firmó este proyecto sin mirar el impacto medioambiental sobre la ría, alcalde. No nos venga ahora con la diplomacia cuando lo que van a hacer es cargarse el sustento de la zona.

Jimena aprieta los labios, sintiendo la provocación.

—Este proyecto lleva meses cociéndose. Y como verás, ha superado todas las evaluaciones ambientales exigidas por la ley vigente. Aquí no estamos jugando a los barquitos ni improvisando sobre una servilleta de cualquier bar de la zona —espeta la arquitecta.

La frialdad de Jimena, pone los pelos de punta de Hugo.

—Las mínimas exigidas por vuestros contactos en los ministerios, querrás decir —ataca Mar, entornando los ojos.

—Las legales y obligatorias —insiste Jimena, sosteniéndole el envite con las pupilas encendidas. No piensa dar un paso atrás.

—A veces, las leyes no se enteran de cómo respira el Cantábrico, preciosa —suelta Mar con una tranquilidad pasmosa que deja al alcalde

boquiabierto.

Hugo mira al techo implorando «tierra trágame» y Carme se cruza de brazos, conteniendo una sonrisa ante el espectáculo que están dando las dos.

Mar abre la primera carpeta y saca un fajo de folios llenos de gráficos y tablas. Lo desliza por la mesa, haciéndolo parar justo frente a los dedos de Jimena.

—Este es el estudio hidrodinámico que hizo la Universidad de Santiago sobre las corrientes de la ría. Deberías sabértelo de memoria antes de clavar un solo poste aquí —desafía Mar, señalando una fotografía aérea con el dedo—. Si tocáis este punto exacto, la vais a liar. Joderéis la vida de miles de familias, y dudo mucho que queráis eso. Aunque claro, podría esperar cualquier cosa.

Jimena baja la vista hacia los datos.

—¿Crees que no somos profesionales? Analicé ese informe y muchos más antes de empezar con el proyecto —responde Jimena—. Y nuestro proyecto no va a cambiar el espigón principal de la ensenada.

—Tú lo has dicho, no tocará el principal —replica Mar con una risa corta e irónica que eriza la piel a la arquitecta—. Pero ampliará la plataforma flotante para los yates de tus amigos ricos y meterá un canal de acceso nuevo que trastocará todo el ambiente.

—Un canal de dimensiones ridículamente reducidas —matiza Jimena.

—Suficientes para joder las corrientes de retorno durante las mareas vivas —insiste Mar, clavándole los ojos con una intensidad tan brutal que Jimena siente un vuelco en el estómago.

—No hay ninguna simulación digital que confirme ese impacto. ¿O es que tú tienes el poder de probarlo? —se defiende la arquitecta, aguantando la respiración unos segundos.

Al final, la manda a la mierda.

Mar abre la otra carpeta.

—¿Segura que no? Mira esto —suelta, sacando otro informe—. Modelización numérica del transporte sedimentario del Instituto Oceanográfico. Los números cantan por sí solos.

Hugo vocaliza un «ufff» y Carme estira el cuello para leer el documento, mientras Jimena se queda rígida, asimilando el golpe.

Mar continúa, deslizando la yema del dedo lentamente por el mapa, trazando la línea de la costa en un recorrido que Jimena sigue con la mirada, hipnotizada por el movimiento.

—Si me aumentáis la velocidad de entrada del agua en este punto, la arena dejará de depositarse en esta zona —explica Mar—. Y se empezará a acumular de forma salvaje en esta ensenada.

El alcalde mira el plano como quien mira un jeroglífico egipcio, pero Carme da un pisotón en el suelo con sus botas.

—Mierda, eso podría ahogar el banco de marisqueo de la cofradía —suelta la jefa de obra—. Tiene razón.

Mar chasquea los dedos, dedicándole una mirada triunfal a Jimena.

—Premio para la señora. Los mariscadores van a saltar y con toda la razón del mundo si les destrozáis su modo de vida.

Jimena clava las palmas en la mesa, irguiéndose con una sonrisa misteriosa y un destello en los ojos que a Mar la pilla totalmente desprevenida.

—Eso pasaría... si el proyecto siguiera siendo el diseño original —suelta Jimena.

Mar frunce el ceño y echa un vistazo a todos los presentes en la sala. Como nadie le da respuesta, exige directamente a Jimena.

—Habla claro.

Jimena coge el tubo, recreándose en el suspense. Lo abre, saca tres láminas de gran formato y las despliega sobre la mesa de un tirón, tapando por completo los informes de Mar.

—Significa que el proyecto ya no es el que por lo visto has estudiado con tanto recelo —anuncia Jimena, inclinándose sobre los nuevos renders—. Échales un vistazo tú misma.

Al mirar los planos, a Mar se le corta la respiración: en el nuevo diseño, la zona deportiva se ha reducido más de un treinta por ciento, el edificio del hotel de lujo se ha retranqueado hacia el interior, las cubiertas vegetales se han multiplicado y el sistema de drenaje ha sido rediseñado desde cero con una complejidad ecológica brutal.

Mar siente una mezcla salvaje de alivio y rabia porque todo el arsenal de argumentos que traía preparado para machacar a esa pija de ciudad, se acaba de ir a la mierda.

—¿Cuándo narices has hecho esto? —le pregunta.

—Durante las últimas semanas. Robándole horas al sueño y metida en mi despacho. Por mucho dinero que haya en juego, también soy capaz de respetar el modo de vida de las personas —sentencia Jimena. Al esbozar una sonrisa, se guarda un mechón rebelde tras la oreja.

—¿Y por qué no se ha presentado el nuevo diseño en el registro público?

—Porque quería que la revisión técnica fuera impecable antes de enseñárselo a nadie... y especialmente, a la cofradía de pescadores.

«Vaya, si tiene corazón».

Mar aprieta los labios, sintiendo cómo le escuece al orgullo. La arquitecta pija acaba de cambiar las reglas del juego en su propia cara, y lo peor es que lo ha hecho rematadamente bien. Las modificaciones son una maldita genialidad arquitectónica. No es un lavado de cara político; es el trabajo de alguien que se ha dejado la piel para salvar la costa sin tirar por tierra su proyecto.

El alcalde, viendo el cielo abierto, se frota las manos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, ¡eso es un avance! ¿No, Mar? ¿Podemos firmar la paz?

Mar niega con la cabeza, clavando sus dedos en el mapa.

—Es una mejora cojonuda, alcalde, no voy a ser hipócrita. Pero el problema de fondo sigue estando aquí —habla, plantando el dedo en una curva específica de la costa.

Jimena se inclina tanto sobre la mesa para ver el punto exacto que Mar no puede evitar clavar los ojos en su escote.

—Vas a tener que explicarme bien qué ves tú ahí —le pide Jimena. Se yergue y cruza de brazos.

Mar contiene el aliento un segundo. Le gusta cómo suena esa petición.

—Mira... la ría funciona como un organismo, Jimena —comienza Mar, y es la primera vez que usa su nombre, provocando que a la arquitecta se le ponga la piel de gallina—. No puedes meterle un tajo en una parte sin que el resto se desangre. Aquí hay una lengua de arena que se desplaza con cada temporal de invierno. Es un equilibrio natural. Si me metes un canal permanente para barcos grandes, cambiarás la velocidad del agua y romperás ese ciclo.

—El canal tendrá un dragado mínimo y muy controlado, te lo aseguro —rebate Jimena, girando la cabeza para mirarla de perfil.

—Sigue siendo meterle mano a la naturaleza —replica Mar, quedando cara a cara con ella.

—Es necesario para que el puerto sea sostenible y genere empleo. Estamos en otros tiempos, las cosas cambian —insiste la arquitecta, clavando los ojos en su boca sin darse cuenta.

Mar esboza una sonrisa perezosa.

—Ahí está el puto problema de siempre.

—¿Cuál? —susurra Jimena, completamente hipnotizada.

—Que tú juegas con presupuestos, y yo juego con un mar que no acepta vuestros sobornos económicos.

—Madre mía... no salimos vivos de aquí —murmura Hugo en voz baja.

Las miradas de las dos mujeres lo fulminan.

Es Carme quien da una palmada al aire y se echa hacia atrás en la silla, rompiendo el hechizo.

—Pues qué queréis que os diga, las dos tenéis razón —suelta la jefa de obra.

Jimena se gira hacia ella, parpadeando como si despertara de un sueño.

—¿Te estás poniendo de su parte? —exclama, dolida en su orgullo.

La jefa de obra se ríe con ganas, mostrando sus dientes blancos.

—A mí no me mires así, Jimena. Llevo veinte años levantando muros en esta costa y allá por donde vamos y he visto auténticas burradas bendecidas por los políticos. También he visto proyectos cojonudos que se fueron a la mierda por no escuchar a los que pisan mar a diario. Tu nuevo diseño es una pasada, te lo reconozco —le asegura con los brazos cruzados—, pero lo que dice Mar es cierto: a esta ría hay que tenerle un respeto que no viene en ningún manual. Y creo que incluso podrías mejorar más ese diseño.

Jimena mira a Carme y alejada de la frialdad habitual, Mar se da cuenta de que se está topando con una mujer que intenta dar lo mejor de sí misma.

—Jamás he querido faltarle al respeto a esta tierra —confiesa Jimena en un susurro—. Precisamente por eso me he dejado horas de sueño cambiando los planos estas semanas... y creo que...

—Se nota el curro, nena —admite Carme—. Pero tenemos que rematar la faena juntas si no queréis que esto acabe mal. Los permisos están dados. El resort se va a hacer, pero también podemos hacerlo respetando todo el entorno al cien por cien.

Hugo, oliendo que el ambiente puede empeorar, interviene con una sonrisa.

—A ver, ¿y si revisamos esos puntos críticos que dice Mar directamente sobre el mapa?

Mar niega con la cabeza, recogiendo sus carpetas.

—Así no conseguiréis nada. Hay que pisar el barro.

Jimena se endereza en la silla, clavándole una mirada desafiante a la bióloga.

—Yo estoy dispuesta. Podemos ir cuando quieras.

Mar la mira fijamente, sorprendida por su rapidez.

—¿De verdad vas a querer mancharte esos zapatos caros? —se burla Mar.

—Totalmente —confirma Jimena, cruzándose de brazos.

—¿Aunque eso signifique jugar con los plazos?

Jimena duda una fracción de segundo. Una mínima pausa donde visualiza la cara de ogro de su madre echándole la bronca por teléfono, pero enseguida, descarta esa imagen de un plumazo.

—Siempre que me demuestres que ese retraso está justificado... sí —responde la arquitecta.

—Hecho. Te lo voy a demostrar —asegura Mar, sintiendo un cosquilleo en el pecho. No solo por defender la ría, sino por la perspectiva de pasar una mañana a solas con la señorita arquitecta.

—Perfecto. ¿Cuándo vamos? —pregunta Jimena.

—Te espero dentro de tres días, a primera hora.

El alcalde da un puñetazo alegre en la mesa, levantándose de la silla.

—¡Pues ya tenemos fumata blanca!

Mar y Jimena se giran hacia él al unísono, respondiendo a la vez:

—¡Eso no significa que estemos de acuerdo en todo!

El alcalde parece temblar y se acaricia tres veces el bigote espeso.

—Bueno, pues si hay voluntad de entendimiento, levantamos la sesión.

Mar cierra sus carpetas.

—Hay voluntad de demostrar que este proyecto sigue siendo un peligro, alcalde —zanja con honestidad.

Jimena recoge sus planos con la misma elegancia con la que los sacó

—Y también hay voluntad de demostrarte que se puede construir con cabeza sin que signifique que somos el enemigo público número uno.

El alcalde suspira, Carme se levanta estirando las piernas y Hugo va detrás.

Mientras Mar camina por el pasillo del ayuntamiento, escuchando el eco de los tacones de Jimena unos pasos por delante, siente un runrún en el pecho que la inquieta. Sabe que la mujer que tiene enfrente es mucho más lista, mucho más humana y mil veces más difícil de odiar. Y no está segura de que pasar un buen rato a solas en su barco... sea la mejor opción para mantener la cordura.

Capítulo 5

El puerto despierta mucho antes que el resto del mundo y, desde luego, con muchísimo más ritmo. A las seis y media de la mañana, el murmullo de los motores rompe el ambiente. Algunos barcos regresan de faenar con las gaviotas sobrevolando, mientras otras se preparan para salir a la ría.

Jimena Alarcón apaga el motor de su coche justo al borde del muelle y se queda unos segundos petrificada, con las manos aferradas al volante como si fuera su último salvavidas. Durante los últimos días, el material ha seguido llegando sin ningún tipo de problema. Ahora, observa el Brétema con una mezcla de curiosidad y un recelo que le aprieta el estómago. A ver, el bicho no es un yate de lujo de Puerto Banús ni pretende impresionar a nadie, pero tiene su... encanto. El casco blanco acusa el paso de los años, aunque el mantenimiento es sencillamente impecable. Se nota a la legua que esa embarcación recibe más mimos que un coche de colección; es el barco de alguien que lleva el mar inyectado en las venas.

Jimena suelta un suspiro que le vacía los pulmones antes de abrir la puerta. La verdad sea dicha: lo de navegar le hace la misma gracia que una endodoncia sin anestesia. No es que le tenga pánico al agua, es que ella es de ir por carretera, de terrazas chic y aire acondicionado. Se recoloca las gafas de sol y, de paso, se alisa la camiseta color arena que ha elegido para la ocasión.

Hoy ha mandado las blusas a freír espárragos, optando por unos pantalones cargo verde oliva —ligeros, pero que le sientan como un guante—, unas zapatillas deportivas blancas y una coleta alta que deja al descubierto su nuca. Cómoda, sí, pero sin perder el estilo. «No vaya a ser...»

Justo en ese momento, la trampilla se abre y Mar asoma por la pasarela, haciendo que a Jimena se le congele la respiración. La bióloga va con unos pantalones cortos azul marino que dejan ver unas piernas infinitas, una camiseta blanca de algodón y unas botas náuticas desgastadas por mil batallas. Menudo cuadro que forman las dos.

Su pelo castaño, todavía húmedo de la ducha, va recogido en una trenza, deshecha por los lados. Cero maquillaje, cero artificios. No le hace falta ninguna de esas tonterías de ciudad; el sol gallego ya se encarga de dorarle la piel y darle un magnetismo difícil de ignorar. De hecho, Jimena intenta desviar la vista hacia una gaviota cualquiera, pero es tarde.

—Buenos días —saluda Mar, apoyando una mano en la cadera.

—Buenos días —devuelve Jimena.

La tregua dura lo que tarda una ola en romper. Los ojos de Mar recorren el cuerpo de la arquitecta de arriba abajo con una lentitud descarada, casi pecaminosa, recreándose en las zapatillas inmaculadas, el pantalón cargo y la coleta que meneas el viento. Al terminar el escáner, curva los labios en una sonrisa irónica.

—Vaya, veo que has dejado los zapatos de aguja en el hostel. Eso ya es un milagro —la vacila Mar, cruzándose de brazos.

—No deberías juzgar tanto el envoltorio. Que use ropa bonita no significa que no sepa adaptarme al terreno —replica Jimena, dando un paso hacia el borde del muelle con aire desafiante.

Mar inclina la cabeza, divirtiéndose de lo lindo con la rabieta, sin romper el contacto visual ni un segundo.

—¿Lo dices por ti? —pregunta con un tono peligrosamente sugerente.

La arquitecta da un paso más, notando cómo el corazón le va a mil por hora y no precisamente por los dos cafés que se ha tomado antes de subirse al coche.

—Lo digo porque llevas mirándome como si fuera un extraterrestre desde la primera reunión. Siempre con esa superioridad de sabelotodo —le espeta Jimena, clavándole las pupilas.

Mar se queda callada un instante, sopesando la réplica.

—Vale, te lo compro. Reconozco que la diplomacia no es mi fuerte y que a veces soy una borde —admite con una media sonrisa—. Mira tú por dónde, me alegra que tengas algo de cabeza —concede Mar. Antes de que la arquitecta pueda asimilar el cambio de tono, la capitana señala la pasarela con un golpe de cabeza—. Venga, cuanto antes salgamos de la dársena, más calmada estará la mar. Mi hermano ya está preparándolo todo.

El barco experimenta un vaivén de apenas unos centímetros al recibir el peso, pero es suficiente para que el equilibrio de Jimena peligre. Su cuerpo se balancea y Mar, previsora, se queda quieta esperándola al final de la pasarela con una sonrisa socarrona. Debería haberle dado unas botas. Pero entonces, Jimena se recompone como puede, pisa la cubierta e intenta poner cara de que hace esto todos los domingos. La cubierta resulta ser mucho más estrecha y compacta de lo que parecía desde el coche.

—¿Es tu primera vez a bordo de un bicho de estos? —pregunta Mar, metiéndose en la cabina para toquetear unos mandos del panel.

—¿En un barco? —pregunta Jimena, siguiéndola con la mirada.

—En un barco de verdad, de los que faenan —precisa la capitana.

Jimena suspira, dándose por vencida ante la evidencia.

—Sí, se nota, ¿verdad?

—Un rato —confirma Mar, conteniendo una carcajada—. Pero no te preocupes, nadie nace con el carné de marinera.

Jimena decide pasar por alto el comentario.

Roi asoma la cabeza desde la escotilla de la cabina con una mochila al hombro, rompiendo la densa burbuja que se estaba formando entre las dos.

—¡Hombre, la famosa Jimena Alarcón! Llevaba días queriendo conocerte. ¿Lista para descubrir que el mar no es tan idílico como en los folletos de las agencias de viajes? —bromea el chaval con simpatía.

—Intentaré sobrevivir y no acabar alimentando a los peces, sí — responde Jimena.

—Buena actitud —aprueba él con un pulgar arriba.

Mar fulmina a su hermano con la mirada.

Roi levanta las manos en plan «yo no he sido» y se marcha hacia la popa meneando la cabeza para dejar listo el equipo de muestreo. Jimena se queda observando la escena, fascinada por la increíble sincronización que tienen los dos hermanos. Se mueven por el espacio reducido sin chocar, con una coreografía muda y perfecta. Mar comprueba la radio, enciende el GPS y le grita un par de indicaciones técnicas a Roi. Acto seguido, se agacha y suelta las amarras.

Mar se sube al puesto de mando, gira la llave de contacto y el motor ruge con un traqueteo potente y grave que hace vibrar hasta las pestañas de Jimena. El barco empieza a separarse despacio y, de golpe, Jimena siente que la seguridad de la tierra firme se desvanece bajo sus pies. Por puro instinto, estira los brazos buscando desesperadamente un pasamanos donde aferrarse. Mar la pilla de reojo sin llegar a girar el timón.

—Como te agarres con tanta fuerza, vas a llegar a la playa con unas agujetas terribles —le advierte con un deje divertido.

—¿Cómo dices? —pregunta Jimena, intentando mantener el tipo mientras el barco cabecea.

—Que dejes que las piernas se muevan con el balanceo, mujer. No le lles la contraria al barco, acompáñalo —explica Mar, mirando al frente con una sonrisa que a Jimena le resulta insoportable y atractiva a partes iguales.

—Claro, facilísimo decirlo cuando tienes las piernas programadas para esto desde los tres años —refunfuña Jimena.

Mar suelta una risita corta.

—Oye, que mi primera vez también fue un cuadro. Todos empezamos siendo unos patos mareados —confiesa para rebajar la tensión.

El barco deja atrás el espigón del puerto y, en cuanto entran en mar abierto, el panorama cambia radicalmente. Las olas atlánticas golpean el casco con ganas. Jimena aprieta las muelas con fuerza, negándose por completo a que Mar note el esfuerzo titánico que está haciendo para no rodar por los suelos. Da un paso pequeño. Luego otro. De repente, el barco pega un bandazo hacia la izquierda y su estómago le da un aviso inequívoco. Respira hondo, una y otra vez. «Solo tengo que acostumbrarme», se repite.

Mar vigila el horizonte con la mirada fija, gobernando con una mano en el timón y la otra descansando con ligereza sobre el mando de aceleración.

—Te lo he dicho antes: no luches contra el oleaje. Suéltate.

—¡Es lo que intento con todas mis fuerzas! —protesta Jimena, agarrándose más fuerte.

—Pues lo estás haciendo de pena —la corrige Mar.

Jimena se mira a sí misma y constata que tiene razón. Flexiona un pelín las rodillas siguiendo las instrucciones de la capitana.

—¿Así está mejor, su señoría? —pregunta Jimena.

—Un poco. Y mira siempre al frente, al horizonte. Como te quedes mirando el agua que rompe contra la proa, estás perdida —aconseja Mar.

Jimena levanta la cabeza y el aire del mar, limpio y fresco, le azota la cara con fuerza. Durante un par de minutos, el truco parece funcionar y se siente la reina del muelle. Pero la alegría dura poco. Jimena comete el tremendo error de cerrar los ojos durante un segundo y, cuando los abre, su equilibrio se ha ido de vacaciones. «Ay madre». El barco escora con ganas hacia babor, su zapatilla nueva resbala en la cubierta húmeda y todo se vuelve borroso. Lo único que escucha, es un grito.

—¡Jimena!

Capítulo 6

—¡Jimena! —grita Mar.

Se oye el timón al encajar el piloto automático. Mar suelta los mandos y en dos zancadas cruza la distancia que las separa. Jimena, que ya se ve rodando por la cubierta, cierra los ojos. Pero el impacto nunca llega. Unos brazos asombrosamente cálidos le rodean la cintura con una fuerza y una seguridad brutales, frenando su caída y aportándole una maravillosa sensación de estabilidad en mitad del caos. El impulso del frenazo hace que Jimena termine estampada de espaldas contra el pecho de Mar.

En ese preciso instante, las aguas dejan de existir. El tiempo se detiene. Jimena solo puede percibir el ritmo acelerado del corazón de Mar latiendo contra su espalda y su respiración profunda rozándole la oreja. El aroma que desprende la bióloga la inunda por completo. Jimena inspira sin darse cuenta, con el cuerpo temblando. Sus manos, buscan un apoyo y terminan aferrándose con fuerza a los antebrazos de Mar, sintiendo sus músculos tensos. La capitana mantiene la mano izquierda pegada a su cintura, apretándola contra sí para estabilizar el peso, mientras apoya la derecha en la barandilla, absorbiendo el impacto del siguiente balanceo del barco.

El mareo sigue dándole vueltas en el estómago, pero la sensación de vértigo ha desaparecido por completo, sustituida por un fuego abrasador que a Jimena le recorre las venas. La presión de la mano de Mar en su cintura la mantiene anclada al suelo mientras el barco sigue cabeceando sobre las olas. Jimena es dolorosamente consciente de cada maldito detalle: del roce de la camiseta de Mar contra su piel, del calor abrasador que desprende su cuerpo a pesar de la brisa marina y de ese latido acompasado que reverbera en su propia espalda. Levanta la

cabeza despacio, girándola un poco. Mar ya la está mirando desde arriba con sus ojos grises encendidos.

—¿Sigues conmigo? —pregunta Mar en voz baja.

Jimena intenta responder con su habitual ingenio, pero descubre que tiene la boca seca. Se limita a asentir con la cabeza.

—Creo que sí... —consigue murmurar.

—No me valen los «creo». Dime que no te vas a desmayar —insiste Mar.

«Como sigas mirándome así... seguro». Jimena sacude la cabeza.

—No, ni de coña —responde, recuperando un poco de su orgullo.

—¿Vas a devolver el desayuno?

Jimena hace una mueca de asco que le queda extrañamente mona.

—Preferiría no estrenar tu barco de esa manera, la verdad sea dicha.

Una sonrisa pícara y de lo más atractiva cruza los labios de Mar.

—Vaya, eso ya es buena señal. Si tienes humor para quejarte, es que estás saliendo del bache —le suelta—. A partir de ahora, hazme caso —pide Mar, inclinando la cabeza de modo que sus labios casi rozan la oreja de Jimena. La arquitecta clava los ojos en ella, asintiendo—. No mires la cubierta, mira al frente, al horizonte. ¿Vale?

Jimena obedece de inmediato. A lo lejos, las rocas recortan el cielo azul y limpio de Galicia.

—Ahora, respira despacio... Inspira por la nariz y suelta el aire por la boca. No te pegues con el barco, deja que sea él quien te mueva —explica Mar.

Jimena intenta acompasar el aire. Inspira. Espira. Una vez más. El estómago parece darle una tregua y las náuseas empiezan a remitir.

—Y flexiona las rodillas. Tienes que relajar las caderas, dejar que sigan el ritmo de las olas...

«Concéntrate en el maldito trabajo, Jimena». Lo intenta, de verdad que pone todo de su parte, pero es imposible pensar con coherencia cuando nota la mano de Mar sujetándole la cintura. Si bajara un poco más... Nunca en la vida se habría imaginado que una capitana con esos brazos tan fuertes pudiera sujetar a alguien con semejante cuidado y mimo.

—Mucho mejor. Lo estás pillando —aprueba Mar.

Jimena gira la cabeza del todo para mirarla a los ojos.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunta Jimena con un deje de provocación.

—Porque sé cómo notarlo en tu cuerpo.

Con un movimiento espontáneo, la capitana levanta la mano derecha y retira con suavidad un mechón de pelo que el viento le ha pegado a la frente a Jimena. En cuanto Mar se da cuenta de lo natural que le ha salido, retira la mano.

Las dos se quedan procesando el chispazo. Mar carraspea, y da un paso atrás.

—Creo que... ya puedes mantenerte en pie solita sin que tenga que hacer de guardaespaldas.

Jimena da un pequeño paso en la dirección opuesta, recolocándose la camiseta. El espacio que queda entre las dos de repente parece un abismo inmenso y, a la vez, una distancia ridículamente corta.

—Gracias... por el rescate —susurra Jimena, mirándola fijamente.

Mar se limita a asentir con la cabeza.

—No hay de qué. Es la ley del mar —responde Mar con total convicción.

Antes de que ninguna de las dos meta la pata diciendo algo más de la cuenta, se escucha la voz masculina.

—¡Lo que hay que ver en mi propio barco! —suelta Roi, que asoma por la escalera de popa cargando una caja llena de instrumental. El chaval se frena en seco al ver la estampa, con una sonrisa—. ¿Interrumpo algo?

—Sí, Roi. Vuelve al trabajo.

—Así que... ya te has mareado —comenta, observando a Jimena. Esta asiente antes de que Mar abra la boca, sonriendo con ganas—. Pues bienvenida al Cantábrico —añade Roi con un guiño.

Jimena tarda un par de segundos en recomponer su faceta. El mareo aún le deja un leve runrún en el cuerpo, pero su mente se activa a la velocidad del rayo, lista para la acción y recopilar todos los datos. Mar reduce la marcha del motor, dejando que el barco avance despacio y le da una carpeta con un bolígrafo.

—Vamos a bordear toda la franja de costa dónde irá la infraestructura del puerto.

Jimena asiente, concentrándose. Levanta los ojos hacia el acantilado y empieza a anotar los datos conforme Mar le explica distancias y comportamientos de la naturaleza.

—Desde los planos este detalle era imposible de ver —comenta la arquitecta, pensativa.

Mar se asoma por la borda, siguiendo la línea que marca su dedo.

—Lógico. Por eso hay que ver la realidad delante de nuestras narices.

Jimena toma un par de notas a toda pastilla.

—Y ya veo por donde ibas. Si mantenemos el proyecto tal cual, la excavadora va a tener que picar demasiado cerca del afloramiento rocoso. Eso también podría desestabilizar la estructura natural —razona Jimena en voz alta, metida de lleno en su papel.

Mar la observa de reojo, gratamente sorprendida.

—¿Y qué tienes pensado hacer entonces?

Jimena sigue clavada en el paisaje, analizando las pendientes.

—Desplazar el acceso principal. Nos va a tocar rediseñar y encoger una parte del aparcamiento exterior también, pero de esta forma evitaremos tocar las formaciones —sugiere con decisión.

Mar se queda muda unos instantes.

—Y, además, podríamos cambiar el muro de contención por un talud vegetal. La pendiente que veo ahí es más que suficiente para aguantarlo —añade Jimena, hablando casi para sus adentros.

Mar arquea una ceja, flipando un poco. La mujer que tiene delante no está vendiendo humo ni improvisando chorradas para salir del paso; está resolviendo problemas reales y protegiendo el entorno exactamente como prometió en la reunión.

Durante la siguiente hora, Jimena no para quieta ni un segundo. Le pregunta a Mar por los ciclos de las mareas, por la fuerza de los temporales en pleno invierno, por las corrientes dominantes y por las zonas exactas donde desovan las especies de la ría.

Mar nota cómo una parte importante de los prejuicios que traía contra la «arquitecta pija» empiezan a venirse abajo. No es que desaparezcan del todo, pero ya no puede seguir repitiéndose a sí misma que Jimena es una tiburón a la que le importa tres pimientos destrozar el pueblo.

Y eso... le va a suponer un gran problema.

Capítulo 7

Jimena Alarcón tarda bastantes minutos en recuperar la maravillosa sensación de tener los pies plantados sobre un suelo que, bendito sea Dios, no se mueve. El edificio que tiene delante es una antigua casa marinera rehabilitada que, artísticamente hablando, es una puta delicia. Por fuera mantiene la piedra y unos balcones de madera de los que cuelgan geranios y buganvillas de un rosa tan vibrante que parece insultar al azul del mar. Por dentro, el contraste de las vigas oscuras centenarias con el mobiliario contemporáneo y las fotografías en blanco y negro de los acantilados la hacen suspirar. Nada de lujos horteras a pesar de que a Jimena le encanta el lujo hortera. Pero ahí dentro, se respira aire puro, buen gusto y desconexión.

Además de la grata compañía de Santi.

Santi, el recepcionista, no llega a los veinticinco, tiene una sonrisa que es un peligro público y tiene el superpoder de conocer los trapos sucios, limpios y a medio lavar de cada habitante de la zona. Desde el minuto uno le hizo una radiografía completa a Jimena y le soltó un mapa interactivo completo de chismes: dónde se comía el mejor pulpo, qué panadera escatimaba en ingredientes y en qué vecino podía confiar.

Al cruzar el umbral del hostel, Santi levanta los ojos del ordenador. Le basta una milésima de segundo para clavarle la mirada y transformar su cara en un poema.

—Menuda cara traes, monada.

Jimena frena en seco, deja caer la mochila en una butaca y se recoloca un mechón detrás de la oreja, sintiéndose de repente como si la hubiera atropellado un camión.

—¿Tan desastrosa estoy? —pregunta, cruzándose de brazos.

—Desastrosa no es la palabra. —Santi suelta una risita, sale de detrás del mostrador esquivando el mueble y le planta una taza humeante entre las manos—. Aunque estás impresionante, déjame decírtelo, pareces un flan. Toma, anda. Té con jengibre. Mano de santo para el mareo, ya lo tenía listo para tu llegada.

Jimena rodea la taza con las manos, agradeciendo el calor casi tanto como estar en tierra firme.

—Gracias. Eres un sol, aunque opines demasiado.

—¡Es mi trabajo! —se defiende él, apoyando el trasero contra la barra de la recepción con total desparpajo—. Así que la ría te ha dado un poco duro, ¿eh? Normal. El Brétema tiene carácter. ¿Ha habido... roce?

Jimena da un sorbo corto, sintiendo el picor reconfortante del jengibre en la garganta, e intenta mantener el rostro más inexpresivo de su repertorio.

—¿Roce? —pregunta Jimena. Se sorprende llevarlo escrito en la cara—. Solo me he resbalado y ella me ha tenido que sujetar. Fin de la historia.

Santi suelta una carcajada, de las que resuenan en todo el vestíbulo, y niega con la cabeza.

—Más bien, eso huele a inicio de una flagrante historia de amor. Los insta love de las películas... wow... no os van a llegar ni a la suela.

Jimena deja la taza sobre la barra, y se inclina un poco hacia él, entrecerrando los ojos.

—No le des tres pies al gato. No me conoce de nada y además le caigo fatal. Lleva varios días vigilando como un águila todo lo que pasa en la zona de la obra.

—Porque eres una amenaza contra la zona, lógicamente —replica él, cruzándose de brazos. «Vaya, muchas gracias»—. Pero dale tiempo. Mar es mucha Mar. Pregúntale a las mariscadoras de la ría o a los chavales del club náutico; se desvive por este sitio sin pedir una puta medalla a cambio. Aunque bueno, también puedes preguntarle a Carme. Ella se la conoce al dedillo. Desde hace... uff, ni se sabe.

—¿Y qué tiene que ver Carme en esto? —dispara Jimena.

Santi ensancha su sonrisa, relamiéndose con el impacto del anzuelo, y después levanta las manos, pero sus ojos bailan de diversión.

—Nada, mujer, nada. Que han compartido muchas... «noches de ría», digámoslo así. El pueblo es pequeño y el invierno es muy largo, ya me entiendes.

A Jimena se le hace un nudo en el estómago. ¿Qué demonios le importa a ella con quién pasa Mar las noches de invierno? «Que se acueste con quien le dé la gana. Faltaría más».

—Tengo trabajo, Santi. Gracias por el té —sentencia Jimena.

—A mandar. ¡Suerte con el plano y con los celos! —le suelta con tonillo aguado el puñetero recepcionista.

Jimena aprieta los dientes cuando le dedica un guiño, da media vuelta y camina hacia la cafetería con el corazón desbocado. «Menuda tontería está diciendo. ¿Yo? ¿Celosa de Carme? ¡Si yo también odio a la capitana estirada!»

—Será mejor que me deje de tonterías.

El espacio es espectacular, un antiguo patio interior cubierto por una cristalera enorme que inunda todo de una luz brutal. El olor a bizcocho de naranja compite con las plantas aromáticas, pero Jimena va en modo avión, directa hacia la mesa del fondo.

Ahí está Hugo, su socio, mejor amigo y salvavidas, sepultado detrás de una pantalla digital. En cuanto la ve llegar con ese andar de pantera cabreada, levanta una mano y se echa a reír.

—Dios santo, Jimena. ¿No ibas a inspeccionar la ría? Parece que te hayas peleado en el barro —le dice con una mueca divertida mientras ella se deja caer en la silla.

—No me hagas hablar, Hugo. Vamos a trabajar —pide, desenfundando su propia tableta. Necesita refugiarse en las líneas, las cotas y el hormigón. Su terreno. Donde las mujeres de ojos grises y espaldas anchas no tienen cabida.

—Venga, va, cuéntame. ¿Qué tal ha ido? ¿Es tan fiera en el mar como dicen?

Jimena abre el archivo del proyecto, ignorando deliberadamente la pregunta capciosa. En la pantalla parpadean los puntos rojos de las anotaciones que ha hecho durante la travesía y que le pasó a su socio nada más abandonar el Brétema. Hugo se inclina sobre la mesa, le echa un vistazo al plano modificado y suelta un silbido.

—Madre mía... Menuda escabechina. Te has cargado el paseo elevado.

—No funcionaba, Hugo —explica ella, trazando una línea rápida con el lápiz digital—. Ya ha quedado claro que no podemos hacer eso. Mira aquí.

Hugo amplía el zoom con los dedos, ojeando los cambios con una mueca de preocupación.

—Y has vuelto a recortar la superficie edificable. Esto supondrá bastantes plazas de parking menos. Tu madre te va a cortar las piernas. Lo sabes, ¿no?

—Que se atreva —desafía Jimena, clavando el lápiz en la pantalla—. Los planos son papel mojado. El terreno real manda, Hugo. Y este terreno está vivo. No voy a firmar un desastre ecológico para que cuatro ricos tengan vistas al mar desde el jacuzzi.

Durante la siguiente media hora, se enzarzan en los cambios. Corrigiendo cotas y contrastando las fotos del barco con los mapas. Hugo la observa trabajar, fascinado por la pasión que le brilla en los ojos, esa chispa que su madre, Victoria Alarcón, lleva años intentando apagar.

El arquitecto deja el lápiz sobre la mesa, cruza los brazos y la mira con ternura.

—¿Cuándo te vas a decidir a mandar a tu madre a la mierda, montar tu propio estudio y dejar de pedir permiso por ser jodidamente brillante?

Jimena clava los ojos en la taza de café, acariciando el borde de porcelana con el dedo índice.

—Ni que fuera tan sencillo, Hugo.

—Yo creo que sí. No lo haces porque te aterra defraudarla —suelta él, apuntando directo al centro del trauma—. Te aterra no ser la hija perfecta, la heredera perfecta del imperio Alarcón, aunque eso signifique ahogar a la verdadera Jimena.

Jimena se queda rígida, con la mirada perdida en los vectores del plano, sintiendo el nudo del estómago apretarse un poco más. Las palabras de su amigo le escuecen porque son una verdad como un templo. Juega con el lápiz digital entre los dedos, dándole vueltas con nerviosismo.

—Llevo toda la vida intentando alcanzar una meta que mi madre mueve de sitio cada vez que me acerco —confiesa Jimena, totalmente frustrada—. Y sí, es agotador. Siento que, si doy un paso en falso, todo lo que he construido se desmoronará.

Hugo estira el brazo y le da un apretón cariñoso en la mano.

—Pues a lo mejor tiene que desmoronarse para que construyas algo tuyo de verdad. ¿Quieres que lo hablemos? Ya sabes que yo me lanzo contigo.

Jimena traga saliva, retira la mano y respira hondo, recomponiendo su armadura de mujer de negocios.

—No. Hoy no. Volvamos al plano o me pondré a llorar y no tengo el rímel a prueba de agua. Mira esto.

Abre una nueva capa del diseño y maximiza la foto del entrante rocoso, el mismo donde el Brétema se detuvo y donde Mar le explicó la importancia de las corrientes.

—Desde la costa no se apreciaba el desnivel de la roca —comenta, deslizando el dedo por la pantalla para trazar la alternativa—. Si metemos las excavadoras ahí, haremos una escabechina.

—Ostras, es verdad. El corte es limpísimo. ¿Entonces qué hacemos con el acceso este?

—Lo adaptaremos a la pendiente natural —propone Jimena, y una sonrisa de entusiasmo empieza a dibujarse en sus labios—.

Podemos crear una plataforma escalonada, pasarelas flotantes que respeten la roca en lugar de reventarla.

Hugo levanta la cabeza y la mira con una sonrisa de oreja a oreja.

—Esta sí eres tú, Alarcón. Cuando mandas las expectativas de los inversores a la porra y te pones a hacer arquitectura de verdad.

Jimena baja la mirada, sintiendo un calorcito agradable en el pecho, y sigue dibujando sin responder. Durante los siguientes veinte minutos el ritmo es frenético: eliminan un vial secundario, sustituyen muros de hormigón armado por taludes de vegetación autóctona y debaten sobre pasarelas desmontables. Cada decisión es un encaje de bolillos que va a dinamitar el presupuesto, pero Jimena se siente más viva de lo que se ha sentido en años. Como si algo en ese lugar le hubiera dado la inspiración que necesitaba.

—Oye, hay otro tema peliagudo —apunta Hugo, dando un golpecito con el dedo en una esquina del mapa—. La pradera submarina de la que tanto hablaba... la capitana.

Jimena contiene el aliento un segundo. Desliza la pantalla y abre la fotografía subacuática. El agua se ve tan cristalina que las plantas parecen bailar en un fondo esmeralda.

—He estado dándole vueltas desde que me bajé del barco —admite Jimena, apoyando la barbilla en la mano, con la mirada fija en el verde del fondo marino—. Mar tiene toda la razón. No podemos meter el pantalán de motos de agua ahí, hay que tener en cuenta la pradera. Es un pulmón para la ría, Hugo. No es un capricho estético de cuatro ecologistas.

Hugo arquea las cejas, aguantándose la risa con esfuerzo.

—Así que ya la llamas por su nombre. Y además defiendes su territorio. Qué rápido te ha convencido la capitana.

Jimena lo fulmina con la mirada y le da una patada por debajo de la mesa que da de lleno en la espinilla de su socio.

—¡Au! —se queja él, frotándose la pierna.

—Eres un imbécil. La llamo Mar porque es más corto que «la capitana terca e insoportable que me saca de quicio» —se defiende Jimena—. Y estoy convencida porque tengo ojos en la cara y soy una profesional. Voy a pelear esa reducción con el consejo, se pongan como se pongan. No es negociable.

Hugo la estudia con una sonrisa pícara que no presagia nada bueno.

—Para entender este sitio hay que entender qué lo mantiene vivo. Me lo ha explicado... la gente de aquí.

«La gente de aquí no. Te lo ha explicado una mujer con los ojos del color de las tormentas y una boca que te morías por besar mientras el barco subía y bajaba», le grita su subconsciente.

Para su inmensa fortuna, el teléfono de Hugo empieza a vibrar. Él mira la pantalla, lee el mensaje y se levanta de un salto, recogiendo sus cosas.

—Salvada por la campana. Es Carme. Dice que ya han descargado la maquinaria pesada en la zona y que quiere que vayamos a dar el visto bueno antes de que los transportistas se larguen y nos dejen el marrón.

Jimena mira su reloj de pulsera. Guarda la tableta en la mochila, se cuelga la correa al hombro y se pone en pie, estirando las piernas.

—Genial, no la hagamos esperar.

Atraviesan el vestíbulo a paso ligero, pero al pasar por recepción, Santi vuelve a levantar la cabeza.

—¡Eh! ¿Qué tal ese estómago?

—El jengibre hace milagros, Santi. Gracias de nuevo —le lanza Jimena con una sonrisa de lo más cordial.

—Te lo dije. ¿Volvéis al frente de batalla? —pregunta el chico, señalando con la barbilla la mochila que Jimena lleva al hombro.

—Sí —responde Hugo en su lugar.

—Pues mucha suerte.

Jimena niega con la cabeza, divertida a su pesar, mientras empuja la puerta de cristal y sale al exterior. Mientras camina al lado de Hugo hacia la explanada de descarga, Jimena intenta mantener la vista al frente, pero la tentación es demasiado grande. Sus ojos desobedecen las órdenes de su cerebro y se desvían, casi con ansia, hacia el pantalán de madera. El Brétema sigue ahí, arrullado por la marea.

Una extraña sensación de vacío, le oprime el pecho durante un segundo interminable antes de que logre obligarse a apartar la mirada y seguir caminando con el mentón bien alto.

El trabajo la espera. El proyecto avanza, pero Jimena empieza a sospechar, con un cosquilleo ardiente, que aprender a entender la costa salvaje va a implicar lecciones que no vienen en ningún manual de arquitectura. Y, muy a su pesar, intuye que esas lecciones tienen nombre de mujer y sabor a sal marina. Un peligro absoluto para su estabilidad mental, pero, ¡qué demonios!, la vida sin un poco de riesgo es un aburrimiento soberano. Y por eso, con una última sonrisa de cara al viento, acelera el paso dispuesta a comerse el mundo.

O algo más...

Capítulo 8

La tormenta llega sin previo aviso. Durante toda la tarde, el cielo se ha ido cubriendo con una lentitud engañosa, tiñéndose de un gris plumizo y compacto que ahora se extiende sobre la línea del horizonte. Nadie en el puerto de la Costa da Morte parece prestarle demasiada atención al principio; los habitantes de estas tierras están más que curtidos en eso de que el mapa del tiempo cambie de humor en cuestión de minutos.

Jimena Alarcón termina de revisar por tercera vez el inventario de los contenedores que han descargado. Desliza el dedo sobre la pantalla de su tableta, marcando casillas a la velocidad del rayo.

—Las vigas laminadas están todas en su sitio... —murmura para sí misma, mordiéndose el labio inferior—. Y los módulos prefabricados también. Perfecto.

Levanta la vista hacia el final del muelle, donde las sombras de la tarde empiezan a estirarse de mala manera. Carme se ha largado hace un rato con varios operarios, y Hugo ha regresado pitando al hostel con la sana intención de adelantar los cálculos. Ella, en cambio, ha preferido quedarse unos minutos más a pie de cañón.

De repente, el primer trueno retumba con un rugido tan salvaje que hace vibrar las suelas de sus zapatillas. Jimena da un respingo, alza la cabeza y entreabre los labios.

—Madre mía...

No le da tiempo ni a parpadear. La lluvia cae a saco, como si hubieran abierto las compuertas de una presa sobre ella. En cuestión de tres respiraciones, el pantalón se le pega a los muslos.

—¡Lo que me faltaba para coronar el día! —exclama Jimena, tapándose la cabeza con la carpeta mientras echa a correr como alma

que lleva el diablo hacia el almacén más cercano.

El viento cambia de dirección con un volantazo brusco y las gotas le golpean la cara. Jimena entrecierra los ojos, resbalando un par de veces en el suelo mojado, y después intenta divisar las embarcaciones amarradas que se balancean, como si quisieran romper los cabos y darse a la fuga.

A escasos metros, a bordo del Brétema, Mar termina de asegurar las últimas amarras. Le da el último tirón al cabo de popa cuando, de pronto, distingue a través de la cortina de agua una silueta que lucha contra los elementos en mitad del muelle. Frunce el ceño, plantando las manos en sus caderas.

—¿Pero qué demonios hace esa mujer ahí fuera? —gruñe para sus adentros.

Reconoce la coleta oscura, empapada y apelmazada contra la espalda, y esa carpeta negra que la misteriosa silueta defiende como si le fuera la vida en ello. Mar no se lo piensa ni medio segundo. Da un salto limpio desde la cubierta al pantalán, y corre hacia ella devorando los metros.

—¡Jimena! —brama.

La arquitecta gira la cabeza, apartándose un mechón de pelo pegajoso de los ojos. Apenas consigue abrirlos bajo el castigo del agua.

—¡Estoy perfectamente! —responde con orgullo.

—¡Y una mierda! —replica Mar con autoridad, plantándose frente a ella.

Sin pedir permiso, la capitana la agarra firmemente por el codo. El impacto del contacto físico es inmediato. Eléctrico. La piel de Jimena está helada, y el calor abrasador que desprende la palma de la mano de Mar es como una corriente de alto voltaje que le sube por todo el brazo.

—¿Se puede saber qué tienes en la cabeza para seguir aquí? —le espeta Mar.

—¡Tenía que comprobar parte del material! —se justifica Jimena, clavando los pies en el suelo, reacia a dejarse mandar.

Mar clava sus ojos grises en ella, sosteniéndole la mirada. El pelo de Jimena está pegado a sus sienes, las mangas chorrean agua sin compasión y la tela, ahora transparente por la inundación, se le pega al pecho y a la cintura. Mar baja la mirada un segundo por esa silueta escultural y empapada, tragando saliva al sentir un tirón violento en el bajo vientre.

—Pues eso puede esperar a que deje de diluviar —afirma Mar—. Vamos al Brétema. Ahora mismo.

Un trueno brutal estalla justo encima de ellas, haciendo que el muelle entero retumbe y obligando a Jimena a dar un paso instintivo hacia el pecho de Mar.

—¡Que no hace falta! ¡Puedo ir al hostel! —insiste Jimena.

—No te lo estoy pidiendo, bonita —suelta Mar con una sonrisa descarada que enciende por completo la sangre de la arquitecta.

Jimena aprieta los labios, debatiéndose entre mandarla a la mierda para salvar su orgullo o hacerle caso para no pillar una pulmonía. Mar da un par de pasos hacia la embarcación, pero al ver que la mujer sigue plantada como una estatua bajo el diluvio, resopla con diversión, da media vuelta y regresa hasta invadir por completo su espacio personal.

—Vamos a ver. Si mañana pillas una neumonía, dudo mucho que puedas dirigir esta obra. Así que vamos a ahorrarnos el rodeo, ¿te parece?

Jimena siente un calor súbito subiendo por su pecho ante la abrumadora cercanía de Mar. Finalmente, suelta un bufido y asiente, dándose por vencida.

Las dos recorren los últimos metros a la carrera, esquivando las embestidas del viento. Mar salta a bordo primero y se gira, ofreciéndole la mano. Jimena la mira fijamente un instante antes de poner la suya sobre ella. Sus dedos se entrelazan, demorándose un segundo de más mientras se miden las pulsaciones. En cuanto Jimena pisa la cubierta, Mar la empuja hacia el interior y cierra la escotilla principal de un portazo.

El infierno exterior desaparece de golpe. La furia del agua se transforma en un tableteo amortiguado contra el casco.

El camarote es una auténtica delicia de aprovechamiento espacial, acogedor y con un indiscutible aroma marinero. A estribor destaca un banco corrido tapizado en azul marino con una pequeña mesa abatible de madera que parece pedir a gritos dos copas de vino. Justo enfrente, una encimera alberga un hornillo de gas, una cafetera italiana abollada por los años y unos estantes donde los botes de especias y tazas de cerámica están perfectamente sujetos para no salir volando con el oleaje. Al fondo, varias fotografías en blanco y negro decoran el mamparo. Una muestra a un hombre con una barba imponente sosteniendo un congrio enorme, y la otra retrata a una mujer guapísima y sonriente al timón del barco, con el pelo al viento.

Jimena da un par de pasos, dejando un reguero de agua en el suelo, y se queda mirando fijamente los retratos.

—¿Tu padre? —pregunta, señalando la imagen del marinero.

Mar se coloca a su lado, tan cerca que Jimena puede oler el aroma de su piel. Y después, sonrío con una melancolía que le suaviza los rasgos salvajes del rostro.

—Y ella es mi abuela. La primera patrona de la cofradía de por aquí. Mi padre heredó el Brétema después de ella, y ahora me toca a mí mantener el barco a flote y defender la tradición.

Jimena vuelve a mirar la foto y luego se gira hacia Mar, devorándola con los ojos. De repente, las piezas encajan. Este barco no es un capricho ni una lancha de recreo; es la historia viva de su sangre.

Ese descubrimiento le genera un respeto profundo y una curiosidad que la empuja a dar un paso imperceptible hacia ella, fijándose en la línea rotunda de su mandíbula y en cómo las gotas de lluvia le resbalan por el cuello, perdiéndose bajo la camiseta.

Mar rompe la magia abriendo un armario superior. Saca una toalla de algodón y, tras revolver un poco, también una camisa de franela a cuadros verdes y azules, desgastada por el uso y asombrosamente suave. Se la tiende con un guiño pícaro.

—Ponte esto. Te sentará mejor.

Jimena mira la prenda de cuadros y luego se mira a sí misma, dudando.

—No sé yo...

Mar suelta una carcajada.

—Esa camisa ha sobrevivido a temporales bastante más peligrosos que tú. No te va a morder, te lo aseguro.

Jimena sonríe, contagiada por el desparpajo de la capitana. Agarra la camisa y sus dedos vuelven a rozarse, alargando el contacto de una forma que hace que a Jimena le suba un calor encendido a las mejillas.

—Gracias —murmura, sosteniéndole la mirada.

—El aseo está por esa puerta —indica Mar con un ademán, dando un paso atrás—. Sécate tranquila mientras yo preparo la cafetera.

Jimena se encierra en el minúsculo aseo. Al mirarse en el espejo, contiene un grito. Tiene el pelo pegado, gotas corriendo por su escote y la blusa tan pegada a su cuerpo que marca perfectamente la lencería y el relieve de sus pezones por el frío. Suspira hondo, frotándose el pelo con la toalla con energía, y se quita la ropa mojada. Al ponerse la camisa de franela de Mar, se estremece. Las mangas le tapan por completo las manos y el bajo le llega un poco más allá de la cintura, envolviéndola en el aroma embriagador y salvaje de la capitana. Se siente ridícula y, a la vez, excitada por la intimidad del momento.

Cuando abre la puerta y regresa al camarote, Mar está de espaldas, inclinada sobre el hornillo de gas mientras la cafetera empieza a quejarse con los primeros borbotones. Al oír los pasos de Jimena, la bióloga se gira... y se queda completamente de piedra, con la boca entreabierta. La capitana siente un vuelco salvaje en el estómago y su mirada desciende, sin vergüenza alguna, por las piernas de la madrileña.

Jimena capta el escaneo y, lejos de achantarse, arquea una ceja con una sonrisa juguetona bailándole en los labios.

—¿Qué pasa?

Mar parpadea sacudiendo la cabeza, intentando recuperar la dignidad perdida.

—Nada, nada... Solo me aseguraba de que no te me hubieras congelado en el trayecto.

—Pues fíjate que creo que estoy empezando a entrar en calor — responde Jimena con voz sugerente, dando un paso lento hacia ella, consciente del efecto que causa.

—Me alegro. Porque mi café no hace milagros, pero te despierta las ideas por las malas. Eso sí.

La cafetera italiana termina de escupir el líquido. Mar apaga el fuego y sirve el café negro en dos tazas totalmente desparejadas: una azul marino y otra blanca con el borde desportillado. Le planta la taza buena a Jimena y ella se queda con la vieja, apoyándose contra la pequeña encimera.

—No me hago responsable de las consecuencias —advierte Mar, empujando la taza—. Le pongo ganas, pero la cocina no está entre mis múltiples talentos.

Jimena sonríe con incredulidad, se lleva la taza a los labios confiada y da un sorbo. En cuanto el café roza su lengua, está a punto de escupirlo, pero hace un esfuerzo sobrehumano, traga y arruga toda la cara en una mueca de sufrimiento.

—¡Madre mía! —tose, llevándose una mano al pecho—. ¿Pero esto qué es? ¡Está amarguísimo!

Mar estalla a reír y sus ojos grises chispean de diversión mientras contempla la indignación de Jimena.

—¿Tan terrible es? Venga, no seas exagerada.

—¿Exagerada? —Jimena planta la taza en la mesa—. ¿Cómo puedes beber esto todos los días?

—Roi dice que el mismísimo demonio haría mejor café que yo. Hoy empiezo a darle la razón, la verdad.

—Pues es un hombre sabio.

—Oye, que yo sigo las instrucciones al pie de la letra —se defiende Mar con desparpajo.

Jimena niega con la cabeza, divertida, y acorta la distancia dando un paso al frente. El espacio reducido se vuelve de repente incandescente.

—Es que eso no es café. Es un atentado contra las papilas gustativas —bromea Jimena, plantándose a pocos centímetros.

Mar levanta las manos, enseñando una sonrisa que derrite cualquier tipo de defensa.

—Culpable de todos los cargos, señorita. Pero admítelo, el sofoco que te ha dado también te ha quitado el frío de golpe, ¿a que sí?

Jimena, armada de valor, deja su taza a un lado y se mete de lleno en la encimera, invadiendo el territorio personal de la gallega sin miramientos.

—A ver, quita de ahí. Déjame ver cómo perpetras este crimen.

Mar entrecierra los ojos, pero una chispa de provocación le baila en la mirada.

—¿Ahora también me vas a hacer una inspección, Alarcón?

—Después de esto, lo considero un deber de salud pública. Hay que salvarte de ti misma —replica Jimena, dándole un toquecito con el índice para apartarla.

La pequeña cocina no está pensada para dos personas con curvas. Al moverse, Mar opta por no retirarse y se pega a su lado izquierdo, tan cerca que Mar puede sentir perfectamente el calor corporal de Jimena.

—Aquí tienes el primer desastre —dice Jimena, desenroscando el depósito superior—. Si no lo limpias a menudo, los aceites del café se quedan pegados y se requeman. Por eso sabe a rayos.

—Oye, no se te ocurra dejarme como una guarra ante el vecindario.

Jimena la ignora olímpicamente.

Después, desmonta las piezas de la cafetera sobre el acero, explicando el proceso con paciencia. Mar la contempla de perfil, fascinada. Ha desaparecido por completo la mujer estirada y rígida del primer día; cuando Jimena habla de algo que domina, derrocha una seguridad y una pasión arrolladora que resulta incluso hipnótica. Habla despacio, segura, y con cada movimiento la camisa de franela se le desliza un poco más por el hombro, dejando un trozo de piel a la vista. A Mar le pican los dedos por estirar la mano y recolocarle la prenda, o mejor aún, por terminar de quitársela.

—Solo hay que ponerle un poco de mimo y pasión a las cosas —dice Jimena mientras vuelve a enroscar la cafetera. Levanta la vista de golpe y sus ojos se clavan en los de Mar, atrapándola—. Supongo que sabes de lo que hablo. Tu profesión también exige pasión, ¿no? Navegar por aquí no se hace porque sí.

Mar arquea una ceja, con la respiración un tanto alterada.

—Igual que la tuya, supongo. Defender proyectos en tierra hostil también necesita tenerlos bien puestos y mucha pasión.

Jimena le sostiene el pulso con la mirada, notando cómo el aire del camarote se vuelve casi irrespirable.

—Lo intento mejorar cada día —murmura Jimena, apoyando las manos en el borde de la encimera—. Aunque aquí me he topado con una mujer que defiende su ría con uñas y dientes. Declarada enemigo público número uno.

—¿De verdad crees que te veo como al enemigo? —pregunta Mar en un susurro.

—Así es cómo lo interpreto.

—Solo quiero saber si de verdad te importa este sitio... o si eres una cara bonita con trajes caros que viene a construir algo sin entender el alma de la costa.

Jimena clava los dedos en la encimera, tragando saliva.

—Pues hoy he modificado siete zonas del plano original después de que me subieras a tu barco. Ahí tienes el ejemplo.

La mirada de Mar baja descaradamente a los labios entreabiertos de la arquitecta, que tiemblan sutilmente.

—Sigo pensando que este pueblo se merece una oportunidad de crecer —insiste Jimena, volviendo a clavarle los ojos con orgullo.

Mar asiente muy despacio, acortando el último milímetro de separación, sintiendo los latidos de la otra retumbar en el camarote.

—Y yo sigo pensando que merece conservar lo que lo hace salvaje. Pero... a lo mejor podemos negociar ese punto medio.

Las miradas se funden en un desafío que ya no tiene nada de laboral y sí mucho de deseo. Dos mujeres tercas, firmes en sus mundos, pero irremediablemente atraídas por la fuerza gravitatoria de la otra.

Jimena mira de reojo hacia la escotilla, pero ninguna de las dos hace el más mínimo amago por romper la cercanía. El camarote del Brétema, que al principio parecía una ratonera, ahora es el único lugar del mundo donde las dos quieren estar.

Mar extiende la mano con una lentitud de infarto y, con la yema de los dedos rozando la piel ardiente del hombro de Jimena, le recoloca el cuello de la camisa. En ese segundo eterno, con la tormenta amainando fuera, el resto del planeta sencillamente deja de existir.

Capítulo 9

—¿Y dices que has sobrevivido a la tormenta sin más? —pregunta Hugo con un tonito cargado de curiosidad.

Deja los cubiertos, apoya los brazos en la mesa y arquea una ceja mientras una sonrisa imposible de disimular le cruza la cara.

Jimena, que acaba de tragarse un sorbo de agua fría para calmar el fuego que todavía le recorre las venas, lo mira por encima del borde del vaso.

—Ay, por favor, deja de pensar cosas raras y de montarte películas —le responde, negando con la cabeza mientras aparta el vaso.

—Yo no me monto películas. Solo observo el panorama que tengo delante, que habla por sí solo —insiste Hugo, inclinándose hacia delante con un interés que a Jimena le empieza a fastidiar.

—Pues fíjate que prefiero que observes menos y comas más —replica Jimena, forzando una media sonrisa mientras se recoloca de un tirón la chaqueta, intentando aplacar el leve nerviosismo que todavía le electriza el cuerpo.

—Imposible. Llevo demasiados años aguantándote como para no saber cuándo tienes algo o a alguien rondándote la cabeza.

Jimena suelta un bufido. El mar vuelve a respirar con una calma engañosa después del vendaval, como si recuperara el aliento.

—Seguro que te viene de perlas despejarte un poco —comenta Hugo después.

Desde que Jimena bajó de la escotilla del Brétema y pisó tierra firme, no ha conseguido quitarse de la cabeza esos malditos flashes que se le han quedado grabados a fuego. Se le eriza la piel al recordar la

camisa de franela envolviendo su cuerpo, las fotos de la abuela de Mar y, sobre todo, la risa ronca de la capitana cuando ella estuvo a punto de escupir ese maldito café radiactivo. Pero lo que de verdad tiene a Jimena descolocada es la maldita tensión que hay entre ellas y que se rompió con una llamada de teléfono. Nunca habría imaginado que la mujer de ojos grises que casi la arrastra del muelle a gritos pudiera mirarla con semejante intensidad, hablándole a escasos centímetros de sus labios. «Concéntrate, Jimena, por lo que más quieras, borra esa película de tu cabeza», se ordena a sí misma.

El chiringuito está iluminado como una pequeña verbena improvisada al borde mismo de la arena. Varias guirnaldas de bombillas cálidas cruzan el local de lado a lado, reflejándose con un brillo precioso sobre las mesas de madera desgastadas por el salitre. La barra sigue abierta de par en par hacia el mar y la música envuelve el rumor constante de las olas sin molestar a nadie. El lugar está hasta arriba de vida: familias devorando raciones, grupos de amigos brindando a carcajadas, parejas devorándose con la mirada y vecinos del pueblo saludándose efusivamente. Es evidente que allí todo el mundo se conoce.

—A ver, vamos a centrarnos, ¿qué me dices de este rincón? —pregunta Hugo, extendiendo un brazo hacia el local.

Jimena observa las bombillas y se permite una sonrisa auténtica que le relaja las facciones.

—Pues que, si este sitio estuviera en el centro de Madrid, habría tortas y una cola de seis meses para conseguir una puñetera mesa —responde Jimena.

—Exactamente. Y, además, se nota que se come de lujo —añade Hugo.

Nada más cruzar la entrada, una mujer morena, con una sonrisa de oreja a oreja y un desparpajo arrollador, deja una bandeja con bebidas sobre una mesa y se acerca disparada a recibirlos con una familiaridad asombrosa.

—¡Buenas noches! Vosotros tenéis que ser los famosos arquitectos que vienen dispuestos a poner el pueblo patas arriba, ¿a

que sí? —suelta con una calidez gamberra que los hace reír.

Jimena asiente, dando un paso al frente para extender la mano con educación.

—Jimena. Encantada de conocerte.

—Y yo soy Hugo, el que le pone el sentido común a sus ideas —añade él, estrechando también la mano de la mujer con energía.

—Yo soy Lía. Bienvenidos a mi humilde chiringuito. Aquí vais a respirar mar del bueno, nada de sucedáneos —responde ella con un desparpajo arrollador—. ¿Mesa para dos sufridores? —pregunta Lía, agarrando un par de cartas de la barra.

—Sí, por favor, que venimos con un hambre canina —confirma Hugo, frotándose las manos.

Lía se da la vuelta y los guía hacia una mesa libre que está pegada a la barandilla de madera, justo donde empieza la arena de la playa.

—Desde ahí vais a ver romper las olas y vais a tener la brisa dándoos en la cara. Es mi rincón favorito del local.

Mientras se va a sentar, Jimena levanta la vista distraídamente hacia la barra para inspeccionar el local. Y ahí es cuando el corazón le mete un viaje al pecho que la deja sin aire. Mar está allí mismito. Está sentada de lado en uno de los taburetes altos, sosteniendo una cerveza helada con una mano y luciendo el pelo todavía salvaje y húmedo por la tormenta. Habla de forma animada con otra de las camareras. Como si tuviera un radar en la nuca para detectar la presencia de la arquitecta, Mar gira la cabeza muy despacio. Sus ojos grises, intensos como el mar embravecido, chocan de frente con los de Jimena. Ninguna de las dos sonríe. Ninguna hace el amago de apartar la vista. Se quedan congeladas en un duelo de miradas que dura un segundo eterno.

Hugo abre la carta con entusiasmo y se inclina sobre la mesa.

—A ver, Lía, dispara. Queremos probar lo más gamberro y auténtico que tengas hoy.

Lía apoya una mano en el respaldo de la silla de Hugo, entornando los ojos con orgullo patrio.

—Si queréis producto que sepa a mar de verdad, hoy han entrado unas navajas a la plancha que quitan el sentido, zamburiñas de las buenas, pulpo a la brasa y una lubina salvaje que pescó esta tarde un vecino. Todo fresquísimo, de la ría al plato.

Hugo cierra la carta de golpe, con los ojos brillando.

—No se hable más. Lo quiero todo. Suena tan bien que me rindo.

Lía suelta una carcajada.

—Eso os pasa a todos el primer día, ya verás cómo luego os acostumbráis al buen nivel.

Jimena se muerde el labio, intentando disimular su agitación, y añade:

—Ponlo para compartir, Lía. Así le metemos mano a todo un poco.

En cuanto la dueña del chiringuito da media vuelta hacia la cocina, Hugo apoya los codos en la mesa, junta las manos y clava en Jimena esa mirada de zorro viejo que tanto la saca de quicio.

—Has tardado exactamente tres segundos cronometrados en localizarla nada más poner un pie aquí dentro. Eres un caso de estudio.

Jimena deja su carta sobre la mesa, cruzándose de brazos.

—¿Se puede saber de quién demonios hablas ahora? —pregunta, intentando poner cara de póker.

—Venga ya, no me hagas trabajar horas extra. La capitana del Brétema. Está más que claro que la tarde que habéis pasado encerradas en ese barco ha dejado metralla de la buena. Por no hablar de que durante estos días ha parecido tu sombra.

Ella suelta un bufido largo y se reclina en la silla, mirando al techo.

—Eso no es porque le guste, créeme —apunta Jimena—. Y este un pueblo pequeño, la gente va a los chiringuitos. No le busques tres

pies al gato, que no tiene importancia.

—Claro que no tiene importancia. Por eso mismo has dejado de escucharme durante medio minuto entero y te has quedado con cara de haber visto a la Virgen —replica Hugo con una ironía desternillante.

Jimena agarra el vaso de agua y da un trago largo para ganar tiempo, intentando rebajar las pulsaciones.

—Eres un exagerado.

—Yo no exagero, bonita. Te conozco demasiado bien.

Por suerte para el orgullo de Jimena, las bebidas llegan al rescate. Lía les sirve una cerveza artesana de la zona para Hugo y una copa de vino blanco gallego, helado y brillante, para ella. Jimena agarra la copa por el tallo, se la lleva a los labios y da un sorbo generoso.

—Venga, ahora sí. Brindemos —propone Hugo, alzando su vaso.

—¿Y por qué brindamos, si se puede saber? —pregunta Jimena, haciendo chocar su copa con un tintineo.

—Porque a pesar de tu humor de perros, has conseguido que el proyecto sea mil veces mejor con los cambios que has metido hoy.

Jimena baja la mirada hacia el vino, moviendo la copa en círculos y haciendo que el líquido baile.

—Aún queda lo peor, Hugo... Convencer a mi madre.

Ese maldito pensamiento es suficiente para meterle un bajón de realidad. Hugo apoya los antebrazos en la madera y la mira con los ojos entrecerrados, poniéndose serio por primera vez en la noche.

—¿Y cómo tienes pensado planteárselo? Sabes perfectamente que tu madre va a poner el grito en el cielo y un millón de pegas a cada modificación.

Jimena tarda unos segundos en contestar. Alrededor de ellos, la música sigue fluyendo, las risas se mezclan con el romper de las olas y el ambiente es una fiesta, pero la sombra de su madre se instala en la mesa como un invitado de piedra.

—Es que va a cuestionar hasta el grosor de los postes, Jimena — insiste Hugo con un tono más suave.

Ella asiente despacio, apretando los dientes.

—Lo sé de sobra.

—¿Entonces? ¿Cuál es el plan de ataque?

Jimena hace girar la copa entre los dedos, viendo los reflejos de las bombillas en el cristal.

—Ya veré cómo lidio con ella cuando llegue el momento. Ahora mismo solo quiero mandarlo todo a paseo y disfrutar de esta cena, del vino y de la noche.

Y lo dice de corazón. Necesita una tregua.

Justo en ese momento, Lía empieza a desfilarse con los platos y el olor que llega a la mesa es un auténtico escándalo. Las zamburiñas vienen bañadas en una salsa de mantequilla, ajo y perejil. Las navajas chisporrotean vivas sobre la plancha de hierro, desprendiendo un vaho jugoso. Detrás aparece una tabla de madera con el pulpo a la brasa, humeante, salpicado de pimentón y rodeado de cachelos tiernos. Hugo pincha el primer trozo de pulpo, se lo mete en la boca y cierra los ojos, echando la cabeza hacia atrás con un gesto de placer.

—Te lo digo en serio, Jimena. Si algún día desaparezco de Madrid, búscame en un chiringuito de Galicia. Aquí se come como en el maldito paraíso.

Jimena suelta una carcajada, contagiada por el teatro de su socio, y pincha una zamburiña.

—Vaya, y yo que pensaba que ibas a soltar un discurso profundo sobre la integración de la arquitectura local con el entorno marino.

Mientras tanto, en la barra, Lía termina de secar un vaso de tubo con el paño y se apoya en el mostrador frente a Mar, con una ceja alzada y cara de malas intenciones.

—Oye, capitana, vas a terminar haciéndole un agujero al suelo si sigues girándote tanto —le suelta Lía con una sonrisa pícaro que le rasga los ojos.

Mar frunce el ceño, aprieta los labios y finge sorpresa.

—¿Perdona? No sé de qué me estás hablando, Lía. Estás delirando.

—No me vengas con esas, Sotomayor. Te conozco desde que llevábamos pañales como para que intentes colármela ahora.

La capitana se lleva la botella a los labios y da un trago largo para ganar tiempo, intentando camuflar el vuelco que le ha dado el pecho.

—Estoy controlando el chiringuito en general, que hay un ambiente de locos esta noche.

—Sí, claro. Y yo tengo un chalé adosado en plena costa —replica Lía con una ironía desternillante, dándole un toque con el paño en el brazo—. Anda, déjate de cuentos chinos, que se te ve el plumero desde aquí. Es guapísima, ¿a que sí?

Mar tamborilea con los dedos en la botella, tratando de hacerse la dura.

—¿Quién?

—La arquitecta, Mar. No te hagas la sueca.

Mar tarda un segundo más de la cuenta en contestar. En su cabeza se proyecta de golpe la imagen de Jimena saliendo del aseo de su barco, con su camisa de franela enorme resbalándole por el hombro.

—No lo había pensado desde esa perspectiva.

Lía suelta una carcajada que se escucha por encima de la música.

—Eso no te lo crees ni tú.

—He dicho que no me lo había planteado así, no que sea mentira —admite Mar, apartando la mirada con una sonrisa culpable que la delata por completo.

—¡Ajá! ¡Cazada! O sea, que sí que lo has pensado, pillá —insiste Lía, cruzándose de brazos con aire de triunfo. Mira un instante de reojo hacia la mesa de los arquitectos—. ¿Y qué pasa con ella entonces?

—Nada, Lía. Qué va a pasar. Es la mujer que viene con los millones por delante dispuesta a meterle hormigón a nuestra costa y a

cambiarlo todo. No hay más que hablar —sentencia Mar, clavando los ojos en su cerveza con un deje de frustración.

—Ya, ya... Pues para ser la mala de la película, no dejas de escanearla cada dos minutos.

Mar se queda callada de golpe porque no encuentra un argumento racional que la convenza ni a ella misma. Siente una atracción física tan salvaje por Jimena que hasta la asusta. Al otro lado del chiringuito, como si estuvieran conectadas por un cable de alta tensión, Jimena vuelve a levantar la cabeza. Sus miradas se cruzan en el aire de forma inevitable. Esta vez sostienen el pulso durante dos segundos brutales, eléctricos, intensos. Los suficientes para que a las dos se les acelere el pulso antes de apartar la vista casi a la vez.

Hugo, que no se pierde un detalle del despliegue, presencia la escena entera desde su sitio mientras rebaña el plato con el último trozo de pan. No dice ni mu. Simplemente se guarda una sonrisa de oreja a oreja, frotándose las manos al comprender perfectamente que entre esas dos hay una marea de fondo cargada de posibilidades que va a estallar tarde o temprano. Y, por loco que parezca, el arquitecto sospecha que ese bendito conflicto va a revolucionar la obra del resort muchísimo más que cualquier cambio en los planos.

Capítulo 10

—Si no me voy ahora mismo, mañana no seré persona —murmura Hugo.

—¿Ya? ¿Dónde ha quedado el gran arquitecto de la noche madrileña? —pregunta Jimena, deslizando un dedo por el borde húmedo de su copa.

—Se quedó en los treinta, querida. Pero a diferencia de ti, yo he aprendido que pelearme con los planos a las siete de la mañana después de acostarme tarde es una tortura innecesaria —responde Hugo, pasándose una mano por el pelo revuelto—. Y tú no deberías de tardar mucho. Mañana nos espera un día largo.

—Lo sé —contesta Jimena.

Cuando Hugo desaparece entre las mesas abarrotadas del chiringuito, el bullicio general parece cambiar de volumen para Jimena. Siguen las risas, las conversaciones animadas y la música de fondo, pero ella se vuelve mucho más consciente del espacio que ocupa ahora. Está sola en una mesa para dos, con una copa medio vacía delante y la brisa marina refrescando una noche que, unas horas antes, había comenzado bajo un temporal furioso.

Desde la barra, Mar levanta el vaso para dar el último sorbo al líquido que queda. Y enseguida, Lía se lo quita de las manos.

—Hasta aquí hemos llegado, capitana —declara Lía con tono maternal.

—Qué exagerada eres siempre. Con lo bien que estábamos —protesta Mar.

—No. Lo que soy es tu amiga de verdad, y mañana sales con el barco al amanecer —insiste Lía, apoyando las manos en la barra—.

Llevas tres copas.

La capitana apoya ambos antebrazos sobre la barra, inclinándose hacia delante.

—Sabes que te quiero muy poco cuando haces esto.

—Pues te aguantas, porque alguien tiene que velar por ti — responde Lía sin inmutarse.

Al girarse, los ojos de Mar tropiezan de frente con los de Jimena, que sigue sentada a unos metros.

Jimena rompe el contacto visual la primera, tragando saliva con dificultad. «No seas ridícula», se dice a sí misma en silencio mientras siente cómo un súbito rubor asciende por su cuello. Se pone en pie con la intención clara de marcharse, recogiendo su bolso. Pero sus piernas traidoras cambian de dirección antes de que su cabeza termine de decidirlo.

Lía levanta inmediatamente una ceja al verla acercarse.

—¿Qué te pongo?

—Algo fresco. Necesito relajarme y desconectar del trabajo esta noche.

Mar no puede evitar sonreír al escuchar la respuesta.

—Empiezas a caerme bien —admite la capitana.

—No te acostumbres —replica Jimena, sentándose en el taburete contiguo—. Mañana volvemos al lío. La obra no va a tardar mucho en empezar.

Lía observa el intercambio con evidente diversión mientras empieza a preparar un cóctel fresco con lima.

—Creo que este os hace falta a las dos esta noche —comenta, deslizado la copa alta y escarchada.

—¿«Os»? —preguntaron las dos al mismo tiempo.

—Pensaba que me habías prohibido beber —apunta Mar.

—Sí. Os —reitera Lía, y después mira a su mejor amiga—. Esta te la perdono.

Lía se aleja para atender otra mesa cercana, dejando tras de sí el silencio. Mar juega distraídamente con una servilleta de papel entre los dedos, doblándola y desdoblándola.

—¿Estás cansada? —le pregunta a Jimena.

—Un poco. ¿Tanto se me nota? —responde, aunque intuye por dónde va.

—¿Ya te han aceptado los cambios? —insiste Mar, mirándola de perfil.

—En realidad... no. No del todo —confiesa Jimena—. Plantearle ciertos cambios a mi madre no será tarea fácil.

—Pensaba que la decisión final era tuya, que tenías total autonomía como jefa de diseño —comenta Mar, inclinándose un poco más hacia ella.

Jimena esboza una sonrisa cansada.

—Ojalá. Ella es la directora de la firma. Cada modificación que proponga significará para ella más dinero, más retrasos y más discusiones interminables. Un poco agotador, la verdad.

—Al menos tú tienes una madre con la que cabrearte y discutir.

Jimena levanta la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Mar aprieta los labios, arrepintiéndose por un segundo de haber abierto esa puerta personal que tan bien guarda bajo llave. Da un largo suspiro, mirando hacia su cóctel.

—Que algunos ya no tenemos ese lujo, Jimena. La vida se encarga de quitártelo antes de tiempo y te deja sin nadie a quien gritarle tus frustraciones.

Mar observa el mar oscuro que se extiende más allá de la playa, donde las olas rompen bajo la luz de la luna. Su expresión se torna distante, nostálgica.

—Mi padre me enseñó prácticamente todo lo que sé. A navegar con temporal, a leer el tiempo en las nubes y en el viento, a respetar estas aguas incluso cuando parece un espejo tranquilo. Decía siempre que el mar nunca perdona a quien se cree más listo que él. Y tenía razón.

Mar sonríe apenas un instante, un destello fugaz que le ilumina el rostro y que a Jimena le parece precioso.

—Murió en un accidente de pesca, dejándonos un vacío enorme. Y después... todo se vino abajo como un castillo de naipes —prosigue Mar—. Mi madre nunca consiguió salir adelante. Cada día estaba un poco más ausente, perdida en su propio dolor. Hasta que un día decidió marcharse también. Roi apenas era un crío en aquel entonces. Yo tampoco era mucho mayor. Nos quedamos los dos con mi abuela.

Jimena recuerda las fotografías del camarote del Brétema, esa mujer fuerte y sonriente sujetando el timón con manos firmes.

—Era la persona más fuerte que he conocido. Nos sacó adelante como pudo, con sus manos callosas y un corazón que no le cabía en el pecho. Y cuando ella murió... supongo que entendí que ya no había red debajo de nosotros. Que, si quería que Roi tuviera un futuro y una familia de verdad, tendría que convertirme yo en el pilar que lo sostuviera.

Jimena no encuentra una respuesta porque cualquier frase hecha le parecería una falta de respeto hacia la confianza que Mar le acaba de regalar. La observa de perfil. La capitana sigue mirando el mar, aunque da la impresión de que en realidad contempla recuerdos demasiado dolorosos para apartarlos.

—Lo siento mucho. De corazón —dice Jimena, deslizando su mano hasta rozar la de la capitana.

Mar esboza una sonrisa triste, girando la mano para aceptar el roce de sus dedos.

—No hace falta que lo sientas.

—Pero sí puedo lamentar que pasaras por algo así tan joven. Nadie debería enfrentarse sola a tanto... dolor —responde Jimena,

girando la cabeza.

—No suelo contar esto a la gente de fuera, la verdad —admite Mar.

—Me siento afortunada entonces —comenta Jimena.

—Es simplemente que... ya pasó —sentencia Mar—. O eso intento decirme todos los días al levantarme. Por eso quiero proteger este lugar.

Jimena niega con la cabeza, acercando su taburete un centímetro más, lo suficiente para sentir el calor que desprende el cuerpo de Mar.

—Las cosas que nos marcan nunca pasan del todo. Aprendes a vivir con ellas, pero siguen formando parte de quien eres, moldeando cada decisión que tomas. Y por eso, pienso cumplir con mi promesa. No voy a destrozar lo que tanto te importa. Entiendo por qué peleas tanto por esta ría. Es tu casa. Es tu historia familiar, tu vida entera.

La capitana deja escapar una risa, relajando los hombros por completo.

—Eso ha sonado bastante bonito para venir de una chica de ciudad que vive rodeada de hormigón.

—No te acostumbres a mis halagos —replica Jimena, retirando la mano con una sonrisa traviesa.

—Vaya. Pensaba que empezábamos a llevarnos bien después de esta charla —comenta Mar, fingiendo una gran decepción que no logra ocultar el brillo de sus ojos.

Jimena sonríe con más amplitud, divertida por el juego de seducción que empieza a flotar en el ambiente.

—No exageremos.

Las dos ríen. Lía se acerca para recoger un par de vasos vacíos de la barra y las observa un instante en silencio, notando la increíble electricidad que se respira en ese rincón.

—¿Necesitáis algo más?

Mar la mira con desconfianza, entornando los ojos.

—No, todo va bien.

Jimena levanta la copa en un gesto teatral y glamuroso.

—Todavía estamos a tiempo de que se líe parda. No cantes victoria.

—Eso sí me lo creo —ríe Lía, alejándose de nuevo y dejándolas a solas.

Jimena acaricia distraídamente el borde de su copa con la yema de los dedos.

—¿Sabes una cosa? Cuando me subí al Brétema... —dice Jimena, recordando la experiencia—, esperaba encontrarme a alguien que solo quisiera llevarme la contraria. Pero luego empezaste a explicarme las corrientes, el fondo de la ría y las mareas con tanta pasión... Y comprendí que no estabas intentando fastidiarme. Estabas intentando que entendiera algo que ningún plano, por detallado que sea, podría enseñarme jamás.

Mar tarda unos segundos en contestar.

—Porque un plano no explica cómo suceden las cosas por aquí —sentencia Mar con voz baja y apasionada, acercándose un poco más—. Los planos son perfectos, limpios y silenciosos sobre el papel. Pero no te dicen qué pasa cuando la marea cambia de forma imprevisible. Por eso insistía tanto en que vinieras a bordo.

La capitana aparta la vista un segundo, sutilmente incómoda.

—Y precisamente por eso he propuesto esos cambios en el proyecto del resort —continúa Jimena—. No porque me obligaras. Sino porque tenías razón en las cosas importantes.

Mar inspira despacio, sintiendo un calor inesperado en el pecho.

—Eres mucho mejor arquitecta de lo que imaginaba cuando te vi por primera vez con esos taconazos —admite Mar con una sonrisa.

—Gracias. Significa mucho viniendo de ti.

—Aunque sigas empeñada en construir aquí —añade Mar, cruzándose de brazos.

—Eso no va a desaparecer. Pero te prometo que ahora lo haré con mucho más respeto.

Mar la observa durante un instante prolongado, en silencio. La luz del chiringuito cae sobre el rostro de Jimena, suavizando las líneas perfectas de sus facciones y dándole un aspecto increíblemente atrayente. Parece mucho más atractiva de lo que le conviene reconocer en mitad de un conflicto de intereses.

—Ya lo veremos... —comenta Mar, antes de morder su labio inferior. Mientras que Jimena, no puede apartar la mirada de ella.

Capítulo 11

Jimena Alarcón jamás habría imaginado que besaría los labios de una mujer a la que considera su enemiga declarada. Ni que hubiera caído en sus redes en cuestión de pocos días. Sin embargo, ahí están, cara a cara en la habitación del hostel donde se aloja Jimena. Mirándose a los ojos mientras el ruido exterior parece atenuarse.

Todo ha ocurrido con una velocidad sorprendente después de la conversación que mantuvieron en el chiringuito. Ahora, Mar sostiene el rostro de Jimena con ambas manos. Sus dedos fuertes presionan con delicadeza las mejillas de la arquitecta mientras sus labios se mueven con avidez. Jimena responde y abre la boca para permitir que la lengua de Mar explore la suya con determinación. Está segura que el alcohol tiene la culpa de sus actos. Percibe el sabor cítrico del cóctel que compartieron antes y siente el calor del cuerpo de la capitana pegado al suyo. Las manos de Jimena recorren la espalda de Mar, agarran la tela y tira de ella hacia arriba para quitársela.

—Esto es una locura —murmura Jimena contra los labios de Mar.

Mar sonríe brevemente y mordisquea el labio inferior de Jimena.

—Una locura que las dos queremos al parecer.

Mar empuja a Jimena hacia la cama. La arquitecta cae sentada en el borde del colchón. Mar se arrodilla frente a ella y besa su cuello con lentitud mientras sus manos desabotonan la blusa de Jimena. Desliza la prenda por los hombros y la deja caer al suelo. Los labios de Mar recorren la clavícula expuesta y descienden hacia los pechos. Toma uno de los pezones entre sus labios y succiona con fuerza. Su lengua lo rodea y lo estimula sin prisa, mientras Jimena arquea la espalda y suelta un gemido bajo.

Poco después, sus manos bajan hasta la cintura de Jimena, desabrochan el pantalón y tiran de él junto con la ropa interior. Jimena levanta las caderas para facilitarle la tarea. Ahora permanece completamente desnuda sobre la cama, y pronto, su piel se eriza por la excitación y por la brisa fresca que entra desde la ventana.

—Date la vuelta —ordena Mar.

Jimena obedece. Gira sobre el colchón hasta quedar boca abajo. Apoya las rodillas y los antebrazos, eleva las caderas y ofrece su cuerpo. Mar se termina de desnudar con rapidez. Se posiciona detrás de Jimena, arrodillada entre sus piernas abiertas. Sus manos recorren la espalda de Jimena con lentitud y descienden por la curva de sus nalgas. Separa las piernas de Jimena un poco más con las rodillas y admira la vista que tiene delante.

Mar desliza una mano entre los muslos de Jimena y acaricia sus labios vaginales con los dedos. Nota cómo se encuentra mojada y caliente. Introduce dos dedos lentamente y los mueve dentro y fuera con un ritmo cadencioso mientras su pulgar roza el clítoris en círculos. Jimena gime contra la almohada y empuja las caderas hacia atrás para buscar más contacto.

Mar acelera el movimiento de sus dedos y los curva para alcanzar el punto sensible en el interior. Con la otra mano agarra la cadera de Jimena y la mantiene en posición. Se inclina hacia delante, besa la espalda de Jimena y muerde su piel mientras sus dedos entran y salen con un ritmo constante y profundo. Jimena siente cómo el placer crece en oleadas. Sus músculos internos se contraen alrededor de los dedos de Mar y su respiración se vuelve entrecortada.

La capitana retira los dedos de repente y Jimena protesta con un gemido de frustración. Mar se agacha más, se pone en posición, separa las nalgas de Jimena con ambas manos y recorre la abertura vaginal con la lengua de abajo hacia arriba. Introduce la lengua dentro y la mueve con habilidad mientras sus labios succionan. Jimena aprieta la almohada con las manos y jadea con fuerza. Mar sube la lengua hasta el ano de Jimena, lo lame en círculos lentos y precisos y luego regresa al clítoris. Utiliza toda la boca para estimularla sin descanso. Sus manos

masajean las nalgas y los muslos de Jimena y la mantienen abierta y expuesta.

—Por favor, Mar... —suplica Jimena con la cara hundida en la almohada.

Mar se incorpora de nuevo y pronto cambia de estrategia. Usa sus dedos otra vez, y los introduce con mayor profundidad. Su otra mano rodea la cadera de Jimena y alcanza el clítoris. Jimena siente que el orgasmo se acerca, mientras Mar coloca una mano en la nuca de Jimena y presiona su cara contra la almohada, controlando la posición, mientras sigue penetrándola con los dedos.

—Dámelo —exige Mar y acelera el ritmo.

Jimena alcanza el orgasmo con fuerza. Se contrae alrededor de los dedos de Mar y grita contra la almohada. Mar no detiene el movimiento. Continúa con caricias más suaves para prolongar el placer hasta que Jimena se relaja por completo.

Con una sonrisa en los labios, Mar da la vuelta a Jimena y la besa en la boca, compartiendo el sabor íntimo. Luego la coloca otra vez boca abajo. Ahora Mar se tumba parcialmente sobre ella y presiona su cuerpo contra el de Jimena. Introduce los dedos de nuevo desde atrás y la penetra con un ritmo intenso y sostenido.

—Quiero oírte más —dice Mar mientras empuja los dedos en más profundidad.

Jimena gime con mayor intensidad y mueve las caderas al encuentro de cada embestida. Mar utiliza la mano libre para pellizcar un pezón y tirar de él con delicadeza a la vez que presiona la cara de Jimena contra la almohada otra vez y controla el ritmo con autoridad.

—Dime que quieres más —le gruñe Mar con la voz entrecortada por el esfuerzo.

—Sí, joder... Fóllame más fuerte —responde Jimena, más excitada todavía.

Mar obedece. Añade un tercer dedo y frota el clítoris con la palma de la mano. Jimena llega a un segundo orgasmo, más intenso que el anterior. Todo su cuerpo tiembla y se estremece, y cuando recupera

algo de fuerza, se gira y empuja a Mar hacia la cama. Ahora es Jimena quien se coloca sobre Mar y la besa con urgencia. Sus manos exploran el cuerpo de la capitana: acaricia sus pechos, desciende por el abdomen y llega hasta su sexo húmedo. Introduce dos dedos en Mar y los mueve con rapidez mientras besa sus labios con pasión.

Mar gime y abre las piernas para facilitarle el acceso. Jimena baja la cabeza, regalándole besos húmedos hasta llegar a su clítoris y lamerlo mientras sus dedos entran y salen de su coño. Mar agarra el pelo de Jimena y empuja su cabeza contra ella con necesidad.

Poco después, Mar alcanza el orgasmo con un gemido largo y profundo. Se contrae alrededor de los dedos de Jimena y su cuerpo se arquea. Pero Jimena no se detiene. Se coloca detrás de Mar, que ahora está boca abajo. Separa sus piernas y juega bajo las mismas reglas que la capitana ha hecho antes.

Llegan al límite después de varios orgasmos más, y Mar termina derrumbada sobre Jimena, antes de besar su hombro.

—Dios... no quiero parar —sonríe Jimena.

La brisa marina sigue entrando por la ventana y refresca sus cuerpos calientes. Jimena siente el peso de Mar sobre ella y cierra los ojos un instante, consciente de la locura que están cometiendo. Mar, por su parte, recorre con los dedos la curva de la cintura de Jimena y nota cómo su piel responde todavía con pequeños estremecimientos. El placer compartido las ha dejado saciadas, pero no satisfechas, y por eso, Mar vuelve a la carga.

Sus manos descienden otra vez y la explora despacio, dándose el gusto de ver cómo su cuerpo responde a cada caricia. Jimena suspira y se abre a ella una vez más. La capitana introduce los dedos y las estimula a las dos con movimientos lentos y profundos.

El tiempo parece detenerse en esa habitación hasta que una nueva oleada de placer recorre sus cuerpos.

Finalmente, exhaustas, se tumban de lado, frente a frente. Mar pasa una pierna por encima de Jimena y mantiene el contacto. La conversación que tuvieron horas antes parece lejana, pero el conflicto

subyacente sigue ahí. Sin embargo, en este a las dos les parece importar una mierda.

El deseo ha abierto una puerta que ninguna sabía que estaba ahí, ajenas a la transformación que acaba de ocurrir en esa habitación. Jimena y Mar, enemigas convertidas en amantes por una noche, dejan que el sueño las alcance poco a poco, conscientes de que al amanecer tendrán que enfrentar las consecuencias de lo que acaba de pasar.

Capítulo 12

Mar apaga el despertador de un manotazo antes de que el puto aparato ose pitar por cuarta vez. Es absurdo, porque lleva casi una hora despierta; de hecho, apenas ha logrado pegar ojo en los últimos días. Se queda sentada en el borde del colchón, apoyando los codos en las rodillas y hundiendo la cara entre las manos.

En cuanto cierra los ojos, un par de pupilas arrolladoras se le instalan detrás de los párpados. Y con ellas, una sonrisa felina junto al recuerdo eléctrico, rabiosamente reciente, de su piel contra la suya. Ha intentado evitar a Jimena todo lo posible, pero sacarla de sus pensamientos y de las sensaciones que le provocó, es otra historia.

—Será mejor que me ponga al lío.

Poco después, el Brétema se desliza fuera del puerto, ganando la ría antes de que despunte el alba. A bordo, Roi bosteza de un modo tan exagerado que parece que la mandíbula se le va a desencajar mientras recoloca las cajas isotérmicas en la popa; Noa, inquieta como un rabo de lagartija, no para de teclear en una tableta, y Mar se aferra al timón.

La vida en el Brétema no es la de un gran pesquero industrial; aquí las cosas se hacen a la antigua, con mimo y respeto. Al formar parte del programa de pesca sostenible de la cofradía y dar apoyo científico a la ría, sus jornadas son un encaje de bolillos. Faenan con nasas tradicionales —nada de arrasar el fondo marino— persiguiendo al pulpo y a la nécora de forma selectiva, y de vez en cuando largan pequeños palangres para tentar a algún congrio despistado o lubinas de roca.

—Temperatura superficial: diecisiete con tres grados —canta Noa, ajustándose la capucha sin despegarlos ojos de la pantalla—. Un poquito más alta de lo normal para esta época.

—Anota también la salinidad —le indica Mar, dándole un toque firme al timón para esquivar una boya—. Está idéntica a la semana pasada, pero no nos fiemos.

—Fichado y registrado —responde Noa, haciendo un gesto rápido con la mano.

Roi asoma la cabeza desde la popa, secándose las manos con un trapo deshilachado que ha visto tiempos mejores.

—Las nasas de la canal norte están listas para ir izándolas. A ver si hoy los pulpos han decidido colaborar y no se nos ponen dignos.

—Entraremos por ahí, la marea nos viene de cara y nos ahorrará pelear con la corriente —responde Mar, clavando los ojos en el horizonte mientras reduce la marcha.

El barco empieza a balancearse y el silencio se adueña de la cubierta durante unos minutos, roto solo por el golpeteo del agua contra el casco. Noa levanta la vista del dispositivo, observa de reojo el perfil tenso y extrañamente mudo de Mar, e intercambia una mirada cómplice y divertida con Roi, que se limita a encogerse de hombros con una sonrisilla. Normalmente, a estas horas, Mar ya les habría soltado tres discursos sobre el estado de la ría o se habría quejado del frío. Hoy, en cambio, parece una estatua.

Roi da un par de zancadas por la cubierta inestable y se apoya en la borda, justo al lado del puesto de mando.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta con guasa—. Estás súper seria.

Mar ni se inmuta. Sigue con la vista fija en la proa.

—Estoy concentrada, que para eso soy la que lleva este cacharro.

—Ya, claro —se mofa su hermano—. Estás tan callada que ni siquiera has amenazado con prepararnos esa bazofia que tú llamas café. Y eso, querida hermana, es una señal de alarma.

Una pequeña sonrisa, algo cansada pero inevitable, asoma por fin en la comisura de los labios de Mar Sotomayor.

—Solo intentaba evitaros una intoxicación a primera hora de la mañana. Deberías agradecermelo.

Noa suelta una carcajada desde el otro lado de la cubierta.

—¡Milagro! ¡La capitana asume por fin que su café es una mierda!

—Oye, un respeto —protesta Mar, intentando fingir indignación—. El secreto está en el cariño que le pongo.

—Pues ponle un poco menos de cariño y un poco más de grano de calidad, por favor —remata Roi, guiñándole un ojo. Luego, aprovechando que Noa se distrae recolocando un cabo, da un paso más hacia su hermana y baja el tono de voz—. Ahora en serio. Sabes que me puedes contar lo que sea, ¿no?

Mar gira la cabeza, y sostiene la mirada limpia y protectora de su hermano.

—Roi...

—Dime. Te escucho.

Mar vacila, pero la imagen de Jimena —de su risa, de la calidez de su boca, de la insolente seguridad con la que se mueve— la golpea con tanta fuerza que prefiere cerrar la boca.

—Que tenemos que trabajar. Venga, deja de vagar —zanja, devolviendo la vista al mar.

Roi la observa un par de segundos más, analizando la rigidez de sus hombros. Al final, levanta las manos en señal de rendición, aunque con una sonrisa.

—Vale, vale. No insisto. De momento. Pero que sepas que de esta no te escapas tan fácil.

Mientras su hermano se aleja hacia la popa, Mar suelta el aire que tenía retenido. Mentirle a Roi siempre ha sido una causa perdida. Se conocen demasiado, se han criado leyendo las mareas y los silencios del otro. Y ella sabe perfectamente que él ha oído el rastro del incendio que lleva dentro. ¿Cómo no iba a notarlo? Si es ella misma la que no se reconoce en el espejo. Jamás habría creído que un desliz, un impulso

nacido de una noche de tormenta y demasiada tensión, pudiera poner patas arriba el orden de su vida.

«Solo fue sexo del bueno. Nada más». Una tregua de una noche entre dos mujeres adultas que se han atraído de forma casi violenta. Pero entonces, ¿por qué siente que con Jimena podría hablar de cualquier cosa?

Ese es el verdadero peligro. El sexo es fácil de archivar en un cajón de la memoria. Pero la intimidad, la complicidad de verdad, tiene la mala costumbre de echar raíces donde no debe. Mar empieza a temer que, sin darse cuenta, le haya abierto a la arquitecta una vía directa al corazón. Y ahora, por primera vez, defender la ría de los planes del resort y defenderse a sí misma se ha convertido en dos guerras completamente diferentes.

El sol empieza a recortar los acantilados. Mar reduce la marcha del Brétema hasta dejar el motor en un ronroneo.

—¡Venga! Vamos con la primera línea —ordena, sacudiéndose los fantasmas de la cabeza.

Roi engancha la boya con el bichero y pasa el cabo por el halador hidráulico. El cabo sube tenso, goteando agua, hasta que la primera nasa y red emergen del agua, arrastrando un olor penetrante a algas y fondo marino.

—¡Tenemos premio! —exclama Roi, abriendo la compuerta.

En el interior se retuercen tres pulpos hermosos de color pardo y un par de nécoras que protestan agitando sus pinzas. Mar se acucilla de inmediato, saca el calibre de latón que lleva al cinturón y mide la primera nécora.

—Esta es muy justa. Mejor que vuelva al agua —decide, devolviendo la pieza al mar—. No queremos que Anselmo nos monte un mitin por dos milímetros.

Noa toma nota en la tableta sin perder detalle.

—Anotado. Tres pulpos hermosos, una nécora y una devuelta al mar.

Durante dos horas el trabajo los mantiene ocupados. Entre nasa y nasa, Noa recoge muestras de las aguas, etiquetándolos antes de guardarlos en una nevera portátil.

—Estas muestras nos van a dar la clave —comenta Noa con un brillo de entusiasmo en los ojos—. Si los nitratos siguen subiendo en esta zona, tendremos la prueba científica definitiva para exigir que se amplíe la protección de la ría.

—Con datos en la mano y la cofradía detrás, tendremos fuerza en la mesa de negociación. Me parece bien que quieran construir, pero hay que hacerlo con cabeza —opinar Mar.

«Y Jimena ya te ha demostrado que la tiene».

Roi, que está estibando las capturas en las cajas con hielo, las mira mientras niega con la cabeza.

—De verdad, no sé cómo sois capaces de poneros así de intensas por cuatro tubos de agua sucia.

Noa se vuelve hacia él, con las manos en las caderas.

—¿Agua sucia? ¡Perdone usted, señor de las nasas! Esto es el pulso de la ría. Si se desequilibra, tus queridos pulpos ya no aparecerán y tú te quedarás sin trabajo, listillo. Así que ten un poco de respeto a la ciencia.

Roi sonrío de oreja a oreja, encantado de haberle buscado las cosquillas.

—Bueno, bueno, no te me enfades, cerebrito. Solo digo que para mí el agua es agua hasta que deja de estar mojada.

—Qué básico eres, de verdad —suspira Noa, aunque no puede evitar que se le escape una sonrisa.

Mar contempla el pique habitual de los dos con una sonrisa nostálgica. En otro momento habría entrado al trapo para pinchar a Roi, pero hoy prefiere quedarse al margen, dejando que el rumor de la ría la arrulle. Su hermano la observa de reojo, frunciendo el ceño al notar que la chispa habitual de Mar sigue a medio gas.

*

Al mediodía, el Brétema atracca en el muelle. El puerto es un hervidero de actividad: gritos, cajas que se arrastran por el cemento y el olor inconfundible del pescado fresco listo para la subasta de la lonja. Mar salta a tierra con la agilidad de un gato, asegura la amarra con dos vueltas rápidas, se recoloca el peto vaquero y empieza a descargar el pulpo junto a Roi.

No llevan ni diez minutos de faena cuando una sombra se proyecta sobre la cubierta.

—¡Mar! —brama una voz ronca.

Se incorpora despacio, secándose el sudor de la frente con el antebrazo. Anselmo, uno de los patrones más viejos e influyentes de la cofradía, se acerca a paso firme escoltado por dos mariscadoras de mirada torva y un par de marineros del pueblo.

—Hola, Anselmo. ¿Qué pasa? —pregunta Mar, manteniendo el tono neutral, aunque nota cómo se le erizan los pelos de la nuca.

Anselmo se planta al borde del muelle, cruzando los brazos sobre su chaqueta.

—Pasa que por el puerto corre un rumor muy feo, Mar. Dicen que te estás reuniendo más de la cuenta con la arquitecta del resort. ¿Es verdad? ¿O la gente habla por hablar?

Roi deja de mover las cajas y se queda muy quieto; Noa finge estar muy ocupada con la tableta.

—Es verdad que me he estado reuniendo con ella —responde con voz clara y firme—. Es mi obligación como asesora técnica de la cofradía.

—¿Tu obligación? —escupe Anselmo con desprecio—. Tu obligación, es detener ese maldito proyecto, no tomarte cafés con los que vienen a llenar de hormigón nuestra ría.

Mar respira hondo, obligándose a no perder los estribos. Sabía que este juicio iba a llegar tarde o temprano.

—Anselmo, escúchame bien. Los permisos ambientales y urbanísticos del resort ya están firmados por la Xunta y por Costas. La obra va a arrancar queramos o no. Negar la realidad no va a salvar a la ría.

Una de las mariscadoras da un paso al frente, con los ojos encendidos.

—¡Pero nos han dicho que estás proponiéndoles cambios! ¿Cómo puedes ayudarlos después de lo que pasó en el otro pueblo? ¿Es que te has vendido?

Mar da un paso adelante, con la mandíbula tensa.

—¿Vendido yo? —pregunta, y rápidamente niega con la cabeza—. Precisamente porque vi ese desastre con mis propios ojos sé que no nos va a servir de mucho gritarles sin más.

El grupo murmura, inquieto. Anselmo frunce el ceño, buscando argumentos.

—Entonces, ¿tu plan es darles facilidades? —insiste con desconfianza.

—Mi plan es obligarlos a modificar el proyecto —explica Mar con una convicción que le vibra en el pecho—. Si consigo que Jimena lo haga y respete las corrientes, salvaremos las praderas y las zonas de cría. Sé que no salvaremos toda la costa, no soy tonta, pero salvaremos lo que nos da de comer. Prefiero una victoria inteligente que una derrota digna con la ría muerta.

No hay aplausos, pero sí un silencio incómodo, el de los hombres y mujeres que saben que, por desgracia, Mar tiene toda la razón.

—No sé qué te habrá prometido esa arquitecta... —masculla Anselmo, dándose la vuelta de mala gana—, pero ándate con ojo. Esa gente tiene la lengua muy larga y las promesas muy cortas.

*

La comida con Roi en la cocina de piedra de la casa heredada por su abuela es lo más parecido a un velatorio. El frescor de los muros alivia

el calor del mediodía, y el olor a laurel, patatas nuevas y merluza cocida inunda la estancia. Es el plato favorito de Mar, pero hoy la comida le sabe a poco menos que nada.

Roi mastica despacio, con la mirada clavada en su plato, hasta que deja el cubierto de golpe.

—¿Así que ahora eres la aliada de esa mujer? —pregunta Roi directamente, mirándola a los ojos con una seriedad que pocas veces muestra—. Una cosa es que bromeé porque se maree al subir al barco, y otra tener que aguantar esto.

—¿Esa es la conclusión que has sacado de lo que ha pasado en el muelle, Roi? Me decepcionas.

—Explícamelo tú, porque últimamente no hay quien te reconozca —replica su hermano, cruzando los brazos sobre la mesa—. Hace unos días echabas pestes de ella y querías que se ahogara en la ría. Ahora resulta que le lavas la cara delante de los marineros.

—No le lavo la cara a nadie —salta Mar, sintiendo que la paciencia se le agota por momentos—. Defiendo la única salida viable que tenemos. No a Jimena Alarcón.

—Pues desde fuera parece exactamente lo mismo —ataca Roi, apretando los dientes—. Parece que te importa más que esa mujer no se lleve un disgusto que la opinión de la gente con la que te has criado.

La acusación da en el blanco de lleno. El estómago de Mar da un vuelco tan violento que siente náuseas. Se pone en pie de golpe, haciendo que la silla chirríe contra las baldosas de la cocina.

—¡No es lo mismo! —exclama, con los ojos brillando por el desespero—. Estoy intentando salvar lo que puedo de esta ría antes de que la destrocen. Si no lo entiendes, es tu problema.

—Esto no suena a ti, Mar —dice Roi.

Tiene razón. No suena a ella. Ella misma lleva días preguntándose en qué momento empezó a barajar la idea de que las cosas podían salir bien.

—Pues vete acostumbrando —responde la mujer.

Recoge su plato, con la comida prácticamente intacta, y lo deja en el fregadero. Sin mirar atrás, cruza el pasillo a zancadas y abre la puerta de la calle de un tirón.

—¡Mar, espera! —grita Roi a su espalda, pero ella ya está fuera.

El aire racheado y salado de la tarde le azota la cara de inmediato, despeinándole el pelo todavía húmedo. Camina a paso rápido, casi furioso, sin un destino fijo, alejándose de la casa y del puerto.

Su mente, traidora y caprichosa, vuelve a volar hacia Jimena. Piensa en su elegancia insolente, en el contraste brutal entre sus dos mundos y, sobre todo, en esa fragilidad que las unió bajo la tormenta. Mar aprieta los puños dentro de los bolsillos de su cazadora. Le aterra admitir que tal vez Roi tiene parte de razón. Le aterra comprender que su defensa del proyecto no nace solo de la fría lógica, sino de la imperiosa necesidad de mantener a Jimena cerca, muy cerca de ella, aunque eso signifique poner en juego todo lo que siempre ha jurado proteger.

Capítulo 13

—No me lo puedes estar diciendo en serio —protesta Jimena.

Al otro lado de la línea se hace el vacío. Jimena conoce a su madre lo suficiente como para saber que Victoria Alarcón jamás duda; simplemente saborea el suspense antes de soltar un latigazo con esa elegancia aristocrática tan suya, convencida de que el planeta entero gira bajo sus órdenes.

—Lo has entendido perfectamente —suelta Victoria con calma.

Jimena cierra los ojos con fuerza, buscando encontrar un poco aire.

—Mamá, que no te estoy hablando de corazonadas —rebate Jimena, plantando una mano libre en la pared—. Te he mandado los nuevos estudios, los informes de impacto ambiental y la simulación hidrodinámica completa. No son caprichos míos. Son datos científicos incontestables, y esto no debería admitir ningún tipo de discusión.

—Y yo te estoy hablando del dinero que nos costaría modificar el proyecto a estas alturas, Jimena —replica Victoria, como si estuviera valorando cambiar el color de una alfombra—. Es inviable.

—¡Más caro nos va a salir un proceso judicial cuando las protestas nos paralicen la obra en el futuro! —insiste Jimena. Abre los ojos y clava la mirada en las barcas de los marineros, que flotan ajenas a esa discusión.

Victoria suelta un suspiro de hastío, como si estuviera diciendo un implacable «ya está mi hija exagerando otra vez».

—No dramáticas, por favor. Siempre pones la tragedia a cualquier contratiempo.

—No estoy dramatizando, mamá. ¡Estoy evitando matar el ecosistema de este lugar! —estalla Jimena, con un temblor de rabia en la voz mientras empieza a caminar descalza—. Si mantenemos el diseño original, alteraremos la dinámica de las corrientes de la ría de forma irreversible. No es una teoría. Lo hemos comprobado sobre el terreno. Con números. Y con testimonios de la gente que lleva faenando aquí toda la vida.

—Lo que tú llamas comprobar, yo lo llamo pasar demasiado tiempo escuchando cuentos de pescadores —sentencia Victoria, con un ramalazo de desprecio que a Jimena le revuelve el estómago—. Te estás dejando ablandar por el paisajismo local, Jimena. Y esta firma nunca ha sido así.

Jimena muerde el interior de su mejilla con fuerza. Se pasa una mano por la nuca, frustrada, y se detiene frente a la cama. Sobre la colcha blanca descansan los planos modificados, emborronados de anotaciones en tinta azul, esquemas furiosos y cálculos alternativos hechos durante madrugadas de insomnio y café frío en los pocos días que lleva por ahí. Le ha metido demasiadas horas, demasiados dolores de cabeza y, para qué engañarse, demasiadas ilusiones a ese rediseño como para dejar que su madre lo liquide de un plumazo.

—Si seguimos adelante destrozaremos el motor de este pueblo —afirma Jimena, plantándose de nuevo ante la ventana y gesticulando con el teléfono en el aire—. Mucha gente se va a quedar sin su sustento. No son solo cifras en un balance de pérdidas y ganancias, mamá. Es gente de verdad, con nombres, apellidos y familias que dependen de lo que da el mar.

—¿Y desde cuándo te importa a ti lo que le pase a un puñado de aldeanos, Jimena? —pregunta Victoria con una indiferencia que es capaz de helarle la sangre a su hija.

Las palabras impactan en el pecho de Jimena con la fuerza de un dardo envenenado. No por la bajeza del comentario, al que por desgracia está inmunizada, sino porque se da cuenta de que ya no puede fingir que no le importan. Porque sí, dentro de ella sabe que le importan. Le importan una barbaridad. Le importan las caras azotadas por el viento de la cofradía, las manos curtidas por el sedal y el salitre, y

esa dignidad indomable que desprenden. Puede que haya estado muy pocos días por allí, pero Jimena ha sabido reconocer la valentía de esa gente. Y sí, le importa Carme y su incombustible mal humor protector; le importa Santi con sus chismes imposibles; le importa cada rincón de esa ría que ahora le parece un santuario vivo y palpitante. Y, por encima de todo lo demás, aunque le cueste asimilarlo, también le importa cierta bióloga de ojos tormentosos y temperamento endiablado que responde al nombre de Mar Sotomayor.

Victoria prosigue, ajena al cortocircuito emocional de su hija.

—Me da exactamente igual cómo te las apañes con tus nuevos amigos, pero el proyecto se va a ejecutar tal y como está visado. En esta firma no se paga por el sentimentalismo de las personas.

—Pues yo no pienso firmar y seguir adelante sabiendo que es una chapuza —sentencia Jimena, apretando los dientes—. Sería traicionarme a mí misma. Y a todo lo que he aprendido.

—Firmarás, Jimena —zanja Victoria con una seguridad que roza la tiranía—. Básicamente porque sigues a mi cargo y las facturas de tu estudio no se pagan solas.

La llamada se corta y Jimena se queda rígida, con el brazo suspendido en el aire y la boca entreabierta, asimilando la humillación. Dos segundos después, la adrenalina le gana la partida al autocontrol.

—¡Joder! —grita con todas sus fuerzas, lanzando el teléfono contra la cama.

El juramento rebota en las paredes del hostel. Casi al unísono, unos golpes enérgicos e impacientes retumban en la puerta.

—¿Jimena? ¿Estás bien? —pregunta una voz familiar al otro lado.

Sin esperar invitación, Hugo empuja la puerta y entra como un torbellino, con el ceño fruncido y la preocupación pintada en los ojos. La recorre de arriba abajo con la mirada, detectando al instante que está al límite.

—Menudos gritos llevas. ¿Qué ha pasado?

Jimena inspira aire a bocanadas, cruzándose de brazos. Siente la quemazón de las lágrimas en los ojos, pero parpadea con rabia para tragárselas.

—Mi madre, Hugo. Eso ha pasado. Ha mandado a la mierda las modificaciones del proyecto.

—¿En serio? No me jodas...

Jimena afirma con la cabeza, soltando una risa amarga y desganada mientras se pasa los dedos por el pelo desordenado.

—Para ella somos simples peones ejecutando lo que ella quiere vender. Mi opinión le importa lo mismo que el estado de las mareas.

Hugo se deja caer en la silla de mimbre del rincón, estirando las piernas con un suspiro. El único sonido en la estancia es el zumbido rítmico del ventilador de techo, que gira perezoso. Jimena, incapaz de estarse quieta con los nervios a flor de piel, se lanza sobre la cama y empieza a apilar. Ordenar el exterior es su único salvavidas para que el caos no le colonice la cabeza. Hugo la observa con una mueca de simpatía y lástima.

—No me pienso cruzar de brazos —suelta Jimena poco después, deteniendo sus manos sobre un plano y clavando en su socio una mirada que echa chispas—. No pienso rendirme. Sobre todo, ahora que sé lo que hay en juego.

Hugo esboza una sonrisa ladeada, entre resignado y secretamente orgulloso de su tenacidad.

—Esa es mi chica. ¿Cuál es el plan?

Jimena se levanta de un salto, sacudiéndose los pantalones y gesticulando con un lápiz que ha rescatado de la mesa.

—Tenemos que puentear la negativa y convencer directamente a los fondos de inversión del resort y a nuestro consejo. Demostrarles que el rediseño no es solo una cuestión de ética o de salvar pulpos, sino de números que pueden beneficiarles a futuro. Si les demostramos que modificar el proyecto les ahorrará pleitos millonarios y multas a largo plazo, obligarán a mi madre a tragar.

Hugo se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, sopesando la idea.

—A ver, la idea es brillante, pero rehacer el análisis de viabilidad y el cronograma de obra nos va a llevar bastante tiempo, Jimena. Y no sé si lo tenemos.

—Pues habrá que buscarse la vida —zanja ella, guardando un rollo de planos en un tubo de plástico—. No hay plan B, Hugo.

El arquitecto se cruza de brazos, estudiándola con una ceja alzada y una sonrisilla que no augura nada bueno.

—Y me imagino que ese contraataque incluye cierto factor de campo... ¿No?

Jimena no tarda ni un segundo en responder.

—Sí. Necesitamos hacer un frente común con Mar y la cofradía. Aliarnos con ellos de verdad para presionar en bloque.

Hugo abre los ojos como platos.

—No me puedo creer que ahora quieras una alianza con la capitana.

Jimena sonríe, sintiendo un cosquilleo que le recorre todo el cuerpo. Después, se cuelga el bolso con decisión.

—Las primeras apariencias siempre engañan ¿no? —responde con una sonrisa pícara en los labios—. Ahora queremos proteger exactamente lo mismo, y tengo que buscar la solución.

—Eso sí que es un giro de guion de los buenos —se ríe Hugo, sacudiendo la cabeza—. Pero intentad no arrancaros la cabeza. Bueno... digo yo.

«Ay... qué ignorante».

Jimena camina hacia la puerta y se detiene un instante para mirarlo por encima del hombro, guiñándole un ojo.

—Deséame suerte. La voy a necesitar.

Al bajar las escaleras a paso ligero, Santi sale de detrás del mostrador de recepción como si llevara apostado allí toda la mañana esperando su presa.

—¡Epa, buenos días, Jimena! —saluda con un entusiasmo sospechosamente alto—. Qué prisa llevas chiquilla.

Jimena ni siquiera aminora el paso, aunque le dedica una sonrisa de compromiso.

—Hola, Santi. Voy con el tiempo justo, la verdad.

—Ya veo, ya —comenta él, apoyando los codos en la barra y arqueando las cejas con un descaro divertidísimo—. Curioso, porque por aquí he visto salir a cierta capitana del puerto con una cara que daba miedo.

A Jimena le traiciona un súbito calor en las mejillas que intenta camuflar recolocándose las gafas de sol.

—No tengo tiempo para tus novelas de intriga, Santi.

—Yo solo soy un humilde informador local —se queja él—. Pero sea lo que sea que vayas a hacer con esa mujer, suerte.

Jimena decide ignorar la pulla, aunque el corazón le da un vuelco tonto en el pecho. Sale al exterior atropelladamente antes de que Santi continúe. El sol del mediodía gallego la recibe con un soplo de calor húmedo y poco después, el bullicio del puerto la envuelve al instante.

En la zona de la obra, Carme está apoyada en el capó de una furgoneta, repasando unos planos con cara de pocos amigos, cuando Jimena llega hasta ella casi sin aire, con el flequillo pegado a la frente por el esfuerzo.

La jefa de obra levanta la vista, arqueando una ceja al verla tan descompuesta.

—Vaya cara que traes.

Jimena se apoya en sus propias rodillas para recuperar el aliento antes de erguirse y ponerse seria.

—Carme, necesito que ganes tiempo. Invéntate lo que sea, pero tienes que retrasar el inicio del movimiento de tierra más allá de lo que había acordado.

Carme parpadea, estupefacta, dejando el bolígrafo sobre el capó.

—¿Cómo dices? A ver si es que el mar te está cociendo las ideas, Jimena. ¿Tú pidiéndome retrasar plazos?

—Por favor, Carme, es en serio —pide Jimena en un susurro, arrimándose a ella para que los operarios no se enteren—. Necesito unos días como sea. Alega problemas de suministros, un retraso en las licencias locales, una inspección de seguridad sorpresa... Lo que haga falta. Pero páralo.

La jefa de obra la escanea con esos ojos que parecen saberlo todo antes de que ocurra. Y, efectivamente, lo sabe.

—¿Qué ha pasado con tu madre?

Jimena suelta un suspiro, desviando la mirada hacia las excavadoras.

—Ha rechazado la propuesta de impacto mínimo. Me ha exigido que se lleve a cabo el proyecto original, caiga quien caiga.

La expresión de Carme se endurece al instante.

—Ya. Esa mujer tiene el corazón de piedra. No me sorprende.

—Quiero presentar el proyecto alternativo directamente a los inversores, pero necesito calcularlo todo de nuevo para convencerlos con el bolsillo.

Carme se cruza de brazos, pensativa, mirando de reojo las máquinas que rugen a pocos metros.

—A ver... casualmente la maquinaria no es que esté al cien por cien comprobada. Estas cosas llevan más tiempo que dos semanas —comenta Carme con una sonrisa cómplice—. Y creo que uno de los proveedores ha tenido un «problema» que nos podría retrasar tres o cuatro días más.

Jimena siente que se le quita un gran peso de encima.

—Gracias, Carme. Te debo una de las grandes.

Carme se encoge de hombros con una sonrisilla pícara, ladeando la cabeza mientras la mira con curiosidad.

—No lo hagas todavía. Pero dime una cosa... ¿este empeño repentino por salvar la ría tiene que ver con cierta bióloga marina y capitana?

Jimena carraspea, sintiendo de nuevo ese delator rubor escalándole por el cuello, y empieza a buscar con la mirada entre la gente del muelle para esquivar la pregunta.

—¿Has visto a Mar por aquí cerca?

Carme suelta una risotada.

—No la he visto, pero el Brétema suele amarrar sobre esta hora en el pantalán sur.

—Gracias. ¡Te quiero! —le grita Jimena mientras empieza a correr en dirección al muelle, esquivando a un operario que carga unos tablones de madera.

Carme se queda mirándola marchar con una sonrisa ancha y divertida, sacudiendo la cabeza mientras murmura para sí:

—Ay, esta chica de ciudad... quién te ha visto y quién te ve, Jimena.

Capítulo 14

Mar Sotomayor recorre el muelle a paso rápido y sin un rumbo fijo. Sus botas repiquetean contra el suelo, guiándola por inercia hacia el pequeño edificio de la cofradía de pescadores. Es su santuario particular, el único lugar capaz de poner un poco de orden en el torbellino que le ruge dentro de la cabeza.

Sin embargo, y al entrar, evita el despacho principal. No tiene el cuerpo para llamadas impertinentes ni para informes burocráticos que solo conseguirían rematarle el humor. Cruza el pasillo directo al almacén de muestreo ambiental. Allí la reciben varias estanterías que se alzan hasta el techo, abarrotadas de cajas perfectamente rotuladas. En una esquina, reposan las viejas cartas náuticas de papel amarillento, un recordatorio a la historia de la ría y ese lugar.

Mar se encarama a un taburete para buscar la red que siempre esconde en una de las cajas y empieza a remendarla con cariño. Su abuela Aurora siempre le repetía que zurcir redes de pesca es el mejor bálsamo para amansar el pensamiento. Punto. Nudo. Tensar con fuerza. Otro punto más. Sus dedos, curtidos y ágiles, avanzan sin necesidad de que los ojos los guíen. Lo malo es que, cuando las manos se ponen en piloto automático, el cerebro se toma la total libertad de dar vueltas en círculos sobre las mismas malditas obsesiones que la atormentan.

Y la obsesión principal tiene un nombre que no puede sacarse de la cabeza: Jimena Alarcón.

—Pues vaya mierda... —masculla para sus adentros, tirando del cabo—. No sé para qué vengo si no voy a tener ni un poco de paz.

—Ah pues sí que han acertado y estabas aquí. Este será un sitio pequeño, pero no había forma de encontrarte.

Mar da un respingo al escuchar la voz. Levanta la cabeza y ve a Jimena, recortada contra la luz menguante con el pecho subiendo y bajando a toda prisa. Sí, ha seguido evitándola a toda costa.

Sin esperar a que Mar recupere el habla, Jimena entra al almacén, con una carpeta en mano.

—Necesito que me ayudes con algo —suelta la arquitecta, clavándole una mirada intensa.

La capitana se toma su tiempo, y la recorre de arriba abajo con una ceja alzada.

—Por lo menos podrías tener la decencia de saludar antes de avasallar al personal, digo yo —replica Mar, arrastrando las palabras.

Jimena frena en seco y entreabre los labios, descolocada por el contraataque. Durante un segundo parpadea, dándose cuenta de que ha entrado como un elefante en una cacharrería.

—Perdón —murmura Jimena—. Tienes razón, ¿cómo te ha ido estos días?

La pregunta suena tan cómicamente formal y protocolaria que Mar se tiene hasta que reír. Después, deja el taburete y se planta de pie a escasos centímetros de Jimena.

—Mira, Jimena... —sisea Mar, sosteniéndole la mirada—. Vete un poquito a la mierda.

«¿Y ahora qué he hecho yo?», piensa la arquitecta.

Mar la esquiva por la izquierda y casi corre para salir de ahí. Al pisar el muelle exterior, el aire fresco le azota la cara. Varias personas que charlan cerca de las lanchas giran la cabeza al oír la espantada; un par de marineros suspenden la conversación a medias para observar el espectáculo con disimulo y una pescadera se recoloca una caja bajo el brazo, frotándose las manos ante la que se avecina.

—¡Mar! —exclama Jimena, corriendo detrás de ella.

Pero la bióloga y capitana aprieta el paso, con la mandíbula rígida, la mirada al frente y los puños apretados dentro de los bolsillos de la chaqueta. No piensa dar el brazo a torcer tan fácilmente.

—¡Mar, joder, espera un segundo! —insiste la arquitecta.

Casi por instinto, Jimena estira el brazo y la sujeta por la muñeca derecha. Al sentir el calor de sus dedos sobre la piel, la capitana se gira sobre sus talones, encarándola con los ojos encendidos y el pecho subiendo y bajando a un ritmo de infarto.

—¿Pero de qué vas? —le espeta Jimena, tratando de recuperar el aliento tras la carrera—. Si estás de uñas con medio mundo, no lo pagues conmigo. Que yo sepa, no soy tu enemiga.

Mar baja la vista de forma inevitable hacia la mano de Jimena, que sigue rodeando su muñeca. La piel le quema bajo ese contacto. Jimena, al darse cuenta de la fijeza de su mirada, afloja los dedos, rozándole la cara interna de la muñeca antes de retirar la mano y dar un paso atrás. Mar se frota la zona disimuladamente, como si quisiera borrar el rastro de calor que le ha dejado.

—Pues ese es el problema. Que tú eres precisamente mi mayor complicación —suelta Mar.

Jimena arruga la frente, cruzando los brazos sobre el pecho mientras sujeta la carpeta.

—¿Pero qué narices he hecho yo ahora?

—¡Con tu presencia basta! —estalla Mar con una risa amarga y ahogada—. Ahora todos en este maldito puerto murmuran que estoy a favor del resort. Que me he vendido. Y lo que es peor... que me he vendido a ti.

Jimena se queda de piedra. El enfado que creía ver en Mar se desmorona en un segundo, revelando debajo un agotamiento extremo, miedo a perder la confianza de su gente y un brillo húmedo y cristalino en esos ojos que a Jimena le parecen una tempestad.

Mar desvía la mirada hacia el horizonte para evitar que una lágrima traicionera se le escape delante de la mitad de sus vecinos. A Jimena se le encoge el corazón y el impecable discurso que traía preparado se disuelve como un azucarillo en un mar de café.

—Es lo último que quería provocar —le confiesa Jimena—. Te lo digo de corazón.

La capitana suelta un resoplido, clavando de nuevo sus ojos en ella, buscando cualquier doble fondo en sus palabras. Pero no encuentra nada más que una verdad arrolladora que la asusta de lo mucho que la atrae.

—Pues lo has bordado, Alarcón. Porque hasta Roi me odia ahora mismo —murmura Mar.

—Eso es porque no saben que en realidad quiero ayudar —rebate Jimena—. ¿Y si buscamos un sitio tranquilo para hablar de esto? Sin que medio pueblo nos use de entretenimiento.

Mar se muerde el labio inferior, indecisa. Su parte racional le grita que huya a su barco y se encierre, pero su cuerpo entero le pide a gritos quedarse cerca de esa mujer que la vuelve loca. Antes de que pueda responder, una voz enérgica rompe la burbuja.

—¡Mar! ¡Por fin te encuentro! —brama Noa a lo lejos.

Ambas se separan un palmo con rapidez. Noa avanza por el paseo marítimo, cargada con una carpeta archivadora de dimensiones épicas, unas gafas de sol que se sostienen de milagro en su melena revuelta y una energía arrolladora. Al ver a Jimena pegada a la bióloga, reduce la marcha.

—Uy... ¿Interrumpo algo?

Mar suelta una bocanada de aire y se pasa una mano por la frente.

—¿Qué es lo que quieres, Noa?

Jimena, que está en silencio, se queda mirando a la ambientóloga y una bombilla gigante se enciende en su cerebro. «Así es cómo voy a conseguir convencerlos», se dice. Una sonrisa enorme y deslumbrante ilumina el rostro de la arquitecta.

—¡Déjala, las dos me venís de perlas! —exclama Jimena, dando una palmada al aire.

La ambientóloga mira a Mar y luego de vuelta a Jimena, rascándose la nuca.

—A ver, que me entere. ¿Alguien me pasa el guion de la película?
—pregunta Noa.

Mar se cruza de brazos y mira a la arquitecta.

—¿Vas a soltar ya qué estás tramando? Porque te advierto que no estoy para tonterías —inquieta Mar.

Jimena toma aire, y las mira a las dos. Son el equipo perfecto para ganarle la partida a su madre.

—Vamos a un sitio tranquilo, por favor —propone de nuevo Jimena—. Tengo una propuesta sobre la mesa que va a cambiar las reglas del juego para todos.

Capítulo 15

—¡Hombre, Mar! Ya era hora de que aparecieras.

El local, conocido como A Taberna do Porto, conserva ese encanto imposible de imitar que solo poseen los negocios familiares levantados décadas antes de que alguien pronunciara palabras como branding o experiencia gastronómica. En las paredes, decenas de fotografías amarillentas de pesqueros sorteando temporales, regatas legendarias y marineros de mirada noble posando junto a capturas imposibles observan el presente como mudos guardianes de una identidad que se resiste a desaparecer.

Jimena Alarcón se detiene un segundo justo al cruzar el umbral, entornando los ojos para absorber cada rincón. Nada de esto encaja con los restaurantes minimalistas, de diseño y atmósfera gélida, donde suele cerrar contratos en la ciudad. Sin embargo, la calidez que emana de estas paredes le acaricia la piel de una forma deliciosa.

Mar ni siquiera se molesta en preguntar si hay sitio libre, levanta dos dedos hacia el dueño. Xosé, tras la barra de madera, asiente al momento con una sonrisa cómplice.

—¿Está libre el rincón de siempre, Xosé? —pregunta Mar.

—Para ti, siempre —responde el tabernero, señalando con un gesto de cabeza un banco corrido de madera junto a una ventana.

Noa es la primera en dejarse caer en el asiento, soltando un suspiro que le recorre el cuerpo entero mientras estira las piernas por debajo de la mesa.

—Si me dais de cenar antes de que empiece la charla, juro que os pongo un monumento —bromea.

Jimena sonríe y se sienta frente a Noa, alisándose la blusa.

Mar, sin embargo, se queda un instante de pie. Sus ojos recorren la figura de Jimena, deteniéndose en la curva de su cuello. Sigue sin entender del todo qué busca realmente esta mujer de ciudad, pero el magnetismo que ejerce sobre ella es innegable. Finalmente, Mar toma asiento frente a Jimena. Deja una distancia prudencial, un espacio de seguridad que intenta usar como escudo para protegerse de la incomprensible atracción que le despierta la arquitecta.

Un camarero joven aparece al instante, bolígrafo en mano y con la familiaridad grabada en el rostro.

—¿Lo de siempre? —pregunta, mirando a Mar.

—Sí, por favor, Emilio. —Mar desvía entonces la mirada hacia Jimena—. Y para ellas... ¿Os fiais de mi criterio?

Noa levanta las manos en gesto de rendición.

—Ciegamente. Como siempre.

Jimena arquea una ceja, apoyando los codos en la mesa y entrelazando los dedos. Una sonrisa juguetona dibuja una curva preciosa en sus labios.

—Teniendo en cuenta el café tan... «intenso» que me preparaste el otro día, fiarnos de ti es un deporte de riesgo —le espeta, entre bromas.

La bióloga resopla, conteniendo una sonrisa que amenaza con romper su fachada.

—Qué graciosa nos ha salido la señorita.

—Hago lo que puedo para adaptarme al terreno —replica Jimena, encogiéndose de hombros.

Durante un segundo infinito, las tres comparten una risa. Es un instante breve, pero el aire entre Mar y Jimena cambia. Cuando el camarero se retira, Jimena apoya las palmas sobre la madera gastada de la mesa. Inspira hondo, templando los nervios.

—Sé perfectamente que en este puerto se me ve como a la enemiga número uno —comienza Jimena, mirándolas a ambas con una sinceridad aplastante—. Y tenéis toda la razón para hacerlo.

El silencio se adueña de la mesa. Jimena baja la vista un instante hacia sus propios dedos, ordenando las ideas antes de volver a clavar sus ojos claros en los de Mar.

—Llegué aquí convencida de que el resort de mi madre era un proyecto modélico, sostenible y respetuoso. O al menos, eso me obligaba a creer para no perder la cabeza. Pero cuanto más miro esta ría, más claro tengo que es una aberración.

Mar no parpadea. Estudia cada respiración de Jimena, buscando un ápice de falsedad, pero solo encuentra una verdad que le encoge el pecho. Jimena continúa:

—He pasado las tres últimas noches destripando cada informe ambiental que me habéis hecho llegar y he encontrado. Especialmente los tuyos, Noa.

La ambientóloga se reclina en el banco, genuinamente sorprendida.

—¿Te has leído esos tochos enteros? —pregunta con escepticismo.

—Dos veces —confirma Jimena—. Y son demoledores. De hecho, me han abierto los ojos.

Noa se cruza de brazos, asombrada de que la arquitecta estrella se haya tomado el trabajo de analizar su labor científica con semejante respeto.

—Vuestro estudio sobre las corrientes demuestra que el espigón proyectado en nuestro proyecto inicial es una locura técnica.

Noa asiente despacio, asimilando que Jimena no habla por hablar.

—Por eso... Quiero proponeros una alianza real. Sin doble fondo.

Mar se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa.

—¿Una alianza? —repite con cautela—. Explícate.

—Esta mañana me he enfrentado a mi madre —les comunica Jimena—. Y he puesto mi carrera profesional en la cuerda floja por

hacerlo. Ella quiere levantar el complejo original sí o sí, sin cambiar una sola coma. Pero no voy a firmar ese desastre.

—¿Y qué tienes en mente exactamente? —pregunta Mar, sintiendo cómo el corazón le late con una fuerza inusual.

Jimena arrastra la libreta hacia el centro de la mesa, invitándolas a acercarse.

—Un concepto radicalmente opuesto —explica, trazando líneas con el dedo sobre el papel—. Un complejo integrado. Con movilidad interior cien por cien natural y el respeto absoluto a las zonas de reproducción que habéis cartografiado.

Noa se inclina sobre la mesa, con los ojos brillando de entusiasmo.

Mar interviene, midiendo las dificultades reales.

—No creo que vayan a aceptar perder la mitad del beneficio por amor al arte. O me equivoco.

Jimena esboza una sonrisa.

—Mi madre no, pero los fondos de inversión que financian el proyecto sí lo harán si les demostramos que la alternativa ecológica es más segura jurídicamente.

Noa arquea una ceja, interesada.

—¿Y cómo pretendes convencer a unos tiburones financieros?

—Con datos incontestables —responde Jimena—. Necesito que redactemos un informe técnico conjunto. Un dossier que fusione arquitectura, biología, impacto sedimentario y la viabilidad económica de la cofradía. Si les presentamos un bloque técnico sin ninguna fisura, ningún inversor con dos dedos de frente querrá arriesgar millones en un proyecto destinado a ser paralizado en los tribunales por delitos ecológicos.

Mar se descubre asintiendo, contagiada por la brillantez de la estrategia.

—¿Qué necesitarías exactamente de nosotras? —pregunta la capitana.

—Tus estudios, Noa. Y tu conocimiento de la costa, Mar — responde Jimena—. Nadie sabe cómo respira esta ría mejor que tú.

Mar baja la vista hacia los croquis de la libreta. Durante años ha luchado contra los gigantes desde la barricada. Jamás habría imaginado que la propia arquitecta del proyecto le pediría ayuda para salvar su ría.

—Carme va a conseguir una prórroga para atrasar el inicio de la obra —comenta Jimena, alzando la mirada—. Tendremos unos días más antes de que las excavadoras empiecen a trabajar. Y mi intención, es que lo hagan con un nuevo proyecto.

Noa es la primera en romper el silencio que sigue.

—Jimena... He de confesar que te tenía catalogada como una pija sin escrúpulos. Me alegra equivocarme.

Jimena rinde una media sonrisa, extendiendo la mano sobre la mesa.

—Tenías motivos para pensarlo. Pero quiero hacer las cosas bien.

Noa estrecha su mano con firmeza.

—Cuenta con mi cerebro. Me subo al barco.

Ambas se sonríen y luego dirigen la mirada hacia Mar. La capitana mantiene los brazos cruzados, saboreando el momento con parsimonia. Jimena contiene la respiración, temiendo que su orgullo tire todo por la borda. Tras unos segundos que se sienten eternos, Mar descruza los brazos y coloca su mano cálida y fuerte sobre las de ellas.

—No lo hago por ti, Alarcón —aclara—. Lo hago por la ría y por los marineros que se dejan la piel en ella.

Jimena aprieta el agarre de sus manos de manera sutil, permitiéndose un contacto que hace que a Mar se le acelere el corazón.

—Me parece el mejor motivo del mundo —responde la arquitecta.

Las tres retiran las manos despacio. El calor de la piel de Jimena se queda impregnado en la palma de Mar como una marca de fuego.

En ese instante de tregua, el camarero aparece con una bandeja colosal, rompiendo la marea de emociones con su energía arrolladora.

—¡Ya está bien de tanta reunión! Aquí se viene a disfrutar de la vida —anuncia Emilio, distribuyendo los platos.

La mesa se convierte en un festival gallego: una fuente de pulpo á feira humeante, espolvoreado con pimentón de la Vera; un plato de pimientos de Padrón fritos con sal gorda que aún chisporrotean; una tortilla de Betanzos dorada, de esas que al primer corte dejan escapar una yema líquida y untuosa; una cesta de pan de maíz denso y caliente, y una cazuela de zamburiñas gratinadas cuyo sofrito inunda el ambiente de ajo, perejil y vino blanco.

—Dios mío... —comenta Jimena, abriendo los ojos de par en par ante semejante festín—. ¿Todo esto para las tres?

Noa ya está trinchando el primer pimiento con los ojos brillantes.

—Salvar la ría quema muchas calorías, Jimena —bromea.

Mar esboza una sonrisa burlona, cortando un trozo de pan con las manos. Mientras tanto Emilio les llena tres vasos de Albariño bien frío.

—Cortesía de la casa. Y no quiero ver ni una gota al terminar.

*

Durante la siguiente hora, el vino obra su magia y la conversación fluye entre risas y anécdotas de mar. Noa da buena cuenta de las zamburiñas mientras Jimena saborea cada bocado de pulpo, gesticulando con deleite.

—Está increíble —admite la arquitecta, saboreando el marisco—. De verdad, creo que nunca he comido algo con esta textura y este sabor.

Mar la observa mientras bebe un sorbo de vino. Jimena se mueve con una elegancia que contrasta con la rudeza de la taberna, pero se adapta al entorno con una soltura que a Mar le resulta fascinante.

Cuando sobre la mesa solo quedan las conchas vacías y las migas de pan, Noa mira su reloj con un bufido de resignación.

—Me tengo que marchar ya si quiero procesar los datos de las mareas antes de que amanezca.

—Y yo tengo que tantear el terreno con la cofradía —añade Mar, dando un último trago a su copa.

Noa arquea una ceja.

—¿Crees que te escucharán sin lincharte por colaborar con el enemigo?

Mar suelta una risa seca, desprovista de humor, pero llena de carácter.

—Escucharme, me escucharán. Otra cosa es que decidan tirarme de cabeza al mar por aliarme con ella.

Jimena sonríe, y hay una nota de disculpa y admiración en su mirada que Mar capta al vuelo.

—Bueno, haced el favor de no mataros mientras yo no esté, ¿entendido?

—Haré un esfuerzo sobrehumano —bromea Jimena con elegancia.

—Yo no prometo milagros —replica Mar con su habitual picardía.

Noa pone los ojos en blanco con una sonrisa.

—Ya me lo imaginaba. Buenas noches.

La campanilla de la puerta tintinea alegremente cuando Noa sale al muelle, dejándolas a solas. De repente, el silencio que se instala entre ellas es diferente. Ya no hay una tercera persona que amortigüe la intensidad de sus miradas. Jimena juega con el asa de su taza de

café, con las mejillas ligeramente encendidas por el Albariño y el calor de la conversación.

—Hay algo que no me cuadra de todo esto, Jimena.

La arquitecta da un sorbo, mirándola.

—Dispara.

—¿Por qué quieres ir en contra del proyecto original y de tu madre? ¿Qué te ha hecho abrir los ojos de verdad?

Jimena guarda silencio durante unos instantes, acariciando el borde la taza. Sabía que esta pregunta llegaría, pero no esperaba que responderla con total honestidad delante de Mar le resultara tan difícil.

—Porque estoy cansada —admite, y su mirada pierde por completo la altivez—. Llevo una década proyectando edificios que odio, solo porque es lo que vende la firma familiar. Me he pasado la vida vendiendo mi propio criterio a cambio de su aprobación.

Mar no la interrumpe.

—¿Quieres saber cuál fue mi proyecto de fin de carrera? —pregunta Jimena con una sonrisa melancólica.

La bióloga afirma con la cabeza, completamente intrigada.

—Un centro de interpretación del paisaje en los Picos de Europa. Un edificio enterrado en la ladera, integrado con la piedra, madera recuperada y energía geotérmica. Estaba diseñado para fundirse con la montaña, no para colonizarla. Me dieron matrícula de honor y una beca para irme a Finlandia a investigar la arquitectura ecológica.

—¿Y por qué no fuiste? —pregunta Mar con interés.

La sonrisa de Jimena se apaga por completo.

—Mi madre me dijo que los sueños no pagaban las facturas. Que, si quería heredar el estudio algún día, tenía que aprender a diseñar centros comerciales y hoteles de lujo que dieran rentabilidad. Y la escuché. Me dejé moldear por ella durante años hasta que me convertí en su clon.

Mar siente cómo sus palabras le golpean en el estómago. La presión familiar y las expectativas ajenas son un territorio que ella conoce demasiado bien.

—Mi padre siempre decía... —interrumpe Mar, trazando círculos invisibles sobre la madera de la mesa—, que un barco no puede navegar toda la vida siguiendo el viento de popa de los demás. Hay que aprender a gobernar el timón propio, aunque te pille la tormenta de cara.

Jimena la mira con ternura.

—Tu padre era muy sabio.

—Lo era —admite Mar con un nudo en la garganta—. Cuando mis padres murieron, sentí que tenía que calzarme sus botas para que el negocio no se hundiera. Roi era muy joven, la cofradía también dependía de nosotros y el barco necesitaba un capitán fuerte. Me esforcé tanto en ser como él, como mi abuela, que me olvidé de quién era yo. Tardé años en entender que no tenía que imitar a nadie. Solo tenía que ser Mar. Con mis dudas y mis propios aciertos.

Jimena se queda inmóvil, procesando la confesión de la capitana. Aquí están, dos mujeres desnudando sus almas en el rincón de una taberna.

—Parece que ambas hemos estado viviendo para complacer las expectativas de otros —comenta Jimena.

Mar asiente despacio, fijando sus ojos en los labios de la arquitecta.

—La diferencia es que tú tienes la oportunidad de virar el timón. Yo ya elegí mi rumbo.

—Cuando pisé este pueblo, pensaba que este resort sería el trofeo que consagraría mi carrera ante mi madre. Ahora... solo quiero que sea el primer proyecto del que me sienta verdaderamente orgullosa. Un proyecto que proteja lo que tú tanto amas aquí.

Mar la observa durante unos segundos que se dilatan en el tiempo. Ya no ve a la intrusa de trajes caros; ve a una mujer valiente,

sincera y que esconde una soledad parecida a la suya. Sin darse cuenta, una sonrisa inusualmente dulce se dibuja en el rostro de la capitana.

—Pues trabajemos duro para conseguirlo.

Capítulo 16

La habitación del hostel está en penumbra, solo iluminada por la luz anaranjada de una farola del puerto que se filtra entre las cortinas entreabiertas. El aire huele a sal, a madera y al propio aroma de sus cuerpos. Jimena está arrodillada sobre la cama, completamente desnuda, con el pecho aplastado contra el colchón y la cara hundida en la almohada de nuevo. Mar la penetra por detrás con un ritmo profundo y posesivo, sujetándola con fuerza por las caderas mientras toma el control.

Jamás pensó que verse así de sumisa, iba a gustarle tanto.

Cada embestida hace que el cuerpo de Jimena se sacuda hacia delante. Sus gemidos quedan ahogados contra la almohada, que muerde con fuerza entre los dientes, mientras Mar gruñe por lo bajo, con la voz ronca de deseo. Sus manos se clavan en la carne de las caderas de la arquitecta, atrayéndola hacia sí con cada golpe de pelvis. Los dedos de Mar entran y salen húmedos, empujando hasta el fondo, haciendo temblar todo el cuerpo de Jimena.

—Joder, Jimena... así, córrete —murmura Mar entre dientes, sin dejar de penetrarla con fuerza.

Jimena solo puede gemir. Siente las tetas aplastadas contra las sábanas, los pezones duros rozando la tela, y el clítoris hinchado. Mar se inclina sobre ella, cubriendo su espalda y le muerde el hombro con fuerza antes de susurrarle al oído, sin dejar de follarla:

—¿Te gusta que te lo haga así, eh?

Jimena asiente desesperada contra la almohada. Un gemido largo y ahogado sale de su garganta cuando Mar acelera el ritmo, follándola más rápido. El sonido húmedo de sus cuerpos chocando llena la habitación. Mar desliza una mano por debajo del cuerpo de Jimena y le

pellizca un pezón, tirando de él mientras sigue embistiéndola. Con la otra mano le agarra el pelo y tira hacia atrás, obligándola a levantar la cara de la almohada.

—Quiero oírte —ordena—. Dime a quién pertenece este coño.

—A ti... joder, Mar... es todo tuyo —jadea Jimena, con la voz rota de placer.

Mar sonríe con satisfacción y la suelta, dejando que Jimena vuelva a hundir la cara. La capitana se incorpora un poco, sujetándola por la cintura con ambas manos, y empieza a follarla con estocadas largas y poderosas, saliendo casi por completo para volver a hundirse en ella hasta el fondo. Cada vez que entra, Jimena siente cómo se abre para ella, cómo su cuerpo la acepta por completo, caliente y resbaladizo.

—Así... así... no pares —suplica Jimena.

Mar le da una palmada fuerte en el culo, luego otra, y otra más. La piel de Jimena enrojece bajo sus manos mientras la capitana gruñe de placer al ver cómo tiembla su carne con cada impacto.

—No sé cómo lo has conseguido, pero... me vuelves loca —dice Mar, acelerando todavía más el ritmo.

El sudor resbala por la espalda de ambas. Jimena tiene los nudillos blancos de tanto apretar las sábanas. Siente que está al borde. Mar lo nota en cómo el coño se le contrae. Desliza una mano hacia delante y le frota el clítoris hinchado, en círculos rápidos.

—Aguanta un poco, arquitecta —le ordena Mar, ralentizando el ritmo solo para torturarla—. Quiero que te corras cuando yo te diga.

Jimena solloza de placer, mordiendo la almohada con fuerza. Su cuerpo tiembla, al límite. Mar sigue follándola, rozando todos los puntos sensibles dentro de ella. Le separa más las rodillas con las suyas, abriéndola completamente, y vuelve a penetrarla con fuerza.

—Ahora —gruñe Mar—. Córrete para mí.

Jimena estalla, y el orgasmo la atraviesa como un relámpago. Grita contra la almohada. Su coño se contrae violentamente alrededor

de los dedos de Mar, que sigue follándola sin piedad mientras dura el clímax. Las piernas de Jimena tiemblan sin control. Mar la sujeta con fuerza para que no se desplome.

—Eso es... —susurra Mar, sin dejar de moverse dentro de ella, alargando el placer.

Cuando los espasmos de Jimena empiezan a calmarse, Mar sale de ella lentamente. La gira con facilidad y la coloca boca arriba. Jimena tiene los ojos vidriosos, las mejillas enrojecidas y los labios hinchados de tanto morder la almohada. Mar se tumba sobre ella, besándola con hambre, mordiéndole el labio inferior y metiéndole la lengua.

Baja por su cuerpo, besando y mordiendo cada pedazo de piel que se encuentra: cuello, clavícula, el hueco entre sus pechos... Se detiene en sus pezones, chupándolos con fuerza, tirando de ellos con los dientes y luego lamiendo en círculos lentos. Jimena arquea la espalda, gimiendo, y le agarra la cabeza para apretarla más contra su pecho. Mar continúa bajando, dejando un rastro de besos húmedos por su vientre hasta llegar a su coño empapado y sensible.

Sin darle tregua, Mar le separa los muslos con las manos y hunde la cara entre sus piernas. La lame con avidez, saboreando su corrida, metiendo la lengua dentro de ella y luego subiendo a chuparle el clítoris. Jimena enreda los dedos en el pelo corto de Mar, tirando de él mientras gime sin control.

—Mar... joder... sí... ahí.....

Mar gruñe contra su sexo e introduce dos dedos. La folla mientras le chupa el clítoris sin piedad. Jimena se retuerce, pero Mar la sujeta por las caderas, inmovilizándola contra la cama.

—No, no. Pienso arrancarte otro gemido —dice, antes de continuar.

Y lo hace. El segundo orgasmo llega más rápido, más intenso. Jimena grita, arqueándose, apretando la cabeza de Mar contra su coño mientras se corre en su boca. Mar no para hasta que Jimena queda temblando, exhausta.

Solo entonces Mar sube y la besa, compartiendo su propio sabor. Jimena la recibe con desesperación, clavándole las uñas en la espalda.

Mar sonríe y se tumba de espaldas, abriendo las piernas. Jimena no necesita más invitación. Se arrastra hacia abajo y empieza a devorarla con ganas. Primero lame su coño, de abajo arriba, saboreando sus jugos. Luego se concentra en el clítoris, chupándolo con suavidad al principio y después con más fuerza, usando la punta de la lengua para trazar círculos rápidos. Mar gruñe, sujetándole la cabeza con una mano mientras mueve las caderas contra su boca.

Jimena introduce la lengua y sus dedos, follándola con ritmo constante.

—Más fuerte —exige Mar.

Jimena acelera el movimiento de los dedos y le chupa el clítoris con fuerza, succionando y lamiéndolo a la vez. La capitana se corre con un gemido ronco, apretando los muslos alrededor de la cabeza de Jimena y empujando hacia arriba, mientras Jimena sigue lamiendo hasta que Mar la tira hacia arriba, jadeando.

—Eres una puta delicia, Jimena Alarcón —le dice en medio de una sonrisa.

Un segundo después, desliza la mano entre las piernas de Jimena otra vez, encontrándola todavía húmeda y sensible. La acaricia con lentitud, rozando el clítoris con la yema de los dedos.

Mar se incorpora y se coloca entre sus muslos. Guía su mano hacia ella y vuelve a penetrarla, esta vez más despacio. Empieza a moverse con embestidas largas y profundas, mirándola a los ojos. Jimena le rodea la cintura con las piernas y le clava las uñas en los hombros.

—Así... más despacio... —susurra Jimena—. Quiero sentirte un poco más.

Mar obedece un momento, follándola con un ritmo deliberado, casi perezoso, mientras baja la cabeza y le chupa un pezón. Luego cambia el ángulo, levantando las caderas de Jimena con las manos para encontrarse en su interior con más profundidad. Jimena gime más alto.

Mar saca sus dedos casi por completo y los vuelve a meter de un solo golpe. Repite el movimiento varias veces, y cada vez Jimena se estremece. Luego se detiene, todavía dentro, y le frota el clítoris con el pulgar.

Jimena se corre con un gemido, contrayéndose alrededor de ella, mientras Mar se corre también por la propia excitación, jadeando contra el cuello de Jimena. Después de unos segundos se tumba a su lado, pero no la suelta. Pasa una pierna sobre la de Jimena y le acaricia el vientre. Besa su frente, luego sus labios y sonríe mirándola a los ojos.

—¿Crees que podrás seguir despierta un poco más? —le pregunta Mar, pegada a sus labios.

—Puedes probarlo.

Y Jimena, mordiéndose el labio, se deja llevar.

Capítulo 17

Mar empuja la puerta de casa con las llaves tintineando en la mano. Entra con la firme convicción de encontrarse la vivienda desierta, dispuesta a darse una ducha rápida y camuflar las pruebas de su noche de desenfreno, pero el destino tiene otros planes. Y esos planes tienen nombre de hermano sumamente cabreado.

La cocina la recibe inundada por una luz dorada y cálida que atraviesa las cortinas de cuadros azules, aquellas que su abuela Aurora defendió con uñas y dientes y que jamás permitió cambiar. La vieja alacena de castaño sigue presidiendo la estancia, imponente y con ese olor a hogar de siempre. Y sobre la robusta mesa descansan dos tazas de café humeante que desprenden un vapor que grita: «se viene interrogatorio».

Roi tiene los brazos cruzados sobre el pecho y unas ojeras de campeonato. Ni siquiera levanta la cabeza al escuchar el sonido de la puerta. Solo se limita a remover el café con una parsimonia.

—¿Dónde narices has estado toda la noche? —inquire su hermano.

Mar arquea una ceja, adopta su postura de capitana al mando y sostiene la mirada de su hermano antes de coger la taza y sentarse frente a él. El aroma intenso del café le llega con ese sutil toque de canela que Roi siempre le pone, arrancándole una sonrisa involuntaria.

—Vaya, has aprendido a pillarle el punto mejor que yo —comenta Mar, intentando desviar los cañones hacia un terreno menos peligroso.

—No me cambies de tema, Mar —responde Roi con sequedad. Después, deja la cucharilla a un lado y se inclina hacia delante, acortando distancias—. No me hace ni pizca de gracia.

Mar apoya la espalda contra el respaldo de la silla, que protesta bajo su peso.

—Por si se te ha olvidado, soy bastante grandecita. Tengo una edad, un barco y las ideas muy claras. Puedo hacer con mi vida lo que me venga en gana sin tener que rellenar un parte de novedades cada vez que salgo por la puerta.

—Eso ya lo sé —escupe él, aunque el vaivén de su pie bajo la mesa demuestra que no lo entiende demasiado—. Pero te he llamado y no ha habido manera. Estaba preocupado.

—Tenía el móvil en silencio, se me pasó por completo —explica Mar, mientras le da un sorbo al café, dejando que el líquido le entibie la garganta—. Estoy aquí, entera, sana y salva.

—No juegues conmigo —insiste Roi.

—Estoy hablando en serio —replica su hermana.

—Pues no lo parece. —Roi le da un sorbo al café—. También llamé a Carme, y no tenía idea de donde estabas.

—Veo que has estado jugando a los detectives —suelta ella con un bufido.

Mar resopla. No le molesta el instinto de protección de su hermano, sino la rapidez con la que las piezas encajan en un lugar tan pequeño.

—O sea, que el runrún que corre por el muelle es verdad. Has pasado la noche con esa mujer. Otra vez —suelta Roi. Hay un deje tan despectivo en la palabra «esa» que Mar se eriza al instante.

—Esa mujer tiene un nombre y se llama Jimena —lo frena Mar.

—Eso me importa una mierda.

—Pues a mí no —le espeta Mar, se cruza de piernas y le pega otro sorbo al café, desesperando enormemente a su hermano—. Y a partir de ahora, vas a hablar de ella con respeto. ¿Te queda claro? Quiero que dejes de tratarla como si fuera el demonio en persona cuando ni siquiera te has sentado a hablar con ella —lo ametralla.

—¿Y tú sí la conoces tanto como para poner las manos en el fuego con lo que está haciendo?

Mar duda un par de segundos. Una milésima de segundo de vacilación que para Roi es una confesión en toda regla. Su hermano tuerce el gesto, sacando conclusiones a la velocidad de la luz.

—Lo suficiente —sentencia ella con la barbilla en alto.

Él suelta una carcajada.

—Ya veo. Claro que sí. Seguro que metiéndote en su cama todos estos días has tenido tiempo de repasar todos sus antecedentes y comprobar lo buena persona que es —dispara el dardo.

Mar no se mueve un milímetro. No parpadea, no se sonroja ni siente la más mínima necesidad de pedir perdón por lo que ha disfrutado entre sábanas ajenas. Lo único que le escuece, y le escuece de verdad, es el tono de desprecio con el que su propio hermano la está juzgando.

—¿Esa es la opinión que tienes de tu hermana? —pregunta Mar, apretando con fuerza la taza de café.

Roi la mira, incómodo, aunque la tensión no abandona sus facciones.

—No —admite a regañadientes—. Sabes que no.

—Entonces cuida la lengua y mide cómo me hablas —le advierte Mar, con los ojos entrecerrados.

—¿Y tú has medido las consecuencias de lo que has hecho? —contraataca él, recuperando el terreno perdido.

Mar le sostiene la mirada. No va a bajarse los pantalones ni va a mentirle. Jamás lo ha hecho.

—Sí. Sabía perfectamente lo que hacía —responde Mar con una sobriedad aplastante—. Pero deberías de darme un voto de confianza, ya me conoces lo suficiente, ¿no?

—¿Confianza? —Roi suelta una carcajada incrédula y se revuelve el pelo con desesperación—. Mar, llevamos meses luchando contra la

construcción de ese maldito resort, y tú vas y te lías con la arquitecta jefe del proyecto. ¿Cómo pretendes que reaccione?

—No lo reduzcas todo a eso, Roi. Las cosas no son blancas o negras —pide Mar.

—¿Pues cómo quieres que lo vea entonces?

Mar se toma un respiro, llena los pulmones de aire y continúa:

—Te voy a repetir palabra por palabra lo que también le dije a Anselmo. No tenemos el poder para frenar esto. El resort se va a levantar.

—Eso lo dirás tú —la interrumpe Roi con la terquedad grabada en la frente.

—No, lo dicen los visados del colegio de arquitectos, las licencias aprobadas, los informes medioambientales que han trampeado y una inyección de millones frente a la que un ayuntamiento de pueblo no puede hacer absolutamente nada. Peleamos contra gigantes, Roi.

—Siempre hay resquicios —insiste su hermano, obcecado.

—Sí —asiente Mar, inclinándose hacia delante—. Y eso es exactamente lo que estoy intentando hacer. Jimena está dispuesta a reconstruir el proyecto.

—Ya, claro. Porque te lo ha susurrado al oído entre beso y beso —desconfía Roi con una mueca de escepticismo.

Mar entorna los ojos, respira hondo y cuenta hasta tres antes de cometer un fratricidio.

—No mezcles las churras con las merinas, porque no tiene absolutamente nada que ver —le espeta Mar—. Esa mujer se está jugando el cuello plantándole cara a su propia madre para salvar la ría y respetar el entorno.

—¿Y tú muerdes el anzuelo así, sin más? —inquire Roi, negando con la cabeza. Sí, está decepcionado—. De verdad que no te reconozco.

Mar aprieta las manos sobre la mesa, entrelazando los dedos.

—Escúchame una cosa —le pide su hermana, dejando paso a una seriedad descarnada—. Lo fácil, lo que harían todos, sería seguir pegando gritos en la plaza, pancarta en mano, organizar cuatro caceroladas, encadenarnos a una grúa y acabar en el calabozo viendo cómo el dinero pasa por encima de nosotros igualmente.

Roi se queda mudo, encajando el golpe de realidad.

—Lo difícil es poner los pies en el suelo, asumir que la partida está empezada y jugar las cartas que tenemos para que el destrozo sea el mínimo posible —continúa Mar, con los ojos encendidos—. Eso no es rendirse, Roi. Eso es ser inteligentes. En una hora nos vemos con Noa y con los de la cofradía. Vamos a elaborar un informe técnico alternativo para obligar a los inversores a aceptar los cambios. Así que, deberías dejar de odiarme por esto.

Por primera vez desde que las máquinas pisaron el pueblo, ambos se dan cuenta de que la discusión ha dejado atrás el hormigón y los planos. Están intentando averiguar si, después de quedarse solos en el mundo, todavía recuerdan cómo remar a la par.

Roi clava los ojos en el fondo de su taza de café, ya frío, buscando una respuesta que se le resiste. Y Mar no le mete prisa. Conoce al dedillo los silencios de su hermano; sabe que cuando se calla de esa manera es porque sus neuronas están haciendo horas extras para encajar las piezas.

—Yo no te odio —suelta su hermano, rompiendo la tensión—. Es que... me da una rabia tremenda ver que todo lo que conocemos se va a la mierda poco a poco. Que las cosas cambien tanto.

Esa frase, dicha con la guardia baja y sin un ápice de rencor, cala mucho más hondo que cualquier grito. Mar observa a su hermano, y lo ve. Es el mismo Roi que intentaba hacerse el duro el día que enterraron a su abuela. El mismo chaval que juraba que no pasaba nada mientras las noches se le hacían un mundo en esa casa inmensa para dos huérfanos.

—Con ellos todo era más sencillo —murmura Roi con los ojos brillantes.

—Yo también los echo de menos —sonríe Mar—. ¿Te acuerdas de cuando le birlaba las llaves del Brétema a papá para obligarle a quedarse en tierra los domingos? —rememora después con un brillo tierno en los ojos.

Roi se echa a reír de verdad, y su cara parece rejuvenecer cinco años de golpe.

—¡Buah! Y el viejo se tiraba una hora jurando en arameo por todo el puerto, convencido de que algún gracioso se las había mangado. Hasta que aparecías con cara de santa diciendo que las habías encontrado metidas en el bote de las pinzas de la ropa.

Mar se pone en pie sin mediar palabra y se encamina al viejo aparador del salón. Abre el cajón de abajo, aparta con cuidado los manteles doblados y rescata un álbum de fotos con las tapas de cuero ya cuarteadas por el paso del tiempo. Lo coloca sobre la mesa como si fuera una reliquia y su hermano Roi esboza una sonrisa melancólica.

—Madre mía, hace un siglo que no tocamos esto.

—Demasiado —asiente ella, tomando asiento de nuevo.

Las hojas desprenden ese olor dulzón e inconfundible a papel viejo cuando Mar las va pasando con delicadeza, una a una. Las primeras capturas muestran pasajes que apenas conserva en la memoria. Una Aurora jovencísima, subida a un pesquero con un impermeable amarillo tres tallas más grande y una sonrisa de comerse el mundo mientras sostiene una lubina.

—Mírala qué planta tenía la abuela —susurra Mar, acariciando el papel con la yema del dedo—. La primera mujer patrona de la cofradía... y todavía tenemos que aguantar a cuatro cavernícolas diciendo que las mujeres en el mar solo traemos mala suerte o que no pintamos nada.

—Si la abuela levantara la cabeza y los oyera... —comenta Roi.

—Les cruzaba la cara, fijo —remata Mar, y los dos comparten una risa cómplice.

Siguen pasando páginas. Ahí aparece Xoán, con treinta y pocos años, el pelo negro alborotado por el viento del norte y una barba de

varios días. Lleva a una Mar de apenas seis años a caballito sobre los hombros, mientras la niña intenta aferrarse a la rueda del timón con sus manitas.

Las siguientes páginas pasan volando: cumpleaños, Navidades ruidosas, veranos al sol, el Brétema luciendo pintura fresca, Roi sudando la gota gorda para aprender el nudo de ocho, Aurora limpiando percebes. Hasta que las fotos empiezan a escasear y el ambiente de las imágenes se vuelve más sobrio. La muerte de sus padres partió la línea temporal del álbum en dos.

Mar se detiene en una instantánea donde su abuela abraza con fuerza a los dos hermanos frente al portalón de la casa. Ella debía de tener unos diecisiete años; Roi apenas doce. Los dos fuerzan una mueca que intenta parecer una sonrisa.

—Estábamos hechos unos zorros —rememora Mar.

—Totalmente perdidos. Si es que no sabíamos ni cómo poner una puñetera lavadora —añade Roi con una sonrisa triste.

Mar se ríe entre dientes, espantando los fantasmas.

—La abuela siempre repetía que dos marineros capaces de desmontar un motor monocilíndrico no podían dejarse amedrentar por un electrodoméstico con botones.

—Y por su culpa inundamos la cocina entera —le recuerda él, dándole un codazo juguetón.

—Dos veces, si no recuerdo mal.

—Tres, no te quites méritos.

—Oye, que la tercera fue por tu empeño en meterle lavavajillas —bromea Mar, dándole una colleja—. ¿Sabes qué es lo único que me acojona de toda esta movida, Roi? —pregunta de sopetón, mirándolo a los ojos.

Su hermano se pone serio.

—Que llegue el día en que bajemos al muelle... y ya no seamos capaces de reconocer la ría que nos dio de comer.

El chaval baja la cabeza, clavando la vista en sus manos.

—A mí también me quita el sueño eso.

—Por eso me he metido en este jardín —explica Mar—. No porque Jimena me haya lavado el cerebro. Sino porque he abierto los ojos ante algo que me negaba a ver. Las obras van a arrancar, con nuestro permiso o a base de talonario y decretos. La única baza que nos queda es decidir cuánto terreno somos capaces de salvar.

Roi se queda pensativo unos instantes, dándole vueltas a la cucharilla.

—¿Tú de verdad crees que Jimena está dispuesta a morderle la mano a su propia madre por nosotros?

Mar rememora los momentos vividos con ella, y entonces, sonríe.

—Sí. Lo creo a pies juntillas.

—¿Y no te da pánico que te la juegue? —insiste Roi.

Mar se toma un segundo. ¿Miedo? Por supuesto. Muchísimo. Apostar por Jimena implicará poner sobre el tablero no solo el futuro de la cofradía, sino su propio corazón ante una mujer que acaba de aterrizar. Pero si algo sabe hacer es leer las corrientes.

—Nuestra abuela me enseñó que tener miedo es natural, pero dejar que el miedo maneje el timón es de cobardes.

Roi guarda silencio un momento, sopesando las palabras. Acto seguido, estira el brazo por encima del hule y le da un pequeño golpe con los nudillos en el dorso de la mano. Un código secreto que usaban de niños cuando querían firmar la paz sin tener que tragarse el orgullo de pedir perdón con palabras.

—¿Eso significa que la capitana vuelve a tener a su segundo de a bordo cerca?

Roi tuerce el gesto, haciéndose el interesante.

—Sigo pensando que liarte con la arquitecta es una maniobra bastante kamikaze y cuestionable, que lo sepas —suelta su hermano.

Ella suelta una carcajada.

—Gracias por el voto de confianza y la sinceridad, hermanito.

—Pero... —añade Roi, rascándose la nuca con cierta timidez—, también sé que eres incapaz de dar un paso importante si no es pensando en el bien de todos.

Mar se levanta de la silla, rodea la mesa en dos zancadas y le revuelve el pelo, justo como hacía cuando él era un chiquillo.

—¡Oye, para ya! —protesta Roi, intentando esquivar el ataque sin mucho éxito.

—Sigues teniendo el mismo pelo de erizo indomable —se mofa Mar, apartándose con una sonrisa de oreja a oreja.

Antes de recoger las tazas, posa la mano sobre el álbum, sintiendo el frío de las tapas como un ancla que la sujeta a la tierra.

—Te lo prometo —observa Mar—. No van a destrozar esta ría. Antes tendrán que pasar encima de mi cadáver.

Capítulo 18

El reloj del salón de plenos marca las doce y diez cuando Jimena Alarcón cruza la puerta del pequeño ayuntamiento. Lleva un tubo portaplanos bajo el brazo, el ordenador portátil colgado del hombro y una carpeta tan repleta de informes que parece un milagro que no estalle.

Esta vez, el ambiente es diferente. Le hubiera gustado tener a Hugo a su lado, pero este ha tenido que acudir a una reunión de última hora.

Jimena se recoloca la correa del bolso y respira hondo. Nota cómo el pulso se le acelera, pero enseguida se obliga a mantener la compostura.

Mar ya está allí, hablando en voz baja con Noa. El alcalde termina de colocar varias sillas alrededor de una mesa, mucho más grande que la del último encuentro. A un lado aguardan Anselmo y otros seis representantes de la cofradía, todos con las cejas levantadas y los brazos cruzados sobre el pecho. No faltan dos mariscadoras de mirada afilada, y una mujer que representa a la asociación de hosteleros. Jimena traga saliva. Esta la gente que realmente tiene algo tangible que perder.

—Buenos días a todos.

Mar levanta la vista en cuanto la escucha. No sonrío abiertamente, pero sus ojos grises, intensos y resueltos, le transmiten enseguida una tranquilidad muy necesaria mientras deja todo sobre la mesa.

—Bueno —comienza el alcalde, juntando las manos sobre la mesa—. Creo que ya estamos todos. Si os parece bien, podemos empezar la reunión.

El único sonido es el arrastre de las sillas y algún carraspeo cargado de escepticismo. Jimena permanece de pie. Mira uno por uno a todos los presentes e inspira profundamente, notando cómo los ojos de Mar siguen fijos en ella.

—Quiero empezar pidiéndoos disculpas —declara de inmediato. Pero nadie parpadea ni parece inmutarse—. Sé perfectamente cuál fue la impresión que di cuando llegué aquí por primera vez —continúa Jimena, dando un par de pasos alrededor de su silla—. Vine convencida de que traía el proyecto perfecto. Pensé que bastaba con cumplir una normativa medioambiental.

Una sonrisa amarga y autocrítica curva sus labios al recordarse a sí misma. Anselmo entorna los ojos, pero Jimena no rehúye el contacto visual; sostiene la mirada del viejo marinero con valentía.

—Pero desde que llegué aquí..., he conocido un lugar que merece muchísimo más respeto del que reflejaban mis planos —dice, con una sonrisa en los labios—. Ellas me han enseñado cosas que ningún máster de arquitectura ni ninguna escuela internacional podría hacer —añade, extendiendo la mano en un gesto abierto hacia Mar y Noa.

Noa baja discretamente la cabeza, mordiéndose el labio. Mar no hace nada, pero la fijeza de su mirada actúan como un escudo invisible para Jimena.

—He comprendido que esta ría no es únicamente un paisaje idílico para que los turistas saquen fotos bonitas y las suban a sus redes —explica Jimena con una convicción que le enciende las mejillas—. Es una forma de vida completa, un equilibrio delicadísimo construido a base de sudor durante generaciones. Y también es una responsabilidad que ahora entiendo que compartimos. Quiero dejar muy claro que reconozco mi arrogancia inicial. Y que, si luchamos juntos, todavía estamos a tiempo de cambiar este proyecto antes de que hayan consecuencias fatales.

Durante unos segundos, la sala se queda suspendida. La tensión es casi eléctrica.

—¡Vais a llenarnos de hormigón igualmente! —exclama un hombre desde el fondo, poniéndose en pie a medias y señalándola con

el dedo—. ¡Mucho ruido y pocas nueces!

Varios vecinos asienten con energía, rompiendo la tregua. Otro golpea la mesa con la palma abierta, haciendo saltar un bolígrafo.

—¡Eso es! Hoy prometéis el oro y el moro, y mañana vendrá otra empresa a traernos la realidad —añade un marinero con voz ronca.

—Los de la capital siempre os sabéis el discurso de memoria —interviene una de las mariscadoras, cruzándose de brazos con desdén.

Jimena encaja cada golpe sin alterar el gesto, asimilando los reproches porque sabe que tienen toda la razón del mundo para dudar. Justo cuando se dispone a abrir la carpeta para mostrar los cambios, Mar da un paso adelante con una determinación implacable. No necesita gritar; su sola presencia, firme y curtida por el mar, hace que el murmullo cese de inmediato.

—Escuchadla con atención, por favor —pide Mar, cruzando una mirada rápida con Jimena. Luego, se gira hacia los vecinos con las manos apoyadas en las caderas—. Si estoy aquí sentada a su lado no es porque me haya vendido ni porque haya dejado de querer esta ría. Es precisamente, por lo contrario: porque la quiero con toda mi alma.

Anselmo frunce el ceño y se remueve en su asiento, que cruje bajo su peso.

—Mar... —empieza a protestar, pero la capitana levanta una mano.

—Déjame terminar. Todos los que estáis en esta sala sabéis perfectamente que llevo media vida peleándome con empresas y políticos corruptos cada vez que alguien intenta ponerle un dedo encima a nuestra costa. Y lo volvería a hacer mañana mismo sin pestañear.

Hace una pausa, clavando sus ojos grises en cada uno de los hombres y mujeres de la cofradía.

—Pero también sé reconocer cuándo alguien cambia de verdad, desde dentro y con un par de narices.

Jimena baja la cabeza un segundo, sintiendo un nudo tremendo en la garganta. No se esperaba una defensa tan visceral y tan desinteresada por parte de la mujer.

—Los permisos de la Xunta están ahí —continúa Mar, endureciendo el tono—. Eso no va a cambiar por arte de magia. El resort se va a construir sí o sí, y lo hará en su forma original a menos que nosotros ofrezcamos una alternativa viable que la ley tenga que aceptar. Gritar con una pancarta desde la playa ya no es suficiente. Tenemos que meternos en los despachos y jugar con sus propias reglas para proteger lo que es nuestro.

La mujer de la asociación de hosteleros levanta la mano, dubitativa.

—¿Por qué deberíamos confiar en ella? —pregunta con franqueza.

Mar mira a Jimena de reojo, con una media sonrisa y un brillo en los ojos que roza el desafío.

—Porque ha sido la única persona vinculada a esa firma que ha tenido el valor de plantarle cara a su propia madre y convencer a quienes ponen el dinero de que haya un cambio real.

Anselmo entorna los ojos, resopla y apoya los codos en la mesa, evaluando la situación.

—Las palabras se las lleva el viento, Mar —sentencia el viejo pescador con prudencia.

—Por eso hemos traído toda la información posible, junto a los planos nuevos que yo misma he rediseñado —interviene Jimena, recuperando la iniciativa.

Abre la carpeta con decisión y comienza a repartir copias impresas a cada uno de los asistentes: planos detallados, estudios técnicos con gráficos de colores vivos y modelizaciones en 3D. Cuando todos tienen los papeles entre las manos, Jimena se inclina sobre la mesa.

—El proyecto original contemplaba más de ciento veinte apartamentos turísticos a pie de playa y en la zona de los acantilados —

anuncia, señalando el plano con la yema del dedo. Mar sigue el movimiento de su mano, y Jimena nota la cercanía de su cuerpo—. Pero ahora, toda esta franja costera pasará a convertirse en una zona de amortiguación ecológica protegida. Se conservará la vegetación y no cimentaremos justo en esa zona.

Pasa a la siguiente hoja, extendiéndola en el centro.

—Aquí tenéis el estudio hidrodinámico. Las corrientes de la ría mantendrán un intercambio de sedimentos vital para vuestros bancos. Con esta nueva propuesta, el riesgo se reduce a cero porque el espigón ya no se verá afectado.

Anselmo se recoloca las gafas de ver, analizando las líneas. El escepticismo inicial empieza a transformarse en una curiosidad inevitable.

—¿Y el puerto deportivo? —pregunta con voz queda, sin levantar la vista del papel.

—Solo permitiremos embarcaciones ligeras y de recreo sostenible —anuncia Jimena—. Nada de yates que alteren la paz y el fondo marino. Para eso, tendrán que buscarse otro lugar.

Noa aprovecha la situación para añadir:

—¡Y eso no es todo! Hemos metido en el dossier un sistema continuo de monitorización ambiental para que no haya trampa ni cartón —explica con una sonrisa de oreja a oreja—. Habrá sensores permanentes controlando la salinidad, el oxígeno y la calidad del agua en tiempo real. Los datos se volcarán en una pantalla pública aquí mismo, en el ayuntamiento, y en una web con transparencia total.

—¿Y quién nos asegura que la empresa no va a trucar esos sensores cuando les interese? —inquire una voz, desconfiado por naturaleza.

Jimena se gira hacia él, sosteniéndole la mirada con firmeza absoluta.

—Vosotros mismos. El proyecto incluye la creación de una comisión mixta vinculante: cofradía, técnicos municipales y

ambientólogos. Cualquier modificación o lectura sospechosa tendrá que pasar por ahí.

El silencio que sigue ya no es de rechazo. Roi, que ha estado callado observando el despliegue desde una esquina de la sala, da un paso al frente y se apoya en el respaldo de una silla.

—Por favor... —pide, atrayendo las miradas de todos—. Escuchad lo que os está diciendo.

Hace una pausa, mirando primero a Mar y luego a Jimena, dedicándole a esta última una sonrisa franca.

—Entiendo que lo fácil es cerrarse en banda, decir que no a todo y esperar a que vengan con las excavadoras a pasarnos por encima. Lo difícil, y lo que demuestra inteligencia, es conseguir que, ya que van a construir, se haga bajo nuestras condiciones y de una forma de la que no tengamos que avergonzarnos dentro de veinte años.

—¡Venga ya, Roi! ¿Ahora tú también le bailas el agua? —protesta un marinero, agitando los brazos—. ¡Os está comiendo la oreja con cuatro palabras bonitas!

—¡Los dos hermanos estáis perdiendo el norte! ¡Llevan casi dos semanas invadiendo nuestras tierras! —secunda otro, dando un puñetazo en su silla.

Roi ni se inmuta.

—No. Lo que me haría perder el norte de verdad sería quedarme cruzado de brazos viendo cómo deciden el futuro en los despachos de una multinacional sin que nosotros hayamos movido un dedo para defendernos.

Los murmullos vuelven a cruzarse, subiendo de intensidad. El ambiente amenaza con volver a encenderse, pero Noa suelta un sonoro carraspeo que corta las discusiones de raíz.

—A ver, que se nos está olvidando una parte muy jugosa de todo esto —interviene la chica, poniéndose en pie—. Siempre nos ponemos en lo peor, pensando en lo que nos van a quitar. ¿Pero y si pensamos en lo que les podemos obligar a ganar? ¿No os dais cuenta de la oportunidad que tenemos para mostrarles nuestra identidad?

Los vecinos la miran, desconcertados.

—Gastronomía gallega de verdad en sus restaurantes —continúa Noa, gesticulando con las manos—. Suministro de la lonja. Rutas turísticas guiadas por nuestras mariscadoras. Educación ambiental obligatoria para los clientes del resort. ¿Os imagináis lo que supondría que cada turista que pise este pueblo aprenda el respeto que cuesta sacar un percebe? ¿Que vean cómo funciona una subasta real? ¿Que entiendan el valor del pulpo?

Una de las mariscadoras, la más escéptica al inicio, esboza una sonrisa de medio lado, contagiada por la idea. Jimena mira a Noa, fascinada. Eso no estaba en los planes, pero de inmediato, se da cuenta de que es el alma que le faltaba al proyecto. Busca los ojos de Mar y descubre que la capitana ya la está observando con una sonrisa diminuta, casi íntima, que le acelera las pulsaciones.

—El turismo no tiene por qué ser una plaga que viene a hacerse la foto y a dejar basura —añade Mar, fijando su mirada gris en Jimena—. Puede ser una fuente de ingresos que se adapte a nuestra forma de vida, no al revés.

Anselmo se queda completamente inmóvil, procesando la avalancha de información. Da unos golpecitos con el dedo sobre el plano, se quita las gafas y mira fijamente a la arquitecta.

—¿De verdad vas a hacer todo esto o nos la vas a jugar en cuanto firmemos el papelito? —pregunta con gravedad.

—Estoy dispuesta a blindar cada uno de estos puntos bajo responsabilidad penal y contractual si es necesario. Pero los inversores solo entienden de números y viabilidad a largo plazo. Si les demostramos que este modelo alternativo evitará litigios judiciales y encima les lava su futura imagen pública..., os aseguro que firmarán lo que sea con tal de empezar a construir.

El alcalde, viendo la oportunidad de apuntarse un tanto histórico, interviene:

—Y el Ayuntamiento respaldará este dossier con un informe técnico favorable e institucional, Anselmo.

El viejo marinero pasea la mirada con lentitud por toda la sala. Se detiene en las mariscadoras, en los hosteleros, en Roi y en Noa. Finalmente, clava sus ojos en Mar con una intensidad casi paternal.

—¿Tú pondrías la mano en el fuego por ella? —pregunta, exigiendo una respuesta.

Mar sostiene el pulso de la mirada de su viejo amigo. La sala se queda en un silencio sepulcral. Jimena nota cómo el corazón le golpea el pecho con fuerza, esperando el veredicto de la capitana. Mar se toma un par de segundos, se humedece los labios y responde:

—Estoy dispuesta a caminar a su lado para que esto salga adelante. Y eso es exactamente lo que pienso hacer.

Anselmo deja escapar un suspiro larguísimo, liberando toda la tensión acumulada en los hombros.

—Está bien —concede, dejando caer las manos sobre la mesa—. Hagámoslo.

Los vecinos se miran entre sí, asimilando las palabras. Anselmo mira al resto de marineros uno por uno.

—Si nos va a tocar pelear por el futuro de nuestra ría... —sentencia con su habitual firmeza—, lo haremos juntos y con las cartas sobre la mesa.

Uno tras otro, los rostros de la sala comienzan a mudar el ceño fruncido por gestos de asentimiento.

Jimena expulsa el aire que parecía tener atrapado en los pulmones desde que entró al edificio. Aliviada, busca con la mirada a Mar. La capitana ya la está observando con intensidad.

La reunión se prolonga durante una hora más, convirtiéndose en un hervidero de preguntas técnicas, sugerencias ingeniosas y debates que limpian el aire viciado de la sala. Al final, cuando todos se levantan entre murmullos animados y despedidas informales, el ambiente es radicalmente distinto. La desconfianza se ha disuelto, dejando paso a un propósito compartido.

Mientras recogen los papeles esparcidos por la mesa, Mar busca a Jimena. Con un movimiento rápido y disimulado, sus dedos rozan la mano de la arquitecta.

—Lo hemos conseguido.

Jimena sonríe, ordenando los folios, reflejando el inicio de un pacto que no tenía idea de poder conseguir.

—Sí, parece que sí.

Capítulo 19

Cuando Jimena llega al puerto, el sol de la tarde derrama un resplandor dorado sobre las tablas de madera del muelle, transformando las aguas en una lámina de cobre líquido que ondula con suavidad. El Brétema se balancea con lentitud junto al pantalán, sujeto por sus gruesas amarras con esa tranquilidad engañosa que solo poseen los barcos veteranos, como si conociera cada secreto del mar y supiera guardar silencio ante las tormentas.

Mar Sotomayor ya está a bordo. Con una mano enguantada aparta unos cabos mientras revisa el nivel de combustible y organiza la documentación que necesitarán para la salida. Al levantar la cabeza, ve que Jimena ha cambiado por completo su arsenal de oficina. Atrás queda la blusa impecable, los tacones imposibles y los pantalones de pinzas. En su lugar, viste unos pantalones cargo de color arena, unas zapatillas de montaña visiblemente resistentes —seguro que no quiere revivir el último «incidente»— y una camiseta azul marino de manga corta que resalta el tono de su piel. Anudada a la cintura, también lleva una cazadora ligera junto a una mochila que cuelga de su hombro.

—Wow... Veo que la alta sociedad va aprendiendo cómo funcionan las aguas de verdad —comenta Mar con un tono sarcástico.

—Tampoco te pases —le replica Jimena—. No puedo permitir que me estés salvando el culo a cada rato.

Mar deja escapar una risa, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Eso sería un trabajo a jornada completa, arquitecta, y no sé si mi agenda da para tanto —replica, clavando sus ojos grises en ella con una mezcla de provocación y descaro.

Sin pedir permiso, Mar da un paso al frente y la sujeta por la cintura con una mano para ayudarla a subir.

—Me alegra ver que ya vas teniendo más equilibrio —apunta Mar.

La capitana da un paso atrás, rompiendo la distancia electrizante, y se aclara la garganta para disimular el calentón que ya tiene entre las piernas.

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

El Brétema abandona el puerto, deslizándose sobre el agua como un viejo amigo que conoce el camino de memoria. Mar gobierna la embarcación con una soltura y una elegancia que siguen fascinando a Jimena mientras permanece a su lado, apoyada cerca de la consola, tomando notas en su tableta con absoluta concentración. Al cabo de un rato, saca una cámara profesional de la mochila y ajusta los parámetros.

—¿Qué necesitas exactamente de este tramo? —pregunta Mar, moviendo el timón para sortear una corriente.

Jimena señala la ladera de la costa con el dedo, entornando los ojos contra el sol.

—Quiero fotografiar toda la línea de edificación prevista desde todos los ángulos posibles. Necesito captar el terreno, la vegetación, dónde quedan las aguas y dónde inciden la luz y las sombras en diferentes momentos de la tarde.

Mar asiente en silencio y Jimena continúa hablando:

—Quiero aprovechar la pendiente natural del terreno. Ir escalonando los módulos de forma orgánica, reducir la altura visible desde el mar y enterrarlos parcialmente en la ladera. Así evitaremos el impacto visual y el complejo se integrará en el paisaje como si siempre hubiera formado parte de él.

Mar reduce la velocidad del barco, maravillada por la pasión con la que escucha a la arquitecta. Jimena pasa el dedo por la pantalla.

—También vamos a eliminar una de las piscinas exteriores que estaban proyectadas. Prefiero diseñar una única piscina naturalizada. Mucho más eficiente y en total armonía —explica Jimena, acercándose un poco más a Mar para enseñarle el detalle en la pantalla—. Eso reducirá drásticamente el consumo general del resort.

—Me gusta cómo suena eso, Jimena —apunta Mar—. Mucho.

Mar ya no dice nada unos instantes después. Se limita a mirarla, absorbiendo cada palabra, cada gesto. Jimena continúa hablando con fluidez. Los ojos le brillan y sus manos dibujan estructuras en el aire.

Llegan al tramo exacto donde se levantará parte del complejo y Mar reduce la velocidad. El motor queda casi al ralentí, emitiendo un ronroneo sordo, y el Brétema se mece suavemente sobre las olas. Jimena se mueve por la cubierta con una agilidad sorprendente, fotografiando el perfil de la costa. Toma medidas aproximadas mediante el sistema de geolocalización de la cámara, murmurando notas para sí misma.

Mar la observa trabajar apoyada en la consola, con los brazos cruzados y una sonrisa embobada que intenta disimular. La mujer que tiene delante es precisa y metódica. Nada que ver con la niña rica de papá que imaginó el primer día.

—¿Qué es lo que buscas? —pregunta Mar, dando un paso hacia ella para situarse a su lado.

—Ver hacia donde cae el sol —responde Jimena sin apartar los ojos—. Si consigo aprovechar la orientación del terreno y las horas de luz, no necesitaremos una climatización artificial agresiva.

Mar deja escapar el aire, y la observa con una sonrisa.

—Gracias —le dice a la arquitecta.

Jimena parpadea, visiblemente sorprendida.

—¿Por qué?

—Por tener el valor de mirar este lugar de otra manera. No todo el mundo en tu posición sabe hacerlo con esta humildad.

Jimena tarda unos segundos en responder. Se recoloca un mechón de pelo detrás de la oreja mientras el barco se balancea con suavidad.

—No he cambiado de opinión, Mar. Solo he dejado de mirar únicamente los planos desde un despacho... y he empezado a ver el paisaje, a las personas y el impacto real de lo que hago.

Cuando terminan la intensa sesión de fotografías y datos, el calor de la tarde empieza a hacerse notar con fuerza en la cubierta. Mar consulta el reloj de su muñeca y propone con total naturalidad:

—¿Quieres que descansemos un poco antes de volver? El camarote está fresco y el motor necesita un respiro.

Jimena estira los brazos hacia arriba desperezándose con un suspiro de alivio.

—No me vendría mal, no.

Jimena sonríe mientras deja la mochila sobre uno de los bancos, pasando la palma de la mano por la madera. La bióloga abre un termo que ha traído consigo.

—Tranquila, hoy no pienso intentar envenenarte con mi café. Lo he traído de A Taberna do Porto.

Jimena inspira profundamente, cerrando los ojos un instante con deleite cuando Mar sirve dos tazas.

—Dios, ahora sí que huele a café de verdad.

—No sabes lo que me costó admitir ante Roi que mi café era imbebible. Fue un golpe directo a mi orgullo —reconoce Mar.

Después de dar un primer sorbo. Jimena abre de nuevo la tableta y la gira, acercándola a Mar para que vea los detalles.

—Mira esto. He estado dándole vueltas a la distribución desde que hablamos en el pueblo.

El modelo tridimensional del nuevo resort aparece en la pantalla. Jimena va ampliando distintas zonas, y su rostro vuelve a encenderse con esa pasión que a Mar empieza a volverle loca.

—Reduciremos casi un veinte por ciento la superficie construida total. Es una barbaridad a nivel comercial, pero compensaremos esa pérdida optimizando el espacio interior. Habrá menos volumen visual y mucha más integración.

Mar observa la pantalla, verdaderamente impresionada por el trabajo y el esfuerzo de Jimena.

—Tu madre se va a tirar de los pelos —bromea la capitana.

—Que se los tire —suelta Jimena con una pequeña risa rebelde—. Además, toda la zona de tránsito que originalmente iba pavimentada con hormigón la sustituiremos por un paseo de pasarelas de madera elevadas. Así protegeremos el entorno.

Mar la mira fijamente, y el respeto que siente en ese momento desplaza cualquier rastro de la antigua desconfianza que sintió hacía la mujer.

—Eso mantendrá el equilibrio ecológico del suelo... Vaya.

Jimena sonríe, satisfecha, inclinándose un poco más sobre la mesa.

—Veo que empiezo a hablar tu idioma, capitana. Poco a poco nos vamos entendiendo.

—Empiezo a creer que sí... y no sabes cuánto me alegra —responde Mar, sosteniéndole la mirada con una intensidad que hace que el aire del camarote se vuelva repentinamente denso.

Mar ya ni siquiera mira la pantalla de la tableta. Su mirada se ha quedado anclada en Jimena. En la forma en que sus labios se mueven con gracia al pronunciar cada palabra, en el brillo de sus ojos, en la pasión arrolladora con la que defiende el proyecto. «Es preciosa», piensa Mar. El pensamiento aparece sin filtros en su mente, provocando que tenga que bajar la vista hacia su taza de café.

—¿Qué pasa? —pregunta Jimena, notando el repentino silencio de la bióloga—. Te has quedado muda de repente. ¿No te gusta la idea de las pasarelas?

La capitana se toma unos segundos. Deja la taza sobre la mesa, y la observa con una sonrisa.

—Estaba pensando... en que me equivoqué contigo desde el primer día. Bastante, de hecho.

Jimena se queda inmóvil, sosteniendo la respiración ante la inesperada confesión.

—Te juzgué por la superficie, y no me molesté en ver la joya que había debajo.

Jimena baja lentamente la tableta, apoyándola en la mesa sin romper el contacto visual. Su corazón empieza a latir con fuerza contra sus costillas.

—Yo también me equivoqué contigo, Mar. Pensé que eras una marinera obstinada, terca y cerrada de mente que solo quería boicotearme por placer... pero eres muchísimo más que eso.

Mar desliza los dedos por la superficie de la mesa, deteniéndose a escasos milímetros de la mano de Jimena.

—Pues yo estoy aprendiendo a adorar una cosa...

—¿El qué? —pregunta Jimena, completamente hipnotizada por la cercanía de esos labios.

—Cuando hablas de tu trabajo se te iluminan los ojos de una manera que... Es jodidamente difícil no quedarse mirándote. Todo el tiempo.

Jimena suelta una risa nerviosa, sintiendo cómo un rubor eléctrico le recorre el cuello.

—Eso es bastante malo para la concentración, ¿no crees?

—Muchísimo. Porque consigues que hasta a mí me entren unas ganas locas de construir ese resort contigo... paso a paso. Y lo que haga falta.

Jimena siente un calor abrasador extenderse por todo su cuerpo.

—Ese es el mejor piropo profesional que me han echado en toda mi vida —responde Jimena—. Y también el más personal.

Mar sonríe, con esa provocación que vuelve loca a la arquitecta, y acerca su rostro un poco más, rompiendo casi toda distancia.

—Es que no tenía absolutamente nada de profesional, Jimena.

Capítulo 20

La distancia entre las dos se ha evaporado por completo dentro del camarote; ya no hay leyes de costas que valgan, ni trabajo en el que quieran pensar. Están ahí, atrapadas en esa gravedad que las empuja inevitablemente hacia el desastre más dulce.

Mar observa a Jimena con fijeza. Sus ojos grises, oscurecidos por el deseo, no parpadean. Alza la mano derecha y posa las yemas de sus dedos sobre la mandíbula de Jimena.

—Estaba deseando tener este rato a solas... —murmura Mar—. Y la paciencia ya se me ha agotado.

Jimena abre los ojos, desafiante a pesar del temblor invisible que la recorre.

—Entonces deja de hablar, capitana.

Mar acorta el último milímetro de separación y atrapa los labios de Jimena en un beso voraz y contundente. La boca de Mar se mueve con una presión deliciosa, abriendo los labios de Jimena a la fuerza para que sus lenguas se encuentren en un ritmo caliente y húmedo. Jimena gime contra su boca, enredando los dedos de ambas manos en el pelo revuelto de Mar, tirando de él para pegar sus cuerpos aún más.

Mar la empuja hacia el camastro empotrado en el mamparo de madera oscura. Jimena cae de espaldas, sintiendo cómo el colchón absorbe el impacto de su cuerpo mientras Mar se sitúa de inmediato entre sus piernas, atrapándola bajo su peso. La arquitecta flexiona las rodillas, acomodando las caderas de Mar contra las suyas; el roce de sus pelvis a través de la ropa genera una fricción insoportable que arranca un jadeo ahogado de su pecho.

Mar se incorpora levemente sobre los brazos, contemplando a la mujer que tiene debajo. El pelo de Jimena se esparce ahora como una aureola oscura sobre la almohada, sus mejillas muestran un rubor encendido y sus labios, húmedos y ligeramente hinchados, buscan aire con desesperación. La capitana estira el brazo hacia el lateral del camastro, donde un cabo de driza trenzado, descansa ordenadamente en un gancho de bronce. Es un elemento cotidiano de su entorno, pero la mirada que intercambia con Jimena le dota de un significado completamente nuevo.

—¿Quieres probar algo?

Jimena observa la cuerda en la mano de Mar. Su pulso se acelera hasta el límite de la taquicardia, pero en lugar de miedo, una ola de sumisión voluntaria y excitante la inunda. Extiende las manos por encima de su cabeza, apoyando las muñecas contra la madera sólida del camastro.

—Hazlo —responde Jimena, con los ojos clavados en los de la capitana.

Mar sonríe de lado, una expresión cargada de una sensualidad. Con movimientos rápidos y fluidos, propios de quien ha pasado la vida haciendo nudos bajo tormentas, Mar pasa el cabo alrededor de las muñecas de Jimena. Aplica un nudo de ballestrinque doble, asegurando los brazos de la arquitecta a los herrajes del mamparo. La sujeción es perfecta, anulando cualquier posibilidad de movimiento de sus brazos. Jimena tira instintivamente de las ligaduras; el roce del nylon contra su piel le provoca una descarga eléctrica que la hace arquear la espalda de inmediato.

—Ahora estás completamente a mi merced, arquitecta —susurra Mar, descendiendo de nuevo sobre ella.

—Pruébame —desafía Jimena, jadeando cuando siente las manos de Mar deslizarse entre su ropa.

Las palmas de Mar ascienden por los costados de Jimena, acariciando las costillas con una parsimonia tortuosa. Sus dedos encuentran el cierre delantero de su sujetador y lo liberan con un movimiento diestro. El aire fresco del camarote golpea los pechos de

Jimena, pero el frío dura apenas un instante, reemplazado de inmediato por el calor abrasador de las manos de Mar, que llenan sus palmas con la firmeza de sus senos. Con los pulgares, Mar empieza a rozar los pezones erectos, trazando círculos concéntricos que hacen que Jimena eche la cabeza hacia atrás, apretando los labios para no gritar.

Mar baja la cabeza, retira la ropa y atrapa uno de los pezones entre sus labios, succionándolo con fuerza mientras su lengua juega con la punta sensible. Jimena se agita en el camastro, tirando de las cuerdas que mantienen sus manos presas; el tintineo del bronce resuena en la estancia, fundiéndose con sus gemidos roncós. La boca de Mar desciende por el estómago de Jimena, dejando un camino de besos húmedos y mordiscos que la hacen estremecerse.

Sin perder el ritmo de la respiración, Mar desabotona el pantalón de Jimena y lo desliza hacia abajo junto con su ropa interior, deshaciéndose de las prendas hasta dejarla descubierta para ella. Mar se detiene un instante a contemplarla; la luz tenue de la lámpara baña las curvas de Jimena, destacando la humedad brillante que ya asoma entre sus muslos entreabiertos.

—Eres una maldita obra de arte, Alarcón —declara Mar, con los ojos oscurecidos por el deseo.

Mar se despoja de su propia camiseta con un solo movimiento, revelando sus hombros definidos y la musculatura tonificada de su espalda y abdomen. Jimena, con los ojos fijos en la silueta de la capitana, entreabre las piernas de manera inconsciente, buscando el contacto que anhela con desesperación. Mar se desviste por completo y vuelve a posicionarse entre los muslos de Jimena, frotando su propio centro, ardiente y húmedo, contra la intimidad expuesta de la arquitecta.

El contacto directo de sus pieles desata una oleada de espasmos involuntarios en el cuerpo de Jimena. Mar empieza a moverse en un vaivén lento, un roce acompasado que imita el balanceo del Brétema sobre las olas. Jimena gime, cerrando los muslos alrededor de la pierna de Mar para presionar más el punto de contacto. El calor es insoportable; cada fricción es una tortura deliciosa que las acerca al abismo.

Mar interrumpe el roce carnal y desciende por el colchón, deslizando su cuerpo entre las piernas abiertas de Jimena. Con las manos, sujeta con firmeza los muslos de la arquitecta, empujándolos hacia arriba y hacia los lados para exponerla por completo a su mirada y a su boca.

—Mírame —ordena Mar, levantando la vista un segundo—. Quiero que veas lo que te hago.

Jimena levanta la cabeza todo lo que puede, con los ojos fijos en la capitana. Mar se inclina y posa sus labios directamente sobre el clítoris de Jimena, propinando una lamida ascendente y firme que arranca un grito agudo de la garganta de la arquitecta. Los dedos de Jimena se curvan con fuerza, buscando en vano algo a lo que aferrarse, mientras sus muñecas tiran inútilmente de los nudos marineros.

La lengua de Mar trabaja con una maestría implacable. Traza círculos concéntricos, alternando la presión de sus labios con succiones lentas y profundas que hacen que Jimena pierda por completo el sentido de la orientación. La estancia se reduce a ese punto de contacto, al sonido de los jugos vaginales mezclándose con la saliva de Mar y al vaivén constante del mar exterior. Jimena se agita, sus caderas se elevan del camastro buscando más de esa boca que la está volviendo loca, pero Mar la sujeta con firmeza por las nalgas, anclándola al colchón para controlar el ritmo del placer.

—Mar... por favor... no voy a poder mucho más... —suplica Jimena, con la respiración entrecortada.

Mar no responde. Introduce sus dedos en la intimidad inundada de Jimena, hundiéndolos de golpe hasta los nudillos. El gemido de Jimena es sordo, profundo. Mar empieza a mover los dedos. Al mismo tiempo, mantiene la presión de su boca sobre el exterior, coordinando el movimiento de su mano con el ritmo de su lengua.

La velocidad aumenta. El golpeteo de las caderas de Jimena contra la mano de Mar se vuelve frenético. Los dedos de Mar entran y salen con fuerza, empapados en la esencia de Jimena, provocando un sonido húmedo que llena el lugar. Jimena siente que las paredes del

barco desaparecen; el orgasmo se avecina como una marea de fondo brutal.

—¡Mar! —grita Jimena, arqueando el cuerpo de manera violenta cuando el clímax estalla en su interior.

Las paredes vaginales de Jimena se contraen con espasmos violentos alrededor de los dedos de Mar. La bióloga sostiene la presión, continuando el estímulo a pesar de las sacudidas del cuerpo de la arquitecta, obligándola a exprimir hasta la última gota de placer de ese espasmo interminable. Jimena deja caer la cabeza sobre la almohada, con el pecho alzándose y bajando en una respiración rota y superficial, mientras sus piernas tiemblan sin control sobre los hombros de Mar.

Mar se retira despacio, saboreando a la mujer en sus labios. Sube por el cuerpo de Jimena, cubriéndola de nuevo con su peso. Su rostro está encendido, sus ojos grises brillan con el triunfo de haber quebrado la compostura de la implacable arquitecta. Jimena la mira con los ojos nublados, exhausta, pero con una chispa de insatisfacción latente que Mar detecta de inmediato.

—¿Creías que hemos terminado? —le advierte Mar en tono jocoso.

Con un movimiento rápido, Mar deshace los nudos que apresan las muñecas de Jimena. Las manos de la arquitecta caen, libres pero entumecidas, y de inmediato buscan el cuerpo de la capitana. Jimena agarra a Mar por las caderas, invirtiendo las posiciones con una fuerza nacida de la pura necesidad de revancha y deseo. Ahora es Mar quien queda de espaldas en el camastro, con las piernas abiertas y la respiración acelerada, observando cómo Jimena se acomoda entre sus muslos.

Después, desciende entre sus piernas, sin dar tiempo a que Mar se recupere. Sus dedos buscan la intimidad de Mar, encontrándola tan ardiente y lista como la suya propia. Jimena introduce un dedo, luego dos, imitando el ritmo contundente que Mar le aplicó minutos antes. Mar echa la cabeza hacia atrás, clavando las uñas en las sábanas mientras un gemido ronco escapa de sus labios.

La arquitecta aplica toda su atención al cuerpo de la bióloga. Su boca encuentra el centro de Mar.

—Jimena... ahí. No pares —pide Mar.

Jimena obedece, aplicando una presión sutil con los dientes en la base del clítoris de Mar mientras sus dedos continúan el bombardeo interno. El cuerpo de Mar se estremece por completo. Una vibración profunda recorre sus músculos justo antes de que se contraiga en un orgasmo violento y ruidoso, gritando el nombre de Jimena contra el techo de madera del camarote.

Minutos después, el silencio regresa al Brétema, alterado únicamente por el rumor constante del mar y el sonido de dos respiraciones que buscan recuperar el compás. Mar y Jimena yacen abrazadas en el camastro, con los cuerpos entrelazados bajo las sábanas desordenadas, cubiertas de sudor y sal.

Jimena apoya la mejilla sobre el pecho de Mar, escuchando el latido acompasado de su corazón. Mueve la mano despacio, trazando con la yema de los dedos el contorno de las costillas de la capitana.

—Mañana salgo muy temprano hacia la estación —murmura Jimena.

Mar busca la mirada de la arquitecta y le aparta con delicadeza un mechón de pelo húmedo de la frente, acariciándole la mejilla con el pulgar.

—Lo sé. Pero no tienes por qué estar nerviosa.

Jimena sonríe, alzando la barbilla para buscar los ojos de Mar. La coraza que suele llevar en el mundo empresarial se ha derretido por completo entre los brazos de la bióloga.

—Me va a costar un mundo concentrarme sabiendo que tú estarás aquí —confiesa Jimena, entreabriendo los labios.

—Entonces asegúrate de ganártelos rápido, Alarcón —susurra Mar contra su boca, rozando sus labios con una lentitud exasperante—. Porque en cuanto vuelvas, no pienso darte ni un minuto de tregua.

Jimena deja escapar un suspiro profundo, cerrando los ojos mientras se acomoda en su cuello, sintiendo el abrazo firme de Mar envolviéndola como un refugio antes de la batalla que le espera.

Capítulo 21

El AVE desde Santiago de Compostela entra en Madrid poco después de las nueve de la mañana. A través de la ventanilla, Jimena Alarcón contempla cómo el paisaje se transforma a toda velocidad. El verde húmedo, denso y salvaje de Galicia ha quedado atrás, sustituido por una sucesión interminable de polígonos industriales y autopistas. Por primera vez, el regreso le provoca una opresión en el pecho. Siente que ha dejado algo esencial varios cientos de kilómetros al noroeste; algo con olor a sal, ojos como las tormentas y una fuerza arrolladora que le altera por completo.

Hugo, sentado frente a ella, cierra el ordenador portátil y estira los brazos por encima de la cabeza, soltando un sonoro bostezo que rompe la monotonía del vagón.

—¿Preparada para lanzarte a los leones? —le pregunta con una sonrisa en los labios.

Jimena despega la mirada del cristal y la clava en su socio. Mueve el cuello de lado a lado, notando los hombros rígidos.

—No especialmente —confiesa, dejando escapar un suspiro que suena a rendición—. De hecho, tengo el estómago del revés. Un mal presentimiento.

—Eso es una buena señal —afirma Hugo, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en la mesita.

Ella arquea una ceja, incrédula, mientras cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Desde cuándo tener náuseas es una excelente señal?

—Desde que dejaste de creer que podías controlarlo todo, incluida la dirección del viento —explica Hugo con una mezcla de cariño y franqueza—. Demuestra que has evolucionado, que eres alguien mejor. En este mundillo, la flexibilidad cotiza al alza.

Jimena esboza una sonrisa fugaz, un destello que ilumina su rostro pero que muere antes de llegar a sus ojos. Introduce el iPad y varios informes con excesiva energía en su bolso de piel.

—No sé si eso es un halago o tu manera sutil de llamarme neurótica.

—Un poco de ambas, no te voy a mentir —insiste Hugo, recogiendo sus cosas a toda prisa mientras el tren reduce la velocidad de forma drástica hasta detenerse en el andén.

El bullicio de la estación los envuelve de inmediato. Caminan a paso rápido entre la multitud, pero Jimena siente que las piernas le pesan. Antes de enfilar las escaleras mecánicas, el móvil vibra en la palma de su mano, y el corazón le da un vuelco al ver el mensaje de Mar: «¿Habéis llegado ya? Espero que el viaje no haya sido demasiado agotador».

Una sonrisa auténtica y ajena a su control le suaviza las facciones. Se detiene un segundo, ignorando el flujo de pasajeros que la esquiva con prisa. «Acabamos de pisar Madrid. El paisaje ha cambiado demasiado rápido para mi gusto... Echo de menos el mar. Y a su capitana.»

La respuesta llega casi al instante, rompiendo la regla de oro de Mar de no mostrarse demasiado impaciente. Jimena muerde su labio inferior. «Respira hondo antes de entrar. Recuerda que tú has levantado ese proyecto. Nadie tiene derecho a quitarte el poder de hacerlo como quieras».

Jimena se queda clavada mirando la pantalla, ajena al ruido madrileño. Guarda el teléfono en el bolsillo justo cuando Hugo le da un toque en el hombro, señalando el taxi que los espera.

La sede de la firma ocupa las últimas plantas de una imponente torre acristalada en el paseo de la Castellana. Todo en el edificio destila poder, estatus y dinero. Jimena recorre los pasillos con el mentón alto,

aunque en este momento se siente como una intrusa. Cada rincón que ella misma ayudó a diseñar parece juzgarla ahora por la audaz traición que lleva bajo el brazo.

Los inversores ya ocupan la enorme mesa ovalada de nogal en la sala de juntas. Hugo deja el portátil sobre la mesa. Jimena, por su parte, se coloca en la cabecera, organiza sus notas. Da una calada invisible al aire acondicionado de la sala y visualiza, por un segundo, la fuerza del océano rompiendo en los acantilados. No puede fallar. No solo se juega su reputación; se juega el futuro de la ría y la confianza de la mujer que la espera al norte.

Las primeras diapositivas proyectan imágenes espectaculares de la Costa da Morte, con su oleaje embravecido y su belleza indómita. Acto seguido, aparecen los gráficos comparativos entre el mastodóntico diseño original y la nueva propuesta.

—Cuando proyectamos este resort hace un año, el objetivo era crear un complejo turístico que fuera el epicentro del lujo sostenible en la costa gallega —comienza Jimena, sin apartar la mirada del resto—. Hoy mantengo esa misma ambición. Pero la diferencia es que ahora entiendo que el verdadero lujo no puede comportarse como un invasor que destruye el entorno para lucirse. Debe integrarse en él, respirar con él y respetarlo.

Pulsa el mando y las recreaciones en tres dimensiones cobran vida en la pantalla, mostrando las estructuras.

—El concepto ha cambiado —continúa Jimena, gesticulando con fluidez—. Durante décadas, el éxito consistía en levantar moles de hormigón más altas, ocupar más metros y demostrar el poder económico arrasando con todo. Hoy en día, eso no es exclusividad; es una ordinariez obsoleta.

Una de las principales inversoras del fondo internacional esboza una media sonrisa, anotando algo en su bloc.

—Nuestros clientes potenciales buscan exclusividad, por supuesto, pero también coherencia. Quieren disfrutar de un paraje virgen sin el cargo de conciencia de saber que su suite ha destruido el

hábitat de la zona. Por eso, reduciremos el porcentaje de volumen construido en pro a respetar la ría.

Los gráficos técnicos parpadean en la pantalla, detallando la metamorfosis del complejo.

Hugo observa a su socia con alivio y asombro. Jimena tiene los ojos encendidos y una seguridad arrolladora que deja a la sala completamente magnetizada. Al terminar su intervención, Hugo toma el testigo con presteza, poniéndose unas gafas.

—Desde una perspectiva estrictamente financiera, estos cambios incrementan ligeramente la partida presupuestaria inicial —apunta, mostrando las tablas de amortización—. Sin embargo, el ahorro en la eficiencia energética durante la primera década reducirá los costes de explotación de forma drástica. Además, contamos con un pilar fundamental: un estudio de impacto medioambiental riguroso, elaborado mano a mano con científicos locales.

Jimena observa la diapositiva donde aparece el nombre de Noa firmando los informes. Una oleada de orgullo le recorre el pecho. Pero el corazón le da un vuelco cuando en la siguiente imagen aparece Mar, de espaldas sobre la cubierta del Brétema, señalando el horizonte con esa postura poderosa que la vuelve loca.

—La colaboración directa con la cofradía de pescadores nos asegura una paz social absoluta. Nos evitaremos litigios y posibles denuncias, paralizaciones administrativas que les costarían millones en el futuro.

Uno de los hoteleros levanta un bolígrafo para pedir la palabra.

—¿El apoyo institucional es real o meras palabras bienintencionadas?

—Es absoluto —responde Jimena al instante, cruzándose de brazos—. El ayuntamiento respalda la revisión de forma unánime y la cofradía de pescadores ha firmado el preacuerdo. El pueblo quiere el resort, pero mientras este respete el entorno vivo.

—¿Cuándo tendremos el dossier técnico vinculante con estos nuevos costes?

—Estamos cerrando los últimos flecos del análisis social y ambiental —interviene Hugo con presteza—. En cuanto nuestro consejo también esté de acuerdo, dispondrán de toda la documentación.

El hombre asiente despacio, visiblemente convencido.

Durante los siguientes cuarenta minutos, la sala se convierte en un hervidero de preguntas sobre rentabilidad, plazos y materiales. Y al concluir el turno de preguntas, el socio mayoritario del grupo hotelero junta las manos sobre la mesa y deja escapar un suspiro de satisfacción.

—Admito que venía dispuesto a tumbar cualquier cambio —confiesa con total honestidad—. Pero este enfoque tiene un potencial comercial tremendo. El ecoturismo se vende mejor que cualquier complejo tradicional. Es una propuesta brillante. Un movimiento muy inteligente, Jimena.

El aire en la sala se aligera por fin. Hugo busca la mirada de Jimena tras sus gafas y le guiña un ojo con complicidad. Ella le devuelve una sonrisa radiante, sintiendo cómo un enorme peso se le desprende de la espalda. Aprovechando que las secretarias entran a servir café y agua, Jimena busca un rincón y saca el teléfono. «Los tenemos en el bolsillo. Están entusiasmados con los cambios».

«Qué ganas de celebrarlo... contigo».

Jimena muerde su labio, con las mejillas ligeramente encendidas ante la sugerencia. Guarda el teléfono a toda prisa con el pulso revolucionado justo cuando la puerta doble de la sala de juntas se abre de par en par.

El repiqueteo de unos tacones de aguja rasga el murmullo de la sala. A Jimena se le corta la respiración en el acto y la sonrisa se le congela en los labios.

Victoria Alarcón entra sin pedir permiso, enfundada en un traje de chaqueta blanco inmaculado que realza su figura implacable. Lleva el pelo recogido en un moño tirante, ni un solo pelo fuera de su sitio y una carpeta de piel negra bajo el brazo. Ignora por completo la presencia de su hija y se dirige a los inversores con una sonrisa gélida pero deslumbrante.

—Lamento profundamente interrumpir esta idílica presentación —anuncia su voz, impecable y cortante como el cristal—. Pero temo que esta reunión está tomando un rumbo que jamás ha contado con la aprobación ni el consentimiento de la dirección de este estudio.

Jimena se pone en pie de un salto, apoyando las palmas sobre la madera.

—Mamá, por favor... Estamos a mitad de la sesión —interviene, intentando mantener un tono profesional.

Victoria levanta una mano con gesto imperioso, fulminándola con la mirada sin perder la compostura.

—Cállate, Jimena. Como directora ejecutiva y socia mayoritaria, debo hacer constar en acta que el proyecto que se acaba de exponer aquí carece por completo de validez oficial. Y no nos representa.

Hugo se queda lívido, aferrándose al borde de la mesa como si temiera que el suelo fuera a tragárselo. El inversor principal frunce el ceño, visiblemente contrariado.

—Se nos ha presentado esto como una propuesta en firme de la dirección del proyecto —reclama.

Victoria regala una sonrisa cargada de condescendencia.

—Lamento el malentendido, de veras. Pero mi hija se ha extralimitado en sus funciones. Esa propuesta no es más que un ejercicio de idealismo sin pies ni cabeza.

Jimena da un paso al frente, con el rostro encendido y el corazón desbocado.

—No es ningún ejercicio idealista. He dirigido este proyecto sobre el terreno desde el primer día y esta revisión es técnica y económicamente viable.

—Y has olvidado por completo quién firma los cheques, quién mantiene este estudio y quién toma las decisiones finales en esta familia —replica Victoria, con una dureza que congela el ambiente. Abre la carpeta y desliza varios documentos sobre la mesa—. El

contrato vinculante estipula el diseño original que todos aprobamos hace meses. Y ese es el resort que se va a construir.

El hotelero intenta mediar, levantando una mano.

—Señora Alarcón, las modificaciones que plantea su hija son muy atractivas para el mercado actual y legalmente viables si se justifican...

—Serían viables si yo las autorizase —lo interrumpe Victoria con una frialdad cortante—. Y no pienso hacerlo bajo ninguna circunstancia. —Clava sus ojos en cada uno de los presentes—. Si este complejo no se realiza según los planos originales, nos retiraremos de la dirección facultativa de forma inmediata. Y no solo de esta obra. Revisaremos nuestra participación en los otros tres desarrollos hoteleros que tenemos firmados con su grupo inversor.

El silencio que cae sobre la sala es sepulcral, espeso y opresivo. La amenaza queda suspendida en el aire con una claridad brutal: millones de euros en juego, penalizaciones y la ruptura de una alianza histórica. Nadie se atreve a respirar, y Jimena ya siente las náuseas.

El inversor principal carraspea.

—Bien, supongo que... Ante este escenario, creo que lo más prudente es no firmar hasta que analicen sus discrepancias internas y se evalúe el impacto legal. También con el consejo.

Victoria sonríe.

—Una decisión de lo más sensata, caballero.

La reunión se desintegra en cinco minutos de saludos gélidos, disculpas y prisas por salir de la sala. Los inversores desfilan uno tras otro. Algunos evitan mirar a Jimena; otros le dedican discretas palmadas de lástima en el hombro. Hugo permanece petrificado en su silla, consciente de que abrir la boca en ese instante sería un suicidio profesional.

—¿De verdad era necesario este espectáculo y humillación?

Victoria deja la carpeta sobre la mesa.

—Absolutamente necesario. Alguien tenía que pararte los pies antes de que cometieras un error de consecuencias catastróficas para nuestra marca.

—¡El proyecto es mejor! —estalla Jimena, perdiendo por un segundo los papeles—. Es más eficiente, está integrado y respeta el entorno. ¡Tú misma has visto la reacción de los fondos!

—Será más barato para ese lugar —escupe Victoria, cruzándose de brazos—. Pero no para los balances de este estudio ni para los compromisos que tenemos firmados.

—¿De verdad todo se reduce a un maldito balance de beneficios? ¿No hay nada más para ti? —pregunta Jimena con los ojos muy abiertos.

Su madre da un paso hacia ella, mirándola con una mezcla de decepción y superioridad.

—Se llama responsabilidad, Jimena. La responsabilidad de mantener una estructura con empleados cuyos sueldos dependen de que no juguemos a ser hermanitas de la caridad. La responsabilidad de cumplir lo pactado con corporaciones internacionales, no con pescadores locales.

—¡Existe una responsabilidad ética con la tierra que destruimos! —insiste Jimena, encarando a su madre a escasos centímetros.

Victoria suelta una carcajada, carente de cualquier atisbo de humor.

—¿Ética? Por favor, Jimena. ¿Desde cuándo dejas que un puñado de pueblerinos te ablanden el corazón y te nublen el juicio de esta manera?

La palabra impacta en el pecho de Jimena como si fuera un golpe físico.

—No vuelvas a llamarlos así en tu vida —advierte Jimena—. No tienes la más mínima idea de quiénes son, ni de lo que valen. Ni de lo que representan.

Victoria arquea una ceja, divertida por el arrebato y camina alrededor de la mesa.

—Vaya, vaya. Así que el problema no son los planos, sino el terreno. Ten un poco de dignidad y decoro, Jimena. No toleraré ni un solo retraso más por tus caprichos personales.

—Ellos no me han obligado a cambiar de perspectiva —aclarar la arquitecta—. He sido yo la que ha abierto los ojos.

—¿Segura? —Victoria se detiene en seco, clavándole una mirada inquisitiva—. ¿Entonces qué es lo que ha pasado exactamente en esa ría, Jimena? Explícamelo, porque no entiendo este ridículo ataque de romanticismo barato.

Jimena guarda silencio. Las palabras se le atascan porque sabe que su madre jamás lo entendería. ¿Cómo explicarle el sabor a sal de unos besos robados bajo la tormenta? ¿Cómo resumir que una bióloga marina y capitana, con peto vaquero gastado, ha puesto del revés toda su escala de valores? ¿Cómo explicarle que ha descubierto un fuego que quema más que el éxito profesional?

Victoria interpreta el mutismo de su hija como una confesión de debilidad. Niega con la cabeza.

—Eres una arquitecta brillante. Siempre lo has sido. Y me parece patético ver cómo tiras tu carrera por la borda dejándote arrastrar por sentimentalismos absurdos que no conducen a ninguna parte.

—No son sentimentalismos absurdos —responde Jimena—. Es arquitectura de verdad. La buena arquitectura dialoga con el paisaje, lo enriquece y lo respeta. No lo devora por codicia. Y yo no pienso ser la responsable de ese desastre.

Victoria recoge su carpeta, recolocándose la americana blanca. Camina hacia la salida y justo antes de cruzar el umbral, se detiene sin girarse.

—Cuando recuperes la cordura y el sentido común que solías tener, volveremos a hablar de tu futuro en esta empresa. Y procura no volver a poner en evidencia el apellido Alarcón. Las consecuencias no te van a gustar.

La puerta se cierra tras ella. El silencio posterior es casi ensordecedor. Jimena se queda inmóvil en el centro de la sala, con la

mirada perdida en la mesa.

Hugo rompe el vacío arrastrando su silla.

—Menudo panorama... —murmura, metiéndose las manos en los bolsillos.

Jimena suelta una carcajada y se pasa una mano por el pelo.

—Qué bonita forma de describir un puto desastre nuclear, Hugo.

El silencio vuelve a reinar durante unos instantes. Jimena respira hondo, llenando sus pulmones, sintiendo cómo el dolor del golpe se transmuta en una determinación salvaje. Abre los ojos y en sus pupilas ya no hay rastro de sumisión; hay el mismo fuego que descubrió en los acantilados de la Costa da Morte.

—¿Y ahora qué? —pregunta Hugo, observando la chispa en sus ojos—. ¿Cuál es el plan?

Jimena recoge su iPad de la mesa y lo guarda en el bolso. Mira su teléfono, pensando en el mensaje de Mar, en el Brétema y en la promesa de la bióloga esperándola en el pantalán.

—Nos volvemos a Galicia en el primer tren que salga. Porque si mi madre cree que voy a agachar la cabeza y a dejar que destruya esa ría, es que no me conoce en absoluto. Ese proyecto merece la pena. Y yo no pienso rendirme.

Capítulo 22

La estación bulle con el ir y venir constante de viajeros que arrastran maletas con prisa, concentrados únicamente en sus relojes y en sus destinos. Mar Sotomayor se apoya contra la puerta de su vieja furgoneta, con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón vaquero. Ha llegado casi media hora antes de lo previsto, no porque el tráfico gallego pudiera retrasarla en ningún momento, sino porque la idea de quedarse en casa esperando con el runrún en la cabeza le resultaba insoportable.

No deja de consultar el panel de llegadas, luego el reloj de la estación y, finalmente, las vías del tren. Ni siquiera recuerda la última vez que se sintió tan jodidamente nerviosa por recoger a alguien. Se repite en silencio, una y otra vez, que solo viene a buscar a Jimena y a Hugo después de una reunión importante en Madrid. Que es pura cortesía. Sin embargo, sabe perfectamente que se engaña a sí misma. Desde que la arquitecta irrumpió en su vida con sus trajes caros y un proyecto que amenazaba con transformar la ría por completo, todo su mundo cambió.

Los primeros viajeros empiezan a emerger por la puerta, cargados con maletas de todos los tamaños. Su mirada atraviesa la multitud con una impaciencia feroz hasta que distingue la figura de Hugo, que avanza el primero.

Basta con observar su expresión para que las tripas de Mar se contraigan. No está sonriendo. Avanza despacio, casi arrastrando los pies, con los hombros hundidos. Unos metros por detrás aparece Jimena, y a Mar se le corta la respiración. La arquitecta lleva el ordenador portátil colgado del hombro y arrastra una pequeña maleta de mano. Su pelo, habitualmente perfecto, luce algo revuelto por el viaje, y el cansancio dibuja sombras suaves y oscuras bajo sus ojos. Sin

embargo, lo que más inquieta a la bióloga no es el agotamiento visible, sino su mirada.

Mar da dos pasos adelante a toda prisa, acortando la distancia.

—¿Qué ha pasado? —pregunta directamente, yendo al grano.

Hugo deja la mochila en el suelo antes de responder, frotándose la nuca para ganar tiempo.

—Lo hemos intentado.

Mar gira inmediatamente la cabeza hacia Jimena, buscando respuestas en sus ojos.

—Creía que todo había ido bien —dice Mar.

Jimena lanza un suspiro.

—Los inversores estaban convencidos. Les gustó el proyecto, de verdad.

Mar da un paso más, quedando a escasos centímetros de ella. Siente el impulso físico de estrecharla contra su pecho, pero se contiene, limitándose a devorarla con la mirada.

—Entonces... ¿qué ha fallado? —le pregunta.

Jimena niega con la cabeza, dejando escapar un suspiro.

—Mi madre apareció a mitad de la reunión. Sin avisar. Les dejó claro que, si el resort no se construye conforme al diseño original, rompería todos los contratos de los desarrollos hoteleros que tenemos firmados con su grupo inversor. Fue un chantaje en toda regla.

Hugo resopla con frustración y cruza los brazos sobre el pecho, apoyándose en una columna.

—Ha sido una jugada maestra, desde luego.

—Los inversores se echaron atrás —añade Jimena.

Mar permanece unos segundos observando a Jimena. Sin pensarlo dos veces, Mar da un paso definitivo hacia ella.

—Oye —dice, obligándola a mirarla—. Esto no va a quedar así. No después de todo el esfuerzo que has puesto para salvar nuestra

costa. No te voy a dejar tirar la toalla.

Jimena levanta despacio la cabeza y sus miradas se cruzan de lleno. Una chispa de luz y de agradecimiento despunta en los ojos de la arquitecta.

—Eso mismo dije antes de salir de la torre —confiesa Jimena, con un amago de orgullo en la voz—. Que no pienso rendirme tan fácilmente ante ella. Todavía podemos ganarnos al consejo.

Mar siente un impulso salvaje, una necesidad imperiosa de borrar cualquier rastro de derrota de esas facciones que la tienen trastornada. Extiende una mano y, con una delicadeza que contrasta con su habitual brusquedad, le roza el brazo.

—Tengo una idea. En llegar podemos ir al chiringuito —sugiere Mar, ensanchando la sonrisa—. Nos debemos un buen homenaje.

Hugo levanta la cabeza.

—¿Comida y alcohol? Dios bendiga a la ciencia marina. Después del día que llevamos, firmo donde sea.

Por primera vez desde que bajó del tren, Jimena sonríe de verdad. Es una sonrisa pequeña, tímida, pero auténtica, que le ilumina por completo el rostro.

—Acepto el plan —responde Jimena—. La verdad es que lo último que me apetece es encerrarme en el hostel a repasar las amenazas de mi madre.

*

Dos horas y media después, la Costa da Morte los recibe de nuevo con ese olor familiar y rotundo. El chiringuito de Lía está lleno a rebosar. Desde la terraza, el rumor constante y salvaje del mar se mezcla con las conversaciones animadas y el tintinear alegre de los vasos que chocan.

Nada más ver aparecer la furgoneta, Lía sale de la cocina secándose las manos en un paño, con una sonrisa enorme que le rediseña el rostro.

—¡Hombre! ¡Ya estáis aquí! —exclama a viva voz, abriendo los brazos de forma teatral—. Venid aquí antes de que Roi se limpie los dedos con lo que queda en las potas.

Las carcajadas estallan enseguida, aligerando el ambiente de un plumazo. Alrededor de la mesa ya los esperan impacientes Noa, Carme, Roi y Santi, que hoy luce una sonrisa de oreja a oreja aprovechando su tarde y noche libre mientras un compañero se ocupa del hostel.

—¡Por fin llegáis! —dice Noa, levantándose para envolver primero a Jimena en un abrazo cálido y luego propinarle otro a Hugo—. ¿Qué tal ha ido?

Hugo mira un instante a Jimena, buscando su aprobación silenciosa antes de soltar la bomba.

—Regular, la verdad —admite.

—Muy regular, por no decir que ha sido una escabechina —corrige Jimena con total franqueza, sentándose en el banco de madera—. La reunión iba sobre ruedas, pero mi madre decidió hacer una entrada triunfal y dinamitar el acuerdo.

El ambiente pierde un punto de ligereza durante unos segundos, pero Lía no da margen a que el drama eche raíces.

—¡Se acabó! Ahora solo hay que concentrarse en comer.

Sobre la mesa se despliega una auténtica fiesta para los sentidos

Todos ríen y disfrutan. Jimena también lo hace, aunque Mar, que no le quita el ojo de encima ni un segundo, nota cómo la risa le dura apenas unos instantes antes de que su mirada vuelva a perderse hacia el mar. Sigue dándole vueltas a la cabeza. Aunque poco a poco, Jimena empieza a aflojar los hombros y a dejarse llevar por el ritmo caótico y gamberro del grupo.

Mar se pone en pie con decisión y clava su mirada en Jimena.

—Quiero decir una cosa —anuncia la capitana—. Cuando este par apareció por el puerto, yo estaba convencida de que cualquier persona de ciudad que llegara aquí con trajes caros y billetes solo

quería marcharse dejando detrás un cementerio de hormigón, destrucción y fotos para el recuerdo.

Hace una pausa dramática, dejando que el silencio envuelva la terraza. Jimena la observa sin pestañear, con el corazón dándole un vuelco en el pecho.

—Y tengo que admitir ante todos que me equivoqué —continúa Mar—. Quiero agradeceros de corazón que estéis haciendo todo lo posible por este lugar. Porque me has demostrado que tener éxito y un determinado estatus no está reñido con tener escrúpulos.

Jimena nota cómo se le humedecen los ojos.

—Sin la menor duda, venir aquí ha sido el mejor descubrimiento de mi vida —responde Jimena, con la voz temblando—. Gracias, Mar. De verdad. Gracias a todos.

Las copas chocan unas con otras en un brindis ruidoso y colectivo.

—¡Por la ría limpia y viva! —exclama Hugo.

—¡Por la Costa da Morte! —añade Noa.

Más tarde, mientras Lía y Hugo se enzarzan en un debate acalorado y divertidísimo sobre si el mejor vino del mundo es el albariño o el ribeiro, y Noa intenta convencer a Roi de organizar unas jornadas de divulgación ambiental para los niños del colegio, Carme se acerca discretamente a Mar. Las dos se apoyan en la barandilla de madera que delimita la terraza, de espaldas al jaleo.

—¿Qué pasa? —pregunta Mar de reojo, intuyendo por dónde van los tiros.

Carme se toma unos segundos, contemplando el romper suave de las olas en la orilla, y después sonríe de medio lado, con sorna.

—Te trae loca, ¿a que sí?

Mar gira la cabeza hacia la mesa. Jimena se está riendo a carcajadas por alguna ocurrencia de Santi, y la luz cálida de las guirnaldas se refleja en sus ojos, dándole un brillo felino, salvaje y

terriblemente atractivo. A Mar se le remueve el estómago de una forma que da miedo.

—No te lo voy a negar, Carme —admite la bióloga sin rodeos, con una honestidad que la sorprende—. Es un contraste interesante. Cabezota como ella sola, apasionada cuando se lo propone y con una visión de las cosas que jamás esperé encontrar en alguien que vive en una torre de cristal.

Carme resopla, divertida por el despliegue de palabrería.

—Vaya, qué forma tan poética y profesional de decir que te mueres por meterla en tu camarote. Menos mal que era una estirada insoportable de ciudad a la que no podías ver ni en pintura el primer día.

—Las personas cambian —reflexiona Mar, encogiéndose de hombros.

—No, las personas no cambian tanto. Lo que pasa es que os habéis quitado las armaduras y os habéis conocido de verdad. Y resulta que lo que había debajo nos gusta a todos, especialmente a ti. —Carme le da una palmada en la espalda y la empuja con suavidad—. Anda, tira para allá. Vuelve con ellos.

Mar finge indignación, arrugando la nariz.

—Qué exagerada eres, de verdad.

—Y tú qué poco disimulada —replica Carme, riendo mientras camina de vuelta.

Las dos regresan entre risas al calor del grupo y enseguida piden los postres.

Las carcajadas vuelven a inundar la terraza del chiringuito mientras la noche termina de cerrarse sobre la Costa da Morte, encendiendo un cielo cuajado de estrellas. Jimena olvida por completo el peso asfixiante de los contratos, de las cláusulas y de la sombra de su madre. Y Mar, observándola reír libre y relajada, comprende que hay batallas que merece la pena librar hasta las últimas consecuencias.

Capítulo 23

La noche sobre la Costa da Morte no es pacífica; es profunda, viva y rugiente. El viento sopla con esa fuerza que arrastra el olor a sal y tierra húmeda, mientras la furgoneta de Mar avanza dando tumbos por un camino de tierra sin asfaltar.

Jimena va agarrada al asidero del copiloto con ambas manos.

—Si el objetivo de esta excursión nocturna es que termine despeñándome por un acantilado antes de llevar a cabo nuestro plan, vas por buen camino—dice Jimena, arqueando una ceja.

Mar fija la mirada en el haz de luz de los faros, que corta la oscuridad densa de la costa.

—Tranquila, arquitecta. Ya era capaz de recorrer este camino con los ojos cerrados desde que tenía diez años —responde Mar con una sonrisa de lado, baja y pausada—. Además, si quisiera hacerte desaparecer, no me molestaría en traerte al sitio más bonito de toda la ría.

—Qué considerada —murmura Jimena, recolocándose la americana sobre los hombros mientras intenta ignorar cómo la proximidad de la capitana eleva la temperatura dentro del habitáculo.

Mar detiene el vehículo junto a un claro rodeado de pinos y rocas oscuras. Apaga el motor y los faros, dejando que la penumbra de la noche se llene de inmediato con el estruendo rítmico del oleaje rompiendo abajo, en la orilla.

—Hemos llegado —anuncia Mar.

Abre la puerta y baja de un salto. El aire helado entra en la furgoneta, pero cuando Mar rodea el capó y abre la puerta del copiloto, la calidez que emana de su figura invalida al viento.

—¿Vas a bajar o necesitas que te traiga una alfombra roja? —bromea Mar.

Jimena la fulmina con la mirada antes de aceptar el agarre. La piel cálida de Mar entra en contacto con la suya y una corriente eléctrica, viaja directa al bajo vientre de la mujer.

—No tienes a mi lado sibarita, Sotomayor —replica Jimena mientras intenta posar un pie en el suelo irregular. Pero el tacón de su zapato se hunde en la tierra y pierde el equilibrio momentáneamente.

Antes de que pueda tropezar, los brazos de Mar reaccionan por reflejo. La rodea por la cintura y la pega a su espalda.

Sin pedir permiso, Mar la levanta en brazos con una facilidad pasmosa que arrebató el aliento a la arquitecta. Jimena suelta una pequeña exclamación de sorpresa y, por instinto, rodea el cuello de la capitana con ambos brazos, hundiéndose en el calor de su piel.

—¿Qué haces? —pregunta Jimena, aunque la contención ha desaparecido de su voz.

—Ahorrrarte un esguince —replica Mar, caminando a través del senderillo que desciende entre las rocas hasta desembocar en una cala diminuta, abrazada por acantilados de granito y cubierta de arena fina y oscura.

El lugar es un santuario privado. La luna se refleja en el agua con una nitidez casi irreal, creando una estela plateada sobre las olas. Mar deja a Jimena sobre la arena, a resguardo de la brisa bajo la sombra de una gran mole de piedra, templada aún por el calor que ha absorbido del sol durante la tarde.

Jimena se descalza de inmediato, tirando los zapatos de diseño a un lado sin volver a mirar por ellos. Siente la arena bajo la planta de los pies y deja escapar un suspiro profundo, deshaciéndose del estrés, de la presión de su madre y de las reuniones.

—Tenías razón —admite Jimena, observando el anfiteatro natural de rocas y mar que la rodea—. Es espectacular.

Mar da un paso hacia ella, acortando el espacio hasta que solo un suspiro las separa.

—No te he traído aquí solo para que mires el paisaje, Alarcón — dice la bióloga, perdiendo todo rastro de broma. La intensidad en su mirada es abrasadora.

—¿Ah, no? ¿Y para qué me has traído? —provoca Jimena, alzando el mentón con ese orgullo incorregible que tanto atrae a la capitana.

—Para que te olvides de las maquetas, de las firmas, de los presupuestos y de todo lo que te impide estar aquí, ahora mismo, conmigo.

Mar alza una mano y acaricia la línea de la mandíbula de Jimena con la yema del pulgar, descendiendo por el cuello hasta rozar la clavícula. Jimena se estremece visiblemente. La frialdad de la noche contrasta de forma brutal con el calor punzante que recorre su piel donde los dedos de Mar la tocan.

—Estoy aquí. Siempre contigo —responde Jimena, fijando la mirada en los labios de Mar.

Mar la acorrala contra la pared de granito y atrapa su boca en un beso urgente, hambriento y profundo.

Jimena ahoga un gemido dentro de la boca de la capitana y pasa las manos por la espalda de Mar, agarrándose a la tela de su ropa para pegarla aún más a su cuerpo. Mar responde profundizando el contacto, deslizando la lengua con maestría, marcando un ritmo dominante que hace que a Jimena se le aflojen las rodillas.

Con impaciencia, Mar agarra la americana de marca de Jimena por los hombros y se la quita de un tirón, dejándola caer sobre la arena sin miramientos. Jimena ni siquiera protesta; al contrario, sus dedos encuentran la ropa de la bióloga y empieza desnudarla.

—Despacio, capitana... —susurra Jimena entre besos, mientras sus manos logran rozar por fin el torso desnudo de Mar, admirando la firmeza de sus músculos y la calidez bronceada de su piel.

Mar desliza las manos por los costados de Jimena, buscando la cremallera de su pantalón de vestir. En segundos, Mar deja a Jimena

solo en lencería de encaje sobre la arena, expuesta a la brisa nocturna y a la mirada encendida de la bióloga.

—Eres impresionante, Jimena —dice Mar, apreciando la silueta elegante y moldeada de la arquitecta bajo la luz de la luna.

—Menos cháchara y más acción, Sotomayor —exige Jimena, tirando del cuello de Mar para volver a estrellar sus labios contra los suyos mientras arquea la cadera buscando el contacto.

Mar la complace sin dudar. Despoja a Jimena de las piezas restantes, sin dejar de besarla, haciendo que el roce de la arena fina bajo las nalgas de la arquitecta y el calor de la pared de granito tras su espalda creen un mapa sensorial abrumador.

Mar se arrodilla entre las piernas de Jimena. La brisa roza la piel desnuda de ambas, pero la temperatura corporal es sofocante. La capitana desliza sus manos por los muslos de Jimena, separándolos y situándose en el centro mismo del deseo de la mujer.

—Mira lo que me haces, arquitecta —murmura Mar, observando la humedad brillante que delata el estado de entrega absoluta de Jimena.

Jimena echa la cabeza hacia atrás contra la roca, buscando aire mientras los dedos de Mar empiezan a acariciar la zona más sensible de su anatomía con trazos lentos, pautados, que le sacan un gemido agudo de los labios.

Mar sonríe, desliza sus dedos en el interior de Jimena con un movimiento contundente y certero. Jimena se clava en sus hombros, hundiendo sus uñas en la piel firme de la capitana mientras un jadeo ronco se pierde en el rumor de las olas.

El ritmo que impone Mar es implacable, marcado por la experiencia y el conocimiento del cuerpo ajeno. Entra y sale, combinando el trabajo interno con la presión constante del pulgar sobre el clítoris de Jimena. Al mismo tiempo, Mar desciende su boca hacia el pecho de la arquitecta, rodeando un pezón erguido con los labios y succionando con fuerza calculada.

—¡Ah! Mar... —grita Jimena, incapaz de contener la voz en medio de la inmensidad de la cala desierta. Las sensaciones chocan en su cabeza: el aire frío en la piel, el sabor a salitre en los besos, el peso y la calidez del cuerpo de Mar sobre el suyo, y ese movimiento rítmico que la está llevando al límite.

Pero Jimena Alarcón no es una mujer que se limite a recibir. Con esfuerzo de voluntad, se incorpora levemente, agarra a Mar por la cintura y la obliga a cambiar de posición, empujándola sobre la chaqueta de sastre que descansa en la arena.

—No pienses que vas a dirigir tú sola este proyecto, capitana —dice Jimena con la respiración desbocada y los ojos chispeantes.

Mar suelta una carcajada ronca, complacida por la resistencia y el fuego de la otra. Jimena se sitúa sobre ella, terminando de desnudar a Mar. Cuando ambas están piel con piel, el choque térmico y sensorial las hace jadear a la vez.

Jimena se desliza hacia abajo, devolviendo cada caricia y cada provocación. Su boca encuentra la piel del vientre de Mar, bajando con besos húmedos y mordiscos que hacen que la capitana tuerza los dedos entre la arena seca.

—¿Te gusta mandar, Sotomayor? Vamos a ver cuánto aguantas —desafía Jimena antes de hundir su cara entre las piernas de Mar.

La respuesta de Mar es arquear la cadera. Jimena utiliza su lengua con elegancia y firmeza. Lame saboreando el salitre y la esencia propia de la bióloga, mientras introduce sus dedos dentro de la capitana.

—Maldita seas, Jimena... —gruñe Mar, perdiendo la postura relajada para aferrarse con fuerza a las caderas de la arquitecta.

El dominio pasa de una a otra en un baile de poder y rendición mutua. Jimena acelera el ritmo de su boca y de sus dedos, buscando las reacciones de Mar, disfrutando de cada gemido bajo y ronco que escapa del pecho de la mujer que creía inquebrantable. La capitana se mueve de forma espasmódica, buscando más presión, incapaz de frenar la ola de placer que la arrolla.

—No pares... no pares —pide Mar con la voz rota.

Jimena incrementa la intensidad. El cuerpo de Mar se tensa al máximo, sus abdominales se marcan rígidos bajo la luz de la luna y suelta un grito ahogado mientras el clímax la sacude por completo.

Sin darse tiempo a recuperarse, Mar tira de Jimena hacia arriba, atrayéndola por la nuca para volver a besarla con rabia y pasión. La coloca debajo de ella, entrelazando sus dedos con los de Jimena contra la arena para tomar la iniciativa.

El movimiento conjunto de sus cuerpos, el sonido del mar rompiendo a pocos metros y la intensidad del contacto directo llevan a Jimena al borde del precipicio. Mar acelera la fricción de sus dedos, acompañando los gemidos de Jimena con su propia respiración agitada, empujándola sin piedad hacia el límite.

Jimena grita cuando la ola del orgasmo estalla en su interior, una onda expansiva de calor que le recorre desde el vientre hasta la última fibra de su ser. Se contrae con fuerza alrededor de los dedos de Mar, gritando su nombre contra el hombro de la capitana mientras esta la sostiene firmemente, sintiendo las ondas del placer ajeno resonar en su propio cuerpo.

El silencio regresa poco a poco a la cala, rompiendo solo por el batir constante del agua y el sonido acelerado de dos respiraciones que buscan recuperar el pulso habitual.

Mar abraza a Jimena por la espalda, pegando su pecho para protegerla de la brisa nocturna. Jimena apoya la cabeza en el brazo de Mar, sintiendo la latida fuerte y constante del corazón de la capitana.

—Supongo que esto tampoco venía incluido en el informe de impacto ambiental —murmura Jimena con una sonrisa cansada pero plenamente satisfecha, cerrando los ojos al sentir los besos que Mar le deposita en el hombro.

—Este impacto es totalmente ecológico y sostenible, arquitecta —sonríe Mar contra su piel, rodeándola con más fuerza—. Aunque me temo que va a dejar secuelas permanentes en el proyecto.

Jimena deja escapar una risita y se gira levemente para mirar a Mar a los ojos. En la penumbra, el malestar que le ha dejado la reunión ha desaparecido por completo, sustituida por una complicidad indomable que promete transformar mucho más que las obras del resort.

Capítulo 24

Victoria Alarcón nunca ha sido de las que avisa cuando va a llegar. Simplemente aparece, como si el universo entero debiera cuadrarse ante su presencia.

Jimena la ve bajar del coche negro de alta gama con ese porte impecable que mantiene intacto tras treinta años de travesías por salas de juntas. Su traje color marfil resiste impasible y sin una sola arruga, mientras que sus zapatos de tacón apenas rozan la grava del acceso a la obra sin mancharse.

Por una fracción de segundo, Jimena siente exactamente el mismo pellizco en el estómago que la paralizaba de adolescente cuando escuchaba los pasos de su madre acercándose al despacho con las notas en la mano. Da igual los años que hayan pasado o los proyectos que lleve a sus espaldas: Victoria conserva intacto el superpoder de reducirla a una chica de dieciséis años, insegura y desesperada por encajar.

—Buenos días, Jimena —saluda.

Jimena apoya la carpeta que estaba revisando con Carme sobre la mesa de obra y se fuerza a erguir la espalda.

—No esperaba verte por aquí —responde Jimena.

—Precisamente ese es el problema. Que ya no esperas nada de mí —replica Victoria sin pestañear, mientras pasea una mirada de absoluto desdén por el entorno.

Carme, que repasa unos planos de replanteo sobre el tablero, se congela un instante, alza la vista con la ceja levantada y retrocede un paso con disimulo. Hugo, que sale en ese preciso instante del almacén

portátil con los brazos cargados de carpetas, palidece. Se frena en seco, casi tropieza con su propio pie y se queda rígido.

—Victoria... —murmura él, tragando saliva.

—Hugo —responde ella, dedicándole un leve cabeceo.

Jimena da un paso al frente de forma instintiva, interponiéndose entre ambos con el pulso desbocado retumbándole en las sienes.

—¿Podemos hablar en privado? —propone Jimena.

—Por supuesto —acepta Victoria, evaluando el panorama con una mueca de desagrado—. Aunque preferiría hacerlo en un sitio donde no tenga que presenciar esta... absoluta falta de productividad.

Su mirada recorre el terreno con irritante lentitud. Las excavadoras están paradas bajo el cielo plomizo, los pilotes ni se han acercado a la tierra, los contenedores siguen cerrados y la única señal de vida son dos técnicos que toman mediciones al fondo en estricto silencio.

—Han pasado cuatro días. Cuatro días desde que te dejé claras las cosas, Jimena.

La arquitecta inspira hondo, buscando aire y compostura mientras su corazón golpea rítmicamente contra sus costillas.

—Necesitábamos revisar unas cosas antes de dar un paso en falso —le explica.

—No —la corta Victoria, alzando una mano—. No necesitabais revisar nada. Necesitáis construir. El proyecto está aprobado y firmado desde hace meses. Y no hay nada más que discutir.

—Mamá...

—No me llames mamá en el trabajo —la ataja Victoria en seco.

Hugo arruga el entrecejo en un gesto de incomodidad y Carme decide volcar toda su atención en el plano de instalaciones. Victoria, entretanto, posa sus ojos sobre los nuevos planos desplegados en la mesa. Le basta un segundo para reconocer que no son los del primer

proyecto presentado. Estira la mano, los acerca y empieza a hojear las láminas sin pedir permiso.

—¿Qué demonios es esto? —pregunta, elevando el tono—. ¿Es que no te dejé claro lo que quería que hicieras?

Jimena traga saliva para aliviar la sequedad de la garganta.

—Y yo te dije que he estudiado el terreno. He pisado la tierra, he visto el régimen de mareas y la fragilidad del suelo. De verdad que estoy segura de que las modificaciones del diseño serán mucho mejores que el diseño original.

Victoria esboza una sonrisa carente de todo afecto.

—Ah, claro. Ahora resulta que te has puesto las botas de agua y has jugado a las casitas en el puerto.

Desde su mesa, Carme suelta una especie de resoplido que disimula rápido con una tos de mentira. A Jimena le hierve la sangre en las venas.

—He estado escuchando a la gente que vive y trabaja en esta ría, mamá. A los que conocen cada kilómetro de estas tierras —insiste, acortando la distancia entre ambas.

—¿A quién exactamente? —inquire Victoria con escepticismo.

—A los marineros, a la cofradía y a los biólogos marinos —responde Jimena.

—Error de principiante —zanja Victoria, cerrando la carpeta con los planos—. Un arquitecto jamás cambia un diseño por lo que quiera un vecino. Un arquitecto diseña lo que necesita el cliente. Lo que genera rentabilidad y cumple los plazos contractuales.

—Y eso mismo estoy haciendo: un diseño sostenible que protege el entorno para que el valor de la inversión dure más sin venirse abajo —defiende Jimena, apretando los puños a los lados de su cuerpo.

—Te lo he repetido un millón de veces. En esta firma no proyectes para tu ego ni para tus corazonadas; proyecta para vender.

Victoria avanza un paso, y el aroma dulzón y carísimo de su perfume envuelve el aire.

—¿Tienes la menor idea de la cifra que hay metida aquí?

—Sé perfectamente lo que cuesta la obra —asegura Jimena, aunque sabe que su madre siempre maneja números a otra escala.

—Trabajamos con fondos de inversión internacionales, una cadena hotelera de primer nivel, con contratos de penalización cruzados y un calendario fiscal. No estamos levantando una casa rural con encanto, Jimena. Hablamos de decenas de millones de euros.

Jimena toma aire.

—Por eso mismo hay que hacer las cosas bien.

Victoria la mira como si no reconociera a la mujer que tiene delante

—Hacer las cosas bien es cumplir lo que se firma y no poner en entredicho el nombre de la firma.

—Por favor, no dramatices —pide Jimena, aun sabiendo que su madre no da un paso sin haber calculado antes el impacto de cada coma.

—¿Dramatizar? He visto los informes que me pretendes colar, y te has dejado engatusar. Solo te falta comprarte una gaita y apuntarte al grupo de baile regional —ironiza cruza de brazos.

Jimena clava las uñas en las palmas de las manos para no perder el control. Pero es Hugo quien decide dar la cara y se adelanta un paso.

—Victoria, si nos sentamos media hora a revisar los cambios de verdad, verás que...

—Tú cállate —espeta Victoria. La matriarca vuelve la carga contra su hija—. Escúchame muy bien, Jimena. Todavía estás a tiempo de hacer las cosas como se debe.

—No pienso destrozar este entorno. Ya te lo he dicho.

El silencio se vuelve pesado, aplastante. Incluso las gaviotas parecen haber guardado silencio sobre la estructura de la obra. Victoria

la escruta durante tres segundos eternos. Después, asiente muy despacio.

—Entendido. Entonces tomaré el control yo misma.

Un escalofrío helado recorre la espalda de Jimena.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Exactamente lo que estás pensando —responde Victoria mientras saca el teléfono móvil del bolso. Marca un número guardado en marcación rápida y se lo lleva a la oreja—. ¿Alberto? Soy Victoria. Que el equipo técnico y la contrata principal estén aquí mañana a las ocho de la mañana. Sí, se acabó la cortesía. Que entren las máquinas de inmediato.

—¡Mamá, no puedes pasar por encima de mi dirección de obra!
—protesta Jimena.

Victoria cubre el micrófono del teléfono con la mano un segundo.

—Claro que puedo. La firma lleva mi apellido y el capital es mío —afirma con una frialdad glacial. Suelta dos indicaciones breves y cuelga. Al guardar el teléfono, su postura es intratable—. Tienes hasta mañana a las ocho para rectificar. A las ocho y un minuto asumo personalmente la ejecución del proyecto original. Y tú te subes a un tren de vuelta a casa.

Jimena siente un nudo amargo atascado en la garganta. Pero antes de que pueda articular respuesta, su mirada se desvía por encima del hombro de su madre hacia la curva del pantalán.

Capítulo 25

Mar Sotomayor avanza decidida. Lleva el pelo revuelto y ligeramente salpicado por la brisa. A Jimena le da un vuelco el estómago. Victoria, por supuesto, no tarda ni un segundo en interceptar la dirección de la mirada de su hija. Se gira despacio y repasa a la recién llegada con una mirada analítica que desmenuza a Mar en un pestañeo.

—Vaya. Así que esta es la famosa capitana —comenta en un murmullo lo bastante alto como para que la brisa lo arrastre.

Mar frunce el ceño. Le lanza a Jimena una mirada rápida e interrogativa —comprobando si está bien— y luego clava los ojos en la mujer vestida de marfil que desentona escandalosamente en ese entorno.

—¿Interrumpo la reunión? —pregunta Mar con una sonrisa de medio lado.

A Jimena le falta el aire.

—Mar... —intenta avisarla.

—Soy Victoria Alarcón. La directora ejecutiva, dueña de la firma y, por supuesto, la madre de Jimena —se presenta la mujer, dando un paso al frente mientras muestra la mano.

Mar reacciona con entereza. Se pasa la mano por el pantalón para limpiarse el resto de sal y da un paso adelante.

—Mar Sotomayor. Bióloga marina y portavoz de la cofradía de pescadores. Además de capitana del Brétema —responde, tendiéndole la mano.

Victoria contempla la mano tendida de Mar durante un segundo, pero no se la estrecha.

—Lo sé. He oído hablar bastante de usted estos días. Quizá demasiado —añade Victoria con una sonrisa de compromiso.

Mar retira la mano despacio, sin perder la compostura, aunque el músculo de su mandíbula se tensa acusando el golpe.

—Confío en que las referencias hayan sido buenas—replica Mar.

—Depende de lo que entendamos por «buenas». Si paralizar una inversión privada multimillonaria cuenta como un logro, desde luego que lo es.

—Yo no he paralizado nada, señora Alarcón —rectifica Mar—. Me he limitado a señalar las irregularidades ambientales de un proyecto que, tal como estaba redactado, va a reventar el ecosistema de la ría.

—Qué conmovedora devoción —ironiza Victoria—. Supongo que, entre lección y lección sobre el fondo marino, también habrá tenido tiempo de asesorar a mi hija sobre cómo gestionar una firma nacional.

Mar entorna los ojos grises.

—No. Esa no es mi parcela. Mi trabajo es proteger este mar y a las familias que viven de él —responde la capitana.

—Una pena. Porque parece que se le da escandalosamente bien convencer a mi hija de que olvide de dónde sale su sueldo —ataca Victoria.

Jimena da un paso, con las palmas por delante.

—Basta. Esto es un debate técnico, no un ataque personal.

—Ni siquiera he empezado, Jimena —la frena su madre, girándose un poco—. Lo que me parece insólito es que hayas puesto en jaque la reputación de esta familia por personas que ni siquiera conoces.

—¡No he puesto en riesgo nada! —salta Jimena, perdiendo la calma—. ¡Estoy haciendo mi trabajo con rigor, ética y conocimiento de causa!

—No, Jimena. Has confundido el rigor profesional con una aventura estival —sentencia Victoria.

A Mar se le congela la expresión. A Jimena se le corta la respiración. Su madre lo ha cazado, le ha bastado ver la forma en que Jimena ha mirado a la bióloga al llegar para oler lo que se cuece entre las dos.

Victoria repasa a Mar de arriba abajo una vez más.

—Ahora entiendo perfectamente el repentino cambio en los planos y esta absurda rebeldía —murmura con satisfacción.

A Jimena le sube un rubor ardiente por el cuello que le quema las mejillas.

—No sabes de qué estás hablando —niega.

—Lo sé de sobra. Te conozco mejor de lo que te conoces tú misma.

Mar se adelanta medio paso, colocándose codo con codo junto a Jimena.

—Con el debido respeto —interviene Mar—, no tiene ningún derecho a faltarle al respeto a Jimena ni a despreciar su trabajo. Lo que su hija está haciendo aquí es defender un proyecto viable frente a una chapuza.

Victoria arquea una ceja.

—¿Disculpe? No recuerdo haber pedido la opinión de una marinera sobre la estrategia de mi firma.

Mar sonríe. Es una sonrisa helada y desafiante.

—Una pena. Porque en esta ría, las «marineras» somos las que sabemos dónde rompen los barcos cuando hay marejada. Y créame, su proyecto no aguantaría ni el primer embate en cuanto ponga en peligro nuestro trabajo y modo de vida —replica Mar sin dar un milímetro de terreno.

Jimena reconoce perfectamente la siguiente mirada que su madre le echa. Enseguida, Victoria busca una carpeta del maletín y la

abre sobre la mesa.

—Muy bien. Ya que las metáforas marineras parecen divertiros tanto, vamos a repasar la realidad de lo que ya hay firmado —anuncia Victoria, sacando tres folios sellados—. Si mañana a las ocho no se inician los trabajos según el proyecto original, activaré de inmediato las cláusulas de incumplimiento.

Jimena siente que el aire se le atasca.

—No te atreverás... —susurra horrorizada.

Victoria lee las líneas como si leyera la lista de la compra.

—Rescisión inmediata de la dirección facultativa de Jimena Alarcón, despido procedente por negligencia de Hugo Valverde, cancelación de toda enmienda técnica y reclamación por la vía ejecutiva de los daños y perjuicios derivados de la paralización de la obra.

Mar pierde la sonrisa de golpe.

—¿Qué clase de daños? —exige saber.

—Lucro cesante, penalizaciones contractuales de la cadena hotelera y costes de demora. —Victoria levanta la mirada directamente hacia la bióloga—. Y, por supuesto, la firma emprenderá acciones legales civiles y penales contra la cofradía de pescadores y la corporación municipal por coacciones e interferencia ilícita en una propiedad privada con licencias en regla.

—¡Pero esto es una locura!

—Es estrictamente legal —zanja Victoria sin pestañear. Después, dirige de nuevo los ojos hacia su hija—. Tú decides, Jimena. Tu carrera, tu nombre y el futuro de este pueblo están en tus manos. Tienes hasta mañana.

Jimena gira la cabeza desolada hacia Mar. Encuentra los ojos grises de la bióloga fijos en ella, cargados de esa confianza ciega, firme e inquebrantable; los mismos labios que la han besado hasta hacerle olvidar quién era.

—Mar... —murmura Jimena—. Por favor... no intervengas más en esto.

Mar frunce el ceño.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando, Jimena? —pregunta, dando un paso hacia ella.

Jimena siente un pánico atroz recorrerle el cuerpo. Aprieta los labios y agacha un segundo la mirada antes de decir:

—Que esto se ha terminado.

Victoria observa la escena en un silencio triunfal. Nadie dice nada durante varios segundos que se hacen eternos. Entonces, Mar deja escapar una risa amarga.

—Increíble —murmura la bióloga, negando con la cabeza mientras la decepción le quema en la mirada—. Al final siempre es la misma historia, ¿verdad? Cuando apretáis los dientes, lo único que importa es la firma, el dinero y la familia.

—No es eso... —alcanza a decir Jimena.

Mar da un paso atrás. La frialdad con la que la mira ahora duele infinitamente más que cualquier otra cosa en el mundo.

—He sido una auténtica idiota.

Capítulo 26

—No puede ser. Tiene que haber algo —murmura Jimena para sí misma, pasando con ímpetu una página tras otra.

La pantalla del portátil ilumina con una luz azulada el pequeño despacho provisional que comparte con Hugo en el hostel boutique. Llevan casi tres horas encerrados entre esas cuatro paredes, inmersos en un caos que huele a cafeína, agotamiento y desesperación. Sobre la mesa se acumulan tazas vacías, marcadores fosforitos, hojas cubiertas de anotaciones frenéticas y una montaña de documentos legales que cualquiera con dos dedos de frente habría mandado a paseo mucho antes.

Ella, sin embargo, no está dispuesta a rendirse. No después de lo ocurrido. Y, sobre todo, no tras ver la expresión de Mar en el muelle. Su mirada de decepción le sigue escociendo entre el pecho y el estómago como una astilla clavada a traición. Ha soportado los desplantes de su madre toda la vida; ha aprendido a convivir con su nivel de exigencia y con la molesta sensación de no estar a la altura. Pero que Mar la haya mirado como si fuera una réplica exacta de Victoria Alarcón... eso sí que le escuece en el alma.

Hugo levanta la vista del ordenador y la observa con preocupación, acomodándose las gafas.

—Llevas veinte minutos leyendo exactamente la misma cláusula.

—Porque estoy convencida de que se nos escapa algún detalle — responde ella, sin apartar los ojos de la letra pequeña.

—O porque no puedes dejar de darle vueltas a la bronca con tu madre y al numerito con Mar —insiste Hugo, señalándola con el bolígrafo.

Jimena suelta una exhalación pesada y se frota los párpados con fuerza.

—No quiero hablar de eso ahora, Hugo. De verdad.

—Ya lo sé —admite él, dejándose caer contra el respaldo.

—Pues no me tires de la lengua —pide ella.

Él asiente y guarda silencio unos instantes. Solo se oye el rumor del viento atlántico golpeando con fuerza las contraventanas de madera del hostel. Tras un par de segundos, Hugo vuelve a atacar.

—Pero también sé cuándo usas el trabajo como escudo para no comerte la cabeza con lo que de verdad te ha hecho daño.

Jimena aprieta los labios y no responde. Porque tiene más razón que un santo y lo sabe de sobra. Vuelve a centrarse en la selva de anexos, referencias cruzadas y jerga financiera diseñada para ahuyentar a cualquier mortal. Sin embargo, en esa misma complejidad están los agujeros negros. Porque toda macrooperación inmobiliaria los tiene. Solo hace falta paciencia, vista de águila y muchas ganas de pelear.

Pasa otra página. Otra más. Y otra. De pronto, un detalle frenético frena sus dedos en seco. Frunce el ceño, retrocede dos hojas y repasa el párrafo con atención.

—Espera un momento... —susurra, casi sin aliento.

Hugo se pone alerta al instante, irguiéndose en la silla.

—¿Qué pasa?

Jimena no contesta. Se abalanza sobre la pantalla del portátil, teclea a toda velocidad, abre tres pestañas y cruza referencias. Busca la normativa europea citada a pie de página, mientras sus uñas repiquetean contra el teclado.

—No me lo puedo creer... —murmura con una sonrisa incrédula —. No puede ser tan rematadamente sencillo.

—Jimena, por el amor de Dios, habla ya o me da un infarto —insiste Hugo, arrastrando su silla de ruedas hasta pegarse a ella.

Ella levanta por fin la vista. Los ojos le brillan con un chispazo de alivio y triunfo.

—Lo tengo. Dios santo, lo tengo. AAAAAAAAHHHHHHHH

Hugo casi salta de la silla y rodea la mesa a zancadas para ponerse a su lado.

—Desembucha.

Jimena gira la pantalla hacia él.

—Lee esta cláusula. Pero léela bien.

Hugo se inclina, entrecerrando los ojos mientras murmura en voz baja:

—«La liberación del setenta por ciento del capital comprometido queda estrictamente supeditada a la obtención de la certificación internacional *Green Key* o equivalente...» —se interrumpe y parpadea varias veces—. Espera un segundo...

Jimena curva los labios. Es una sonrisa pequeña pero llena de vida.

—Boom —suelta ella.

Hugo empieza a atar cabos y abre la boca impactado.

—Los fondos de inversión...

—Son fondos escandinavos y holandeses. Cero bromas con los sellos de sostenibilidad medioambiental —explica Jimena, levantándose de golpe para caminar de un lado a otro de la estancia gesticulando con ímpetu.

—Tienen unos protocolos drásticos, muchísimo más de lo que calculábamos —añade él, siguiéndola con la mirada.

—¡Exacto! —asiente Jimena con fuerza. Y de repente, toda la apatía de las últimas horas se evapora—. No lo vi antes porque mi madre siempre dio por sentado que esa certificación era merca cortesía. Un trámite que siempre le ha salido bien. Pero aquí... no se lo va a poder permitir.

Agarra uno de los informes de Noa, saca el documento firmado por Mar y los estampa con firmeza sobre el plano extendido en la mesa.

—Si el proyecto invade la marisma protegida como pretende... Este proyecto es inviable —sentencia Jimena.

Hugo se lleva las manos a la cabeza y deja escapar una carcajada de alivio.

—¡Y sin el sello Green Key...!

—Se bloqueará la financiación —concluye ella, plantándose en el centro de la habitación con los brazos en jarra.

Se miran durante unos segundos en silencio, asimilando la bomba que acaban de desactivar.

—Tu madre nos ha acojonado, ¿y resulta que la estocada final estaba escondida en una cláusula de treinta líneas? Es poético.

Hugo se cruza de brazos y una sonrisa astuta se le dibuja en la cara.

—Joder, no sé cómo no lo vimos antes —exclama Jimena con el corazón desbocado—. Mi madre no puede alegar que su diseño original es la única opción. Legalmente, el ayuntamiento y los inversores están obligados a tumbar su versión y abrazar la nuestra porque demuestra ser más segura, más rentable a largo plazo y cien por cien respetuosa con la ley.

Hugo suelta un silbido sonoro.

—Compañera, acabas de darle la vuelta a la tortilla de forma brillante.

Jimena vuelve a dejarse caer en la silla y echa un vistazo al móvil que descansa mudo sobre la mesa. Ni un solo mensaje de Mar. Ni una llamada perdida.

Aprieta los labios, conteniendo un nudo en la garganta.

—Ahora solo nos queda la pequeña proeza de convencer al consejo de que le planten cara a la mismísima Victoria Alarcón.

—Bah, una tontería. Pan comido —bromea Hugo con sorna.

Jimena deja escapar una carcajada, sin ganas.

—Sí vamos, una minucia.

Hugo se pone serio, apoyando las manos sobre la mesa para mirarla fijamente a los ojos.

—Jimena... ¿estás totalmente segura de meterte en este berenjenal?

Ella no pestaña.

—Cien por cien.

—Esto te puede costar el puesto en la firma, y todo tu trabajo.

—Me da exactamente igual —asegura la arquitecta.

Hugo la observa durante un largo e intenso silencio.

—Entonces esto ya no va solo de salvar el proyecto, ¿verdad?

Jimena desvía la mirada hacia los planos. Ha tenido mucho tiempo para reflexionar en esa pequeña habitación de hostal.

—No —confiesa en un susurro sincero—. Lo hago porque estoy hasta las narices de diseñar estructuras frías e inhumanas para que mi madre saque pecho en los consejos de administración. Quiero proyectar arquitectura que respire. Espacios donde la gente sea feliz, donde la tierra se respete y donde nadie tenga que vender su dignidad ni empeñar su futuro a cambio del progreso de unos pocos.

La imagen de Mar se le mete de nuevo bajo la piel. Su risa franca, su silueta al mando del Brétama, esa manera tan suya de tocar el mar como si hablara con él... Comprende que no se trata solo de la capitana, sino de todo lo que esa mujer representa: la autenticidad, la lealtad a sus raíces, el amor libre. Llegó a Galicia sintiéndose una urbanita sabia e inalcanzable, y ha sido ese rincón —y esa bióloga testaruda— el que le ha enseñado lo que significa de verdad ser arquitecta.

Hugo esboza una sonrisa llena de orgullo.

—Bienvenida.

Jimena parpadea, arqueando una ceja.

—¿A dónde?

—A la arquitectura de verdad.

Ella le devuelve una sonrisa tímida. Por primera vez en muchos años, siente que está tomando las riendas de su propia vida.

Sin perder un segundo, abre un documento en blanco en el portátil. En el encabezado teclea: «Propuesta Extraordinaria al Consejo...». Sus dedos vuelan sobre el teclado articulando la defensa. Cada argumento legal queda blindado por la memoria ambiental. Cada trazado arquitectónico se apoya en los estudios de Noa, en los datos pesqueros recopilados por Mar y en la viabilidad técnica.

Mientras redacta, le resulta imposible no evocar a Mar. Sin darse cuenta, ha aprendido a mirar el paisaje con los ojos de la bióloga. Y esa certeza le arranca una sonrisa dulce y amarga a la vez. Ojalá Mar estuviera ahí para comprender que ya no va a ser la sombra servicial de su madre, sino una mujer dispuesta a arriesgarlo todo por hacer las cosas bien.

El atardecer cae sobre la ría dibujando destellos dorados y violáceos cuando Jimena guarda la versión definitiva. Se recuesta en la silla, exhausta pero satisfecha, contemplando el archivo guardado en la pantalla. Ahí dentro no solo hay memoria técnica; está su alma, su libertad y su declaración de amor hacia esa tierra.

Hugo repasa el índice, maravillado.

—Si no compran esto, es que están ciegos.

Jimena se pellizca el puente de la nariz para aliviar la fatiga.

—No basta con que les guste. Tienen que ver que con esta propuesta no van a perder ni un solo euro.

—Eso ha quedado más que demostrado.

—Demostrado sí, pero mañana hay que vendérselo con garra —puntualiza ella, poniéndose en pie para desperezarse—. Que para eso los vamos a citar aquí mismo.

Se acerca a la ventana. El cielo gris plomizo anuncia marejada. A lo lejos, las aguas rugen contra los acantilados. Se pregunta qué estará

haciendo Mar. Si estará cenando en el barco, si seguirá maldiciendo su nombre o si, por un casual, también sentirá ese vacío insoportable en el estómago.

*

A unos pocos kilómetros de allí, el Brétema se mece suavemente sobre el pantalan. Mar ha pasado la jornada metida en la sala de máquinas, cambiando filtros, ajustando tuercas y limpiando aparejos. Trabaja sola, buscando que el esfuerzo físico le calle la cabeza.

Noa está en el laboratorio y Roi en la lonja. Mejor así. El silencio del barco le sienta bien, aunque la traicione a cada rato. Se arrodilla en la cubierta para lijar una mancha de óxido, apretando los dientes. Sin embargo, por mucho que frote, la imagen de Jimena no se borra. La recuerda empapada tras la tormenta, tomándose aquel café horrible en su camarote; la recuerda dormida contra su pecho... Y luego, la fría frialdad del muelle.

—¡Maldita sea! Olvídala ya —se espeta a sí misma, dando un martillazo rabioso a un cáncamo.

Se equivoca de ángulo y se golpea un nudillo.

—¡*Cagho na mar!* —maldice entre dientes, llevándose la mano a la boca para chupar el rasguño.

Le da rabia echarla de menos. Le da rabia que esa mujer refinada le haya puesto patas arriba el corazón en cuestión de unos cuantos días para luego pegar un portazo. Y, aun así, no puede dejar de mirar de reojo hacia el muelle.

La noche se traga definitivamente la costa, y Mar apura una taza de café negro mirando las luces lejanas del pueblo. El móvil descansa a su lado sobre el banco de madera.

—Serás imbécil... —refunfuña.

Sin tener idea de que, en unas horas, Jimena librará la batalla de su vida. Dispuesta a ir a buscarla cuando gane.

Capítulo 27

Jimena está de pie junto a Hugo en la sala principal, con la carpeta negra apretada contra el pecho. Apenas ha dormido un par de horas, acosada por pensamientos atropellados que no han dejado de dar vueltas en su cabeza, pero cualquiera que la observe desde fuera juraría que lleva toda una vida preparándose para este preciso momento. «No puedo pifiarla ahora», piensa, sintiendo un martilleo retumbando justo en sus sienes. «Esto no es solo por el proyecto; es por todo lo que he sido, por la dignidad que me queda y por la mujer que quiero llegar a ser».

Al otro lado de la sala, Victoria Alarcón conversa animadamente con varios de los inversores y un par de miembros del consejo. Como si esa reunión de última hora, no significara nada. Sonríe con seguridad, inclinando la cabeza al escuchar a alguno de los presentes. Para cualquiera que no la conozca a fondo, transmite la imagen perfecta de una empresaria acostumbrada a ganar batallas sin despeinarse un solo pelo. Sin embargo, Jimena sabe con certeza absoluta que esa sonrisa deslumbrante va a durar bastante poco. Ha visto esa misma fachada en mil ocasiones antes de que su madre despliegue su arsenal de influencias. Salvo que hoy el tablero de juego ha cambiado de dueña.

Entre los asistentes, Jimena distingue rostros conocidos que le otorgan un ancla de aplomo en mitad de la tormenta. Carme ocupa uno de los últimos asientos, con las manos cruzadas sobre la mesa, frunciendo el ceño cada tres segundos. Noa, hiperconcentrada, repasa por última vez varios gráficos en su tableta. Roi se muestra visiblemente incómodo metido dentro de una americana que claramente no forma parte de su armario habitual —demasiado formal y rígida para alguien acostumbrado al viento de la ría—, aunque sostiene la mirada con dignidad.

En la sala, echa de menos a Mar, y siente un pinchazo agudo justo en el pecho. «Todavía hay tiempo para arreglar lo nuestro», se dice mentalmente, antes de tragar saliva con dificultad. «Si salgo viva de esta y con la cabeza alta... quizás».

Victoria toma la palabra en primer lugar, levantándose de la silla con la elegancia de una reina y ajustándose la chaqueta del traje.

—Como todos ustedes sabrán, el proyecto ejecutivo fue aprobado hace ya un año. Únicamente hemos sufrido determinados retrasos administrativos provocados por interferencias locales que, desde luego, espero que no vuelvan a repetirse —afirma Victoria, lanzando una mirada velada al sector de la cofradía antes de retomar su mejor sonrisa—. Nuestra intención es clara y firme: comenzar las obras inmediatamente después de esta reunión para cumplir con los plazos comprometidos y no perder ni un solo día. No estaba de acuerdo con desarrollar esta reunión acordada a última hora, pero sí quería dejar mi punto de vista bien claro.

Varios inversores asienten con gestos aprobatorios, aunque no muy conformistas.

—Así que... si no hay más objeciones...

—Sí que las hay —interrumpe Jimena tajante.

Victoria gira lentamente la cabeza, arqueando una ceja perfectamente perfilada. No parece enfadada; todavía no. Solo intrigada. Camina un par de pasos hacia su sitio y apoya las manos sobrias en el respaldo de la silla.

—Solicito intervenir formalmente antes de proceder a cualquier decisión final —afirma con voz clara y cristalina.

Uno de los representantes del fondo principal consulta rápidamente el reglamento interno en la pantalla de su portátil. Tras unos segundos de tensión suspendida en el aire, asiente con la cabeza.

—Tiene la palabra, señora Alarcón.

Jimena camina despacio hasta situarse en el centro de la sala. Durante unos segundos reina un silencio absoluto. Respira hondo, llenando los pulmones, y comienza su exposición.

—Durante los últimos días he trabajado codo con codo junto a especialistas ambientales, técnicos municipales, representantes de la cofradía de pescadores y profesionales de la construcción —comienza Jimena, paseando la mirada por la mesa—. Juntos hemos revisado el impacto real del proyecto aprobado inicialmente, cuestionando cada detalle que pudiera comprometer el equilibrio de esta ría tan preciada para todos nosotros.

La pantalla parpadea y muestra de inmediato una imagen aérea espectacular de la ría en alta resolución, exhibiendo la delicada red de canales y praderas submarinas. A continuación, cambia a otra diapositiva, y a otra más.

—Lo que van a ver a continuación no es una mera opinión personal ni un capricho —continúa Jimena—. Es un análisis riguroso, respaldado por datos sólidos y estudios independientes.

En ese instante, Noa interviene. Se levanta con una serenidad impecable y se acerca unos pasos al centro para reforzar la exposición de la arquitecta.

—Durante los últimos ocho años hemos monitorizado las diferentes zonas mediante muestreos estacionales, fotografías submarinas detalladas y análisis exhaustivos de la calidad del agua —explica Noa con rotundidad—. Los modelos que presentamos hoy han sido revisados y validados por investigadores. Muestran una probabilidad superior al sesenta por ciento de deterioro si no hay modificaciones en el diseño.

La sala guarda un silencio denso y expectante. Varios inversores empiezan a prestar una atención mucho más seria, inclinándose hacia delante en sus asientos y susurrando breves comentarios entre ellos. Jimena nota cómo la energía del espacio cambia sutilmente, cargándose de curiosidad y de dudas razonables.

—¿Está completamente segura de lo que se está afirmando, Jimena? —pregunta uno de los presentes.

—Completamente segura. He revisado los criterios al detalle junto a expertos certificadores —responde, abriendo otro documento en la pantalla y ampliando los puntos clave para que sean visibles desde

el último rincón—. Y quiero recordarles que, los criterios Green Key exigen, entre otras cosas, minimizar al máximo el impacto sobre ecosistemas sensibles, proteger la biodiversidad marina y justificar de manera fehaciente que no existen alternativas ambientalmente superiores. Y nosotros sí tenemos una alternativa viable y sustancialmente mejor.

Se gira hacia Carme dedicándole una breve mirada de complicidad. La mujer se levanta de un brinco, se recoloca las gafas y toma el relevo en la presentación para hablar de todos los cambios.

Un murmullo constante empieza a recorrer la mesa como un viento creciente. Victoria deja de sonreír por completo; su rostro se endurece hasta parecer de piedra y aprieta los dedos alrededor de su bolígrafo hasta que los nudillos se le quedan blancos. Jimena observa la transformación de su madre y siente una sacudida de adrenalina recorriéndole las venas.

—Insistir en el diseño inicial incrementa de forma alarmante el riesgo de recursos administrativos, medidas cautelares, la paralización judicial inmediata de las obras e incluso reclamaciones patrimoniales sustanciales —aclara Jimena—. Y eso por no hablar de la retirada casi segura del sello Green Key ni de la posible pérdida de financiación europea asociada al cumplimiento estricto de estos criterios.

El silencio que se instala en la sala es absoluto. Uno de los consejeros financieros rompe finalmente la quietud.

—¿Cuál sería el impacto económico real si ignoramos estas advertencias y seguimos con el plan A? —inquire con voz grave.

Jimena cambia de diapositiva, revelando un gráfico de barras rojo verdaderamente impactante.

—Entre indemnizaciones, retrasos inevitables, el incremento de los costes financieros y la pérdida parcial de la inversión inicial, estimamos una exposición superior a los cuarenta millones de euros. Una cifra catastrófica que no solo destruiría el proyecto, sino la credibilidad de todos los implicados en esta mesa.

Victoria se pone en pie bruscamente.

—¡Eso es una interpretación completamente interesada y sesgada de los hechos! —replica con un tono cortante y envenenado.

—No lo es —responde Jimena manteniéndose impertérrita—. Y lo sabes.

Jimena desliza varias copias impresas sobre la mesa. Victoria pierde el control de la reunión por segundos; su respiración acelerada delata que el pánico empieza a morderle los talones.

—Esto es absolutamente inadmisible. Estás socavando de mala fe todo el trabajo previo —espeta Victoria.

—Lo inadmisibile sería ocultarlo, mirar hacia otro lado y seguir adelante arriesgando no solo millones de euros, sino un patrimonio natural completamente irremplazable —contesta Jimena, dando un paso decidido al frente.

Madre e hija se sostienen la mirada durante varios segundos agónicos. Para Jimena, el resto de la sala parece desaparecer por completo; no hay inversores, no hay pantallas, solo ellas dos envueltas en un enfrentamiento cargado de años de historia familiar, exigencias y sombras. Victoria baja el tono de su voz hasta dejarlo en un siseo helado que, sin embargo, retumba en cada rincón.

—¿De verdad vas a hacer esto? ¿Vas a atreverte a enfrentarte públicamente a tu propia madre delante de todo el mundo?

Jimena siente un nudo doloroso y amargo apretándole la garganta. Le asalta un torbellino de emociones humanas y destructivas. Pero ya no es esa chica manipulable. Ya no puede —ni quiere— dar un solo paso atrás. Traga saliva, infla el pecho y sostiene la mirada de su madre.

—No voy a permitir que una decisión equivocada destruya un ecosistema que podemos proteger sin renunciar al proyecto ni a su viabilidad económica —responde Jimena—. Esto es responsabilidad profesional.

Victoria aprieta los labios hasta dejarlos convertidos en una línea blanca y fina.

—Estás destruyendo tu propia carrera y tu futuro en la firma. Todo lo que hemos hecho juntas —sisea con veneno.

—No. Por primera vez en mi vida... estoy construyendo mi carrera de verdad. Estoy eligiendo el camino correcto, no el más fácil ni el que tú has trazado para mí.

Las palabras flotan en la sala, pesadas, rotundas y definitivas. Entonces ocurre lo imprevisto. El presidente del fondo principal da un golpe seco sobre la mesa y mira también a los miembros del consejo.

—Procedamos a la votación inmediata, si les parece bien —sentencia con voz impersonal—. No hay más tiempo que perder en debates familiares.

Uno tras otro, sin dudarlo, los representantes levantan la mano. A favor del proyecto sostenible y de las modificaciones presentadas por Jimena.

—El consejo aprueba la ejecución del proyecto ecológico presentado por la arquitecta Jimena Alarcón. A partir de este preciso momento, la dirección técnica y ejecutiva del resort le corresponderá completa y exclusivamente a ella, quedando sin efecto cualquier veto o modificación unilateral ajena al comité técnico aprobado hoy aquí.

Victoria se queda petrificada.

—La liberación de los fondos queda condicionada al mantenimiento íntegro de esta propuesta ecológica. Si se modifica sustancialmente el diseño de la señora Alarcón, la financiación será cancelada de inmediato.

Es la estocada final. Victoria comprende en ese instante que ha perdido no solo la votación, sino el control absoluto de la obra y el poder sobre su hija. Recoge sus papeles y se acerca a Jimena con pasos medidos.

—Acabas de enfrentarte a tu propia familia.

Jimena aguanta el envite sin pestañear, sintiendo cómo el miedo del pasado se evapora por completo.

—Hay otra forma de hacer las cosas, madre. Y yo acabo de elegirla.

Victoria agarra su bolso, da la vuelta sin añadir una sola palabra más y camina hacia la salida. Abandona la sala con la misma elegancia con la que entró, con la espalda recta y el mentón elevado, aunque todos en la mesa saben perfectamente que acaba de sufrir la mayor y más humillante derrota de su trayectoria profesional.

Cuando la puerta doble se cierra tras ella, Jimena suelta todo el aire que retiene en los pulmones y cierra los ojos un segundo para coger aire.

Tragando saliva para recomponerse, Jimena vuelve a dirigirse al consejo.

—Hay una última cuestión que quiero dejar clara antes de dar por concluida la reunión —anuncia, llamando la atención de todos—. Cuando este resort esté terminado y funcionando en perfecta armonía con su entorno, presentaré mi renuncia formal a la firma. A partir de ese momento iniciaré mi propio camino profesional, independiente, centrado en proyectos que respeten tanto la arquitectura como la naturaleza.

Un silencio lleno de respeto recorre la sala, seguido por murmullos de aprobación. Hugo, a su lado, suelta una sonrisa de oreja a oreja y comienza a aplaudir con ganas, contagiando al resto de los asistentes. Los aplausos crecen por momentos alrededor de la gran mesa de madera. Jimena sonríe por primera vez en toda la mañana, sintiendo el calor del éxito y sabiendo que, pase lo que pase con el futuro, la marea por fin ha cambiado a su favor.

Capítulo 28

La tarde cae con lentitud sobre la Costa da Morte, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y rosados que se funden con el gris azulado del mar. Mar lleva más de una hora fondeada con el Brétema en una pequeña ensenada escondida en un rincón apartado al que solo acude cuando el ruido del mundo exterior se vuelve insoportable y necesita que el silencio la envuelva. El mar, por primera vez en muchos días le concede una tregua.

No consigue concentrarse en absoluto. Desde la discusión en el puerto, cada pensamiento termina desembocando inevitablemente en el mismo lugar, como una corriente obstinada que arrastra todo a su paso: Jimena.

De repente, el sonido de un motor acercándose rompe la quietud del lugar. Mar levanta la cabeza con brusquedad, protegiéndose los ojos con una mano del resplandor del atardecer. Cuando llega hasta el Brétema, la arquitecta salta al pantalán flotante con más decisión que elegancia, dando un pequeño tambaleo sobre el calzado poco marinero que lleva.

Mar no se mueve de su sitio; cierra la libreta, se pone en pie y cruza los brazos sobre el pecho. Su rostro permanece imperturbable, aunque por dentro un torbellino de emociones amenaza con desbordarla.

—¿Qué haces aquí? —pregunta la capitana.

Jimena inspira despacio, llenando los pulmones del aire salado que tanto le recuerda a la bióloga, y sube los pocos peldaños de la escala que la separan de la cubierta principal.

—Necesitaba encontrarte y Roi me ha dicho que estabas aquí —responde, dando un paso firme sobre la madera—. No podía dejar las

cosas de esta manera.

—Si has venido a seguir justificándote... —comienza Mar.

—No —la interrumpe Jimena antes incluso de que termine la frase. Después niega con la cabeza—. He venido porque necesito que me escuches. Y si luego quieres echarme de tu vida... lo aceptaré. No insistiré más.

Mar la escruta de arriba abajo.

—Tienes cinco minutos —concede.

Jimena deja ir un bufido y esboza una sonrisa melancólica.

—Siempre tan generosa con tu tiempo.

—Cuatro minutos y cincuenta y cinco segundos —replica, categórica.

Jimena avanza un par de pasos hacia ella, no demasiados, lo justo para que no tengan que levantar la voz sobre el murmullo del mar.

—Sé que piensas que te traicioné —afirma Jimena, mirando directamente a los ojos de Mar—. Y entiendo perfectamente por qué lo pensaste —continúa la arquitecta—. Pero la verdad es que me sentí perdida, amedrentada como me solía pasar cada vez que me he enfrentado a ella.

Mar frunce ligeramente el ceño.

—¿Y qué se supone que ha cambiado? —inquire Mar.

—Todo —responde Jimena con convicción—. Porque ya no tiene nada que hacer.

Con un movimiento rápido y resuelto, Jimena se descuelga el bolso, saca una carpeta de su interior y la abre ante ella.

—¿Qué es esto?

Jimena la observa y, por primera vez en la tarde, regala una sonrisa serena y luminosa, liberando meses de presión acumulada.

—Es el nuevo proyecto. Tal como lo rediseñamos. Se va a llevar a cabo.

Mar niega con la cabeza, pasando la mirada de los planos al rostro de la arquitecta.

—¿Estás segura?

Jimena afirma con la cabeza.

—Hugo y yo descubrimos las cláusulas trampa que habían metido en los contratos. Los inversores y el consejo de la firma vieron claro que el proyecto de mi madre perdería la certificación Green Key en un abrir y cerrar de ojos por el impacto ambiental. La Ley de Costas habría paralizado las obras en dos semanas, dejándolos atrapados en recursos judiciales millonarios —declara Jimena con orgullo—. Y ahora me han nombrado directora ejecutiva del proyecto. Mi madre ha quedado completamente fuera de este comité. No puede vetar, cambiar ni tocar nada de los planos.

El mar lame suavemente el costado del Brétema, produciendo un arrullo constante. Jimena da el último paso que las separa, reduciendo el espacio entre ambas hasta que el aroma a perfume caro y salitre se mezcla en el aire.

—El resort se va a construir respetando al milímetro cada alga, cada duna y cada rincón que tanto te importa. Y tú... —Jimena la mira fijo a los ojos, sin mostrar vacilación—, vas a ser la supervisora ambiental oficial de toda la obra.

Mar siente una riada de alivio inmenso y liberador que le quita el aliento. Todo el resentimiento que ha llevado a cuentas se disuelve en segundos, dejándola boquiabierta.

—No pretendo que se te pase el enfado de golpe. Ni hoy, ni mañana.

—Jimena... —intenta intervenir Mar.

—Solo necesitaba que supieras que jamás estuve en el bando contrario. Jamás.

Mar baja los ojos hacia las tablas de madera, recordando la imagen inicial de Jimena. La recuerda mareándose en su primera travesía, estudiando de madrugada los datos de Noa, discutiendo apasionadamente con Carme sobre materiales de baja huella de

carbono... Se ha jugado el prestigio, la carrera y su relación familiar por defender esa costa.

Cuando Mar vuelve a levantar la vista, nota el brillo húmedo en las pupilas de Jimena.

—Lo siento —susurra la arquitecta—. Lamento el trago tan amargo que te he hecho pasar.

Mar deja ir una respiración profunda y Jimena cierra los ojos un instante, conteniendo el aliento.

—Eres una cabezota insoportable, ¿te lo han dicho alguna vez? —murmura Mar, aunque el tono ha perdido toda la acidez inicial.

Jimena deja escapar una risita nerviosa, entre aliviada y divertida.

—Me lo dicen a menudo, sí.

La capitana se inclina y apoya la frente contra la suya. El contacto es íntimo, cálido, directo.

—No sabes lo muchísimo que te he echado de menos.

Jimena deja ir una risita entrecortada, apretándola contra su cuerpo.

—Tampoco ha sido tanto, Sotomayor. No exageres.

La carcajada de Jimena resuena sobre el agua, ligera y liberadora, disipando cualquier rastro de duda. Mar aprovecha la cercanía para deslizar la mano por la espalda de la arquitecta.

—Así que ahora eres la manda más... Habrá que empezar a llamarte de usted. Aunque reconozco que el poder te sentaría obscenamente bien.

—¿Ah, sí? —provoca la arquitecta, rodeándole el cuello con los brazos—. Creía que la intensa y dominante eras tú con tus tormentas.

—Calumnias de tierra firme —murmura Mar contra su cuello, depositando un beso lento—. Puras calumnias marineras —añade, y no tarda en encontrarse con sus labios.

El beso sabe a sal. Jimena entreabre los labios, respondiendo al empuje de Mar con la misma urgencia. Las manos de la capitana se cuelan bajo la camisa de la arquitecta, buscando la piel desnuda de su espalda, mientras Jimena se agarra a sus hombros como si el barco entero se balanceara en mitad de un temporal.

Cuando se separan unos centímetros para coger aire, ambas tienen la mirada encendida.

—Eres imposible —susurra Mar, acariciándole el labio inferior húmedo con el pulgar—. Pero que sepas que, ahora mismo, eres mi problema favorito.

Jimena ríe, apoyando la cabeza en el hombro de la capitana mientras el sol termina de ocultarse en el horizonte, dando paso a una noche estrellada sobre la ría. La luna empieza a trazar un sendero de plata sobre el agua calmada, el mismo mar que parecía distanciarlas y que ahora custodia el inicio de algo mucho más maravilloso.

Epílogo

El sol de última hora de la tarde tiñe la ría de un naranja ardiente, reflejándose en los grandes ventanales de madera tratada y cristal sostenible del nuevo centro de interpretación marina y resort ecológico Brétema. El sonido de las copas brindando y el rumor de las risas de los invitados llegan amortiguados hasta la cubierta del barco, donde el olor a sal, brisa atlántica y empanada recién hecha lo envuelve todo.

Jimena ajusta los pliegues de su vestido verde agua mientras contempla la escena desde la popa. A pocos metros, en el pantalán, Hugo discute animadamente con Roi, agitando los brazos con una pasión desmedida que hace reír a los vecinos del pueblo. Victoria Alarcón no está entre los invitados —su ego aún digiere la derrota de unos meses atrás —, pero Jimena no siente ni una gota de amargura. Ha ganado su libertad, ha construido el proyecto más ambicioso y respetuoso de su carrera, y, sobre todo, ha encontrado su verdadero hogar.

—Si sigues mirando el horizonte con esa cara, voy a pensar que estás calculando el impacto ambiental de mi presencia —susurra una rasgada muy cerca de su oreja.

Unos brazos fuertes y cálidos se ciñen alrededor de la cintura de Jimena, pegando su espalda contra un pecho firme. El aroma inconfundible de Mar la envuelve de inmediato, provocándole un escalofrío instantáneo por toda la columna vertebral.

—Estaba pensando que la supervisora medioambiental de este proyecto es demasiado exigente —responde Jimena, inclinando la cabeza hacia atrás para apoyar la barbilla en el hombro de Mar. Suelta una risita baja cuando siente los labios de la bióloga rozarle la piel del cuello—. Me hace pasar unas inspecciones de calidad durísimas.

—Y las que te quedan, Alarcón —murmura Mar con una sonrisa juguetona contra su piel, apoderándose de las caderas de Jimena para girarla suavemente entre sus brazos hasta tenerla frente a frente.

Mar viste una camisa blanca con las mangas arremangadas y unos pantalones oscuros. Tiene el pelo castaño ligeramente despeinado por el viento del norte y los ojos brillando con esa luz intensa que a Jimena le aceleró el corazón desde el primer día que pisó el puerto.

—Mira que eres chulita, Sotomayor —dice Jimena, pasándole los brazos alrededor del cuello y jugando con los mechones rebeldes de su nuca.

—No es chulería, es autoridad profesional —rectifica Mar, guiñándole un ojo—. Alguien tiene que asegurarse de que la directora ejecutiva no se despiste. Aunque debo admitir que el diseño de los módulos flotantes te ha quedado impecable. La fauna marina está encantada... y yo también.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo demuestra la capitana su satisfacción con la obra? —provoca Jimena.

—Ven abajo y te hago una demostración detallada.

Sin darle tiempo a replicar, Mar la toma de la mano y la guía con paso decidido hacia la bajada del camarote del Brétema. Jimena echa una rápida mirada hacia el pantalán; Roi y Hugo están demasiado ocupados devorando una fuente de percebes como para notar su ausencia. Sonríe para sus adentros, dejándose arrastrar hacia la penumbra.

En cuanto la puerta del camarote se cierra a sus espaldas, la distancia desaparece por completo. Mar acorrala a Jimena contra la madera de la pared, rodeando su cintura con posesividad y buscando su boca en un beso hambriento, profundo y ardiente que huele a deseo acumulado y a celebración. Jimena ahoga un gemido en la garganta de la bióloga, enredando los dedos en su pelo y pegando sus cuerpos sin dejar un solo milímetro de separación.

—Madre mía... —suspira Jimena cuando Mar desciende con la boca hacia su mandíbula, mordisqueando con deliciosa lentitud el

lóbulo de su oreja—. Se supone que somos las anfitrionas y deberíamos estar arriba brindando con los inversores.

—Que brinden solos —murmura Mar contra su escote, desabrochando los botones del vestido de Jimena mientras sus manos firmes y calientes acarician la piel desnuda de sus muslos—. El mejor brindis de la noche lo voy a hacer yo aquí abajo.

La ropa cae despacio. El balanceo suave del mar contra el casco del barco acompaña el ritmo de sus respiraciones aceleradas y el roce ardiente de sus pieles. Mar tumba a Jimena en el camastro, cubriendo su cuerpo con el suyo y mirándola con tal devoción que a Jimena se le corta el aliento. Ya no hay dudas, ni miedos, ni sombras de contratos familiares. Solo están ellas dos, la sal en la piel y una marea invencible que las une.

Las manos de Mar recorren cada curva conocida de Jimena, arrancándole gemidos ahogados que se pierden en el rumor del agua. Cuando sus cuerpos se encuentran, Jimena clava las manos en su espalda, saboreando la certeza de saberse amada y comprendida en cada rincón de su ser.

Mucho más tarde, cuando la noche ha caído por completo y el cielo de la Costa da Morte se llena de un manto de estrellas impecable, ambas yacen abrazadas bajo una sábana fina, respirando al mismo compás. Mar traza círculos perezosos en el hombro desnudo de Jimena con la yema del pulgar, mientras la arquitecta apoya la mejilla sobre su pecho, escuchando el latido tranquilo de su corazón.

—¿En qué piensas? —murmura Mar, besándole la frente.

—En que vine a Galicia a construir un resort, y he terminado construyendo una vida entera contigo —responde Jimena, sonriendo en la oscuridad y alzando la vista para conectar con los ojos de Mar.

—Pues vete acostumbrando, Alarcón —le asegura Mar, rodeándola con más fuerza y pegándola a su costado con orgullo—. Porque de esta ría y de este barco ya no te escapas.

Jimena ríe entre dientes, se apoya sobre un codo y le roba un último beso dulce y pausado en los labios.

—No pienso irme a ningún lado, Capitana. Mi puerto siempre vas a ser tú.

Afuera, la luna traza un camino de plata sobre las aguas, velando el descanso de dos mujeres que aprendieron que el amor más verdadero, igual que las olas más fuertes, es imposible de frenar.

Agradecimientos

Esta historia habla de la belleza de romper el guion establecido. De lo que pasa cuando la ambición de Jimena choca frontalmente contra el instinto salvaje y la autenticidad de Mar. Quería contar un amor que despeina y que rompe cualquier previsión; algo a pedir de boca para este verano. Sencillo, pero con impacto.

A las que ya me acompañáis desde hace tiempo y leéis cada una de mis historias con la misma pasión con la que yo las escribo, y a las que os habéis embarcado por primera vez en esta aventura junto a Mar y Jimena. Gracias por darle sentido, por hacer vuestros los roces, las miradas, las discusiones y cada uno de los momentos de alta tensión a bordo del Brétema. Vosotras sois el verdadero motor que hace que la creatividad no se apague nunca.

Nos vemos en la próxima historia. Mientras tanto... que nunca os falte un soplo de brisa marina ni una chispa de pasión.